

COLECCION PUEYO  
DE NOVELAS SELECTAS

ESTINA  
LLOZA



MAS ALLA <sup>de las</sup> NUBES

MAS ALLA DE LAS NUBES

OBRAS DE LA MISMA AUTORA PUBLICADAS  
EN ESTA COLECCION

---

*Encontré mis blasones.*

*Más allá de las nubes.*



375

Colección PUEYO  
de Novelas Selectas

# Más allá de las nubes

NOVELA

POR

CRISTINA MARIA ALLOZA

EDITORIAL PUEYO, S. L.  
ARENAL, 8. - MADRID

---

*Queda hecho el depósito  
que marca la Ley.*

*Derechos reservados, 1951*

---

*A mi madre.*



Jaime y Pedro, charlando animadamente, atraviesan el aerodromo para dirigirse al bar cuando el bronco ruido de un motor les hace parar en seco.

—¿Quién es, Jaime?—pregunta Pedro, alzando la cabeza y haciendo pantalla con la mano para resguardar sus ojos de la hiriente luz del sol.

—¡Es el «Príncipe Soñador»! ¿No reconoces la *Luciérnaga*? —contesta Jaime sarcásticamente, cuya escrutadora mirada había localizado ya al avión.

—¡Qué raro! ¿No te extraña que la haya sacado?

La contestación que recibe es casi un gruñido:

—Será para que no se le enmohezca ahí dentro, en ese nido que el capitán le ha concedido para guardarla — dice volviéndose y señalando el pequeño hangar encuadrado entre dos de enormes proporciones—. Por más que cuando hace estas extravagantes salidas, suele llevarse siempre ese pajarraco.

—¡No lo llares así! A mí me entusiasmaría volar con él. Tiene una línea muy original, tanto como el caprichoso nombre que lleva grabado a ambos lados. No es muy grande, pero... posee un algo que impone.

—¡Bah! Ni me impone ni me gustaría probarlo. Además, he de decirte que, a pesar de estar tan pintadito, es algo viejo, más que por los años, por los accidentes sufridos indudablemente en otro tiempo.

—¿Sí? ¿Y cómo has llegado a esa conclusión? ¿Te has acercado cuando Laurez estaba maniobrando en él?

—No. El otro día se dejó el hangar abierto, y yo, aprovechando este descuido, me colé para inspeccionarlo a mi sabor, fijándome en algunas abolladuras y desperfectos. De ello deduje que ha debido de volar mucho e incluso llegar a alguna caída grave.

Callan un momento con la vista fija en el que es objeto de su atención.

—¿Dónde y cómo lo habrá adquirido?

—No sé—dice con gesto de duda Jaime—. El día que se incorporó a la base hizo el viaje de llegada en él. Y, desde entonces, ya estás viendo para qué utiliza la misteriosa *Luciérnaga*.

—Sí, tienes razón. Solamente para estos solitarios paseos. ¡Qué humor, salir a estas horas, y con lo que calienta este sol!

Jaime suelta una sonora carcajada.

—El muchacho tiene aspiraciones muy «altas». ¿No ves que le atrae más estar entre las nubes que entre nosotros?

—¿Quieres decir...? —pregunta con aire preocupado.

—Sí, hombre, sí. ¿Cuántas veces se ha dignado mirarte desde que está en la base?—en sus ojos hay una luz de desprecio.

—¡Es verdad! Casi me atrevería a afirmar que ninguna—dice Pedro, pensativo.

Un coro de risas los trae a la realidad.

—¡Eh, chicos! Os vais a tostar como gambas si estáis más tiempo al sol.

Nuevas risas.

Se miran los dos, y, luego de echar una última ojeada al espacio, deciden unirse al grupo que alegremente charla en la puerta del bar.

Entre risotadas, se acercan todos al mostrador, me-



nos Pedro, que, apoyándose en la puerta, quédase mirando con aire preocupado las piruetas que efectúa el avión.

Jaime, observándole, dice a los demás:

—Fijaos en Pedro.

Haciendo portavoz con las manos, Juan, el prototipo del buen humor, grita:

—Pedro, no le robes oxígeno a nuestro «Príncipe Azul» y ven a refrescarte el gaznate.

Acoge estas palabras la risa alegre de los compañeros.

Obedeciendo de mala gana, se acerca.

—No sé por qué tratáis así a ese muchacho—dice.

—¡Anda!—contesta Carlos, que siempre que habla cierra un ojo al tiempo que tuerce la boca y sube el hombro derecho, y que cuando se pone nervioso se le acentúa sorprendentemente este tic—. Pues no es orgulloso el niño, que digamos—nuevo guiño—. Si parece que le viene a menos el estar con nosotros—dos guiños rapidísimos.

—No te excites, Carlos—dice Pedro— A mí no me parece orgulloso. Yo más bien aseguraría que a ese hombre le pasa algo.

José, que había escuchado silencioso toda la conversación, apurando de una vez la copa de coñac que tiene ante sí, exclama, encarándose con Pedro:

—¡Ya salió Don Sentimental! ¿Por qué razón ha de ocurrirle algo?, y si le ocurre, ¿tenemos nosotros la culpa para que así, de ese modo, nos desprecie? Estás equivocado, amigo. Es un soberano orgulloso.

—Tiene razón José—apunta, acentuando el tic, Carlos—. Si le pasara algo grave y no se encontrara con ánimos de compartir nuestras risas, por lo menos se habría buscado un confidente. Todo el mundo, por muy especial que sea, busca a alguien en quien poder desahogar egoístamente sus penas. ¿Lo ha buscado él?—tres guiños.

—Conforme, Carlos; pero hace poco tiempo que está en la base, y...

—¡Tonterías!—ataja Juan—. Es altivo...

El ruido que producen las botas de Luis, «el pequeño Luis», como todos le llaman, ya que solamente cuenta diecinueve años, al pisar el pavimento de madera, les detiene.

—Pedro—acercándose a ellos—, el capitán dice que te presentes a él.

Se alegra Pedro de esta llamada, pues así corta esta conversación, que tanto le disgusta.

Deja su copa sobre el mostrador, y, tomando a Luis por el brazo, dice con aire satisfecho, mostrando a todos en una amplia sonrisa sus blanquísimos dientes:

—Hasta luego, amigos.

La elevada estatura y la corpulencia de su cuerpo, hácenle parecer un gigante al lado de la figura adolecente del pequeño Luis.

La dorada cabeza y la dulzura casi inocente de su mirada, le dan el aspecto de un niño grande, en cuya boca, de corte altivo, dibújase una firme voluntad. Refleja la azulada luz de los ojos toda la nobleza de su alma. La rectitud de su conciencia rechaza con firmeza los juicios a la ligera que de Fernando hacen el resto de los pilotos. El no tiene motivos para defenderlo, ni tampoco para acusarlo, pero le molesta en gran manera el tono despectivo con que los amigos acogen todos los actos del teniente.

Con la experiencia de sus veintinueve años, creía ver en la actitud, más compasiva que censurable, de Laurez, una profunda tristeza.

¿Se equivocaba?

Meditando sobre este punto, se aleja junto a Luis hacia las oficinas, que se elevan al lado derecho del bar.

.....

Entre tanto, Fernando Laurez, desde la *Luciérnaga*, ajeno a cuanto ocurre en el suelo, desliza por el espacio la negrura de sus ojos de árabe, que están poseídos de un tinte melancólico.

Avido, recorre las alturas para saciar aquella nostalgia que devora su alma.

El aspecto suyo es una interrogación.

¿Sería tristeza, como aseguraba Pedro, o sería orgullo, como afirmaban los demás?

Su aire más tiene de melancolía que de soberbia.

Una nube negra crúzale la mente, y en la boca se dibuja un rictus amargo. Las manos se crispan sobre los mandos.

¿Le habrían juzgado de esta suerte los compañeros si le hubieran visto en este trance?

Seguramente le habrían calificado de cobarde. Por eso huye de ellos, para evitar esta dolorosa calumnia y para encontrar alivio adentrándose en la herida con el recuerdo, ese recuerdo que le trae la misma *Luciérnaga*. Ella había sido cómplice de sus secretos vuelos y casi también de su muerte. Quiere volar hasta perder la noción del tiempo y de las cosas. Ir más allá de las nubes, junto a las estrellas, en donde parece escuchar el eco de su voz:

«Te esperaré todos los días junto a los luceros. Mi espíritu, en esos momentos, se unirá a ti.»

¿Podría confiarles su secreto? ¿No le tomarían por loco?

No, no puede explicarles que en su vida no hay más que el fantasma de un pasado; que vive de recuerdos, los cuales, ante sus ojos, se desvanecen como humo que sube hasta las nubes, donde se condensa para formar el bálsamo que, poco a poco, va cicatrizando la herida.

Habíase dado cuenta de la hostilidad de sus compañeros. Habíanle llegado rumores de que se le tomaba por un engreído. Pero él, hecho sólo a alimen-

tar su pena, había roto toda relación con los amigos, para dedicarse exclusivamente a ella. Comprende que su actitud rayaba ya en fanatismo. Pero tampoco hace nada por evitarlo.

Mirando su reloj, da media vuelta para aterrizar. El deber no lo descuida por nada.

Al ruido que produce la avioneta al tomar tierra, acércanse todos al ventanal.

—¿De dónde vendrá?—inquire José.

—Daos cuenta. ¿No es Pedro el que se acerca a él? exclama en un tic Carlos, al tiempo que señala con el índice el grupo.

—Tienes razón, Carlos.

—Pues parece que le escucha, a pesar de su alternería—dice burlescamente Juan.

—¡Callad!—impone José al ver entrar de nuevo a Luis—. Será alguna orden.

—Mi teniente...

—¿Qué pasa?—contesta Fernando, devolviéndole el saludo.

—El capitán Rodríguez desea hablarle... Dice que es urgente.

—Está bien. Voy en seguida.

Diríjese a inspeccionar la cola de la avioneta; antes le pareció oírla vibrar, y le preocupa.

No le ocurre nada. Acércase a la hélice. Después agáchase a mirar las ruedas.

Pedro le ve hacer, sin acertar a marcharse.

Al levantar la cabeza, Laurez repara en la indecisión del piloto, pero no dice nada, e intenta introducirse en el aparato.

—Mi teniente...—le detiene.

Da media vuelta, y se le queda mirando sin proferir palabra.

Pedro, ante esta mirada glacial, se arrepiente de lo que iba a proponerle, pero ya no tiene remedio; ha comenzado, y debe acabar, si no quiere enfadar al que sus compañeros tachan de altivo. Haciendo un pequeño esfuerzo, sonríe al tiempo que le pregunta con inseguridad:

—¿Quiere que le encierre yo?

Arqueando las cejas con asombro, contesta:

—No hay inconveniente—y añade, alargándole el paracaídas y el gorro, que acaba de quitarse—. Toma..., guarda esto en la carlinga, y procura dejar bien cerrado el hangar.

—A la orden, mi teniente—se apresura a responder satisfecho, tomando las prendas. Iba a cumplir, aunque sólo a medias, su deseo.

A pasos largos, aléjase Fernando hacia las oficinas, en donde se encuentra el despacho del capitán. Antes de desaparecer por la puerta, se vuelve para contemplar a Pedro, que, silbando alegremente, se dispone a guardar la avioneta, ayudado de dos mecánicos, que han abierto de par en par las pequeñas puertas del hangar, y ahora pretenden empujarlo hacia adentro.

«¿Se irá a derretir por fin el hielo?», se pregunta intentando ensayar una sonrisa. Pero, encogiéndose de hombros nerviosamente, murmura:

—Qué me importa que se derrita, si no deseo su amistad—y, tirando el cigarrillo, penetra en el despacho.

—¿Me llamaba, mi capitán?—pregunta, cuadrándose militarmente ante la mesa de éste.

Rodríguez, apartando un telegrama que estaba leyendo, dice:

—Sí, teniente Laurez. Quiero que comuniques a tus compañeros que esta misma tarde llega el comandan-

te destinado a esta base, señor Oliverio. Lee—alargándole el telegrama.

Fernando, después de leerlo, lo deposita en la mesa.

—Tengo entendido—dice el capitán, recostándose en el sillón y cruzando una pierna—que es un señor de edad. Una bellísima persona. En sus tiempos mozos, dicen que era el más decidido y valiente de la compañía que formaba parte.

—Me alegro, porque así no tendrá escrúpulos en dejarnos volar.

—¡Eres incorregible, Fernando! Parece que tu familia y tus amigos los componen las nubes. En el corto tiempo que llevas entre nosotros creo has pasado más horas en las alturas que en el suelo.

—Perdone, mi capitán, si le digo que, efectivamente, tiene razón. Sé que mis compañeros se quejan, pero... me acobarda la idea de intimar con ellos.

Sus ojos reflejan infinito hastío.

—Ya lo sé—comenta el capitán, manoseándose la barba sin apartar la vista del rostro moreno de Laurez—. Mas... no sólo ha de ser uno valiente para cruzar intrépidamente el espacio; hay que saber hacer frente a la vida, que también para esto se necesita valor. Y... no lo olvides—continúa poniéndose en pie—, el mayor héroe es el que vence en la batalla contra sí mismo.

Fernando se muerde los labios, y el capitán, con una mirada de indulgencia, le despide, dándole una palmadita en la espalda.

.....

—Pedro, ¿a qué se debe tan alto honor?—preguntan.

—¡Callad! Me he propuesto trabar amistad con él y he de conseguirlo—contesta el interpelado de mal humor.

—Perderás el tiempo miserablemente—la réplica es de Juan.

—¡Silencio, ahí viene!—les corta Jaime, que se hallaba atisbando por los cristales.

Vuelven a sentarse en la mesa, fingiendo no haberle visto llegar.

Sin tomar como tal el desplante que en todos adivina, acércase al grupo.

—Muchachos...

Al oírle, se levantan.

—Muchachos—repite en tono de seriedad—, esta tarde, a las seis y media, llega el nuevo comandante destinado a esta base. Espero que cada cual sabrá comportarse como conviene a un buen oficial. ¿Entendido?

Todos asienten sin osar mirarle. Sólo Luis se atreve a preguntar:

—¿Un nuevo comandante a esta base?

Fernando acércasele sonriente.

—Sí, ¿qué te extraña?

—La presencia de un comandante aquí.

Laurez, sin fijarse en los que le rodean, dejándose llevar de un impulso, pasa la mano por la cabeza del pequeño Luis, deshaciéndole el pelo en mudo ademán de simpatía, al tiempo que dice:

—¡Alégrate, muchacho! Nos aumenta la compañía. Desde hoy, la base tendrá mayor importancia. Dentro de poco llegarán los nuevos oficiales, y entonces nuestra base la formarán tres escuadrillas en lugar de una, como hasta ahora.

Y como si se arrepintiera de aquella momentánea expansión, frunciendo las cejas, se aparta bruscamente de ellos para dirigirse a la puerta. Ya en ella, se vuelve:

—Pedro...

—¡A la orden!

—Pásate por mi alojamiento. Tengo que hablarte

—su voz se ha tornado opaca. Ya no es la misma que empleara para dirigirse al joven piloto.

Dicho esto, y sin aguardar contestación, sale al aire libre, en donde se detiene a encender un cigarro.

Antes de que puedan volver de su estupor, Luis, dirigiéndose a Pedro, le dice:

—Hasta luego, amigo.

Abandona la estancia para reunirse con Fernando, que se halla parado dando unas órdenes a un mecánico.

Nadie hace el menor comentario. Perplejos, ven cómo Luis se acerca al teniente y, cambiando quizá impresiones, se dirigen a las oficinas.

## II

En el aerodromo se adivina una agitación inusitada. Todo son idas y venidas. Voces de mando.

Jaime, al entrar en uno de los hangares y ver a Carlos que, con la precipitación de los preparativos, se halla enormemente excitado, poniéndole una mano sobre el hombro le pregunta:

—¿Dónde está Pedro?

Carlos se vuelve al sentir que le tocan, pues con el ruido ensordecedor de los motores no ha oído nada.

Comprendiéndolo, vuelve a repetir la pregunta:

—¡Ah!, ¿preguntas por Pedro?

Jaime mueve la cabeza en señal de asentimiento.

—No sé—dice chillando Carlos—. ¿Le busca el capitán?—quiere saber, acentuando un tic.

—No—contesta en el mismo tono su compañero—; quería saber si todavía anda con Laurez.

—¡No me hables de Laurez!—gruñe. Y encarándose con Jaime—: ¿Qué me dices de la salidita de hoy?

Viendo que su interpelado no responde, creyendo



que no le ha entendido, le toma de un brazo y le saca fuera del hangar.

—Digo que si te diste cuenta de la salida del teniente.

—¿Te refieres a lo del pequeño Luis?—contesta con aire distraído.

—Sí; pero..., por lo visto, no te extraña.

—En honor a la verdad, te diré que no.

Carlos arquea las cejas con asombro, marcando seguidamente un violento tic.

—¡Explicate!

—No sé por qué será, el caso es que al principio, o sea, cuando vino Laurez, si he de ser justo, diré que más bien huía de Luis. Creo que éste llegó a darse cuenta, y se lo dijo al capitán, quien, a su vez, llamó al teniente. Tuvieron algunas explicaciones, a causa de las cuales Laurez comenzó a mirar con menos miedo al joven piloto, y... hasta llegó a tomarle cariño, como parece haber demostrado hoy—sus pupilas reflejan profundo desprecio.

—Pero... ¿cuándo te diste cuenta de ello?

—Apenas llegó. No comprendo a qué se debe esa manera extraña de obrar, mas... lo habéis visto palpable. No creas por eso que yo le disculpo; estoy convencido de que es un engreído.

—Y te quedas tan fresco—cruzando las manos con ademán violento.

—¡Claro!—se impacienta. Y después, fijándose en una figura elevada que se les acerca a grandes zancadas—. Mira, por ahí viene.

—¿Quién?, ¿Laurez?—se sobresalta Carlos.

—No—dice Jaime riendo—; es Pedro. Está visto que el teniente te roba el sueño.

Y dándole un puñetazo cariñoso, se aleja hacia donde se encuentra el rubio gigante.

Carlos, encogiéndose de hombros al tiempo que

guiña un ojo, vuelve a penetrar en el hangar y se dispone a terminar pronto el trabajo.

.....

El momento había llegado.

La escuadrilla, formada, ve llegar el brillante y negro Packard que transporta al comandante.

Desciende éste. Un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, de aspecto atlético, y en cuyo rostro, de facciones casi aniñadas, resaltaba, como nota pintoresca, la blancura de sus sienas.

Con asombro ven descender los oficiales, detrás de él, una figura femenina, dibujando la gracia y la esbeltez de su silueta un sencillo traje de gasa azul.

Es rubia y tiene ojos castaños. Su fisonomía es perfecta, si bien en su semblante hay un dejo de altanería. Sus delicadas manos sujetan una gruesa cadena, a la que va sujeto un hermoso perro de buena raza, galgo ruso, de pelo larguísimo, y ostentando los tres colores que le hubieran hecho merecedor del gran premio. El vientecillo que azota su rostro, alborotando su melena, mal sujeta por un gracioso sombrero, le presta más encanto a su hermosura.

Su mirada inquisidora recorre uno a uno todos los oficiales, formados a pocos pasos ante ella. Hay quien se regocija con esta agradable sorpresa, pero no falta quien tuerza el gesto. Este último es Fernando.

El comandante queda muy satisfecho de la base, y comunica a todos que muy en breve llegarán los nuevos oficiales. Después se reúne con su hija en su hotelito. Es una pequeña finca bordeada de jardín, que se halla próxima a las oficinas. En ella se instalan.

Al trasponer el umbral, del brazo de su padre, María Teresa queda gratamente sorprendida. Hay un pequeño recibidor, coquetonamente amueblado; a su derecha, un despacho. Por una de sus puertas, abier-

ta, se ve un corto pasillo, que comunica con las habitaciones del servicio y con la cocina; la otra puerta da al comedor, bastante amplio y muy alegre, con dos ventanas al jardín. El comedor hace chaflán, y en él había mandado colocar don Antonio una pequeña salita de estar, especie de fumador, separado del resto de la habitación por unos pesados cortinones de damasco rojo. En el interior del comedor, y junto a una puerta que comunica con el pasillo destinado al servicio, arranca una escalerilla de madera oscura que da al piso primero de la casa, que se halla sencillamente distribuido en cuatro habitaciones, un saloncito, un cuarto de baño y una terraza sobre la puerta de la entrada. La escalerilla de madera sigue hasta llegar a una pequeña torrecilla, cómodamente dispuesta y que puede hacer las veces de habitación.

Al entrar al comedor, dirígese don Antonio, seguido de su galgo, *Git*, al pequeño fumador, mientras María Teresa sube a las habitaciones con idea de disponer su arreglo.

El comandante Oliverio, con la frente pegada a los cristales, mientras *Git* descansa a sus pies, contempla abstraído el enorme campo que ante él se extiende. Una amarga sonrisa asoma a sus labios. Como acaba de hacer con su hija, hizo su padre un día con él.

Cuando contaba muy corta edad, y en ocasión de haberse quedado viudo, se lo llevó consigo al aeródromo en que prestaba servicio. De ahí nació la afición del niño por los aviones, y, más tarde, el deseo de seguir la misma carrera del padre; pero al morir éste, y saberse heredero de algún caudal, él, que había estado durante toda la vida sometido a la férrea voluntad del padre, al encontrarse con aquel dinero, sin nadie que le impusiera su autoridad, sin más parientes cercanos que una tía anciana, hermana de la madre, en plena juventud y con el carácter abierto y emprendedor, abandonó la carrera y emigró a Amé-

rica, donde invirtió su caudal en diversos negocios, que pronto le hicieron dueño de una considerable fortuna.

Satisfecho de su buena suerte, contrajo matrimonio con una joven americana, de la cual se había prendado. Mas la felicidad no quiso sonreírle en este aspecto, pues, pasado un año, la esposa moría al dar a luz una hermosa niña.

Antonio, perdida la ilusión de su vida, dejó los negocios, levantó la casa y se trasladó a España, después de haber dejado instalada a la recién nacida en un magnífico colegio de huérfanos, en compañía de una fuerte suma, que debía contribuir a la manutención y buena educación de la niña.

Su vida era un continuo tormento. Las noticias que con frecuencia llegaban de María Teresa, no hacían más que aumentar su tristeza con el recuerdo.

Este estado de ánimo le decidió a terminar la carrera, así, al mismo tiempo, le serviría para distraer su mente, atribulada por el dolor.

Pasados dieciocho años, aprovechando un largo permiso obtenido, partió para América a recoger a la niña, pues la vida agitada de la aviación no era suficiente para apaciguar la tristeza, que había aumentado con la muerte de la tía.

La pequeña era el vivo retrato de la madre, si bien, en cuanto al carácter, se parecía al padre.

Se reprochó el haberla tenido durante tanto tiempo separada de él. Pero pronto comprendió que había sido mejor, ya que, acostumbrado a la vida militar, no hubiera tenido arrestos suficientes para darle una educación tan completa como la que había recibido en el colegio.

Desde aquel momento, la niña fué su única ilusión, depositando en ella todo el cariño que antes, en su obstinado dolor, intentó negarle.

No se volvió a separar de ella, y en cuanto conse-

guía algún permiso, lo aprovechaba para recorrer con ella toda España, con el fin de que llegara a conocerla.

En una de estas excursiones, estando pasando unos días en La Coruña, en casa de la marquesa de Moncaby, íntima amiga de su madre, don Antonio tuvo que partir para reintegrarse a su puesto, dejando a María Teresa en compañía de la marquesa, cumpliendo así su voluntad. Se quejaba de la soledad en que vivía, sobre todo, en aquella época, en que su única familia, que la constituían los dos nietos, se encontraban alejados de ella: Pily, con unos amigos, y Federico, cadete de la Academia, se hallaba cumpliendo su deber militar.

La marquesa se sentía feliz con la compañía de aquella simpática criatura, y don Antonio, tranquilo de saber a su hija tan bien instalada el tiempo que durara la guerra.

En los permisos, Federico conoció a María Teresa, y llegó a enamorarse de ella, pidiéndole, más tarde, relaciones. La abuela se alegró. También al señor Oliverio habían satisfecho mucho estos amores. No podía aspirar a más para su hija, y se pregunta ahora con desaliento qué les había ocurrido en estos últimos días pasados en Madrid, antes de incorporarse a la base, que el joven militar no había pasado a despedirles, ni daba señales de vida desde hacía más de una semana.

Don Antonio hace un gesto de disconformidad, mientras *Git*, mirándole fijamente, tuerce hacia un lado su cabezota, como si intentara descubrir en el rostro de su dueño aquella preocupación que le tiene alejado de cuanto le rodea.

## III

El reloj de las oficinas deja oír once lentas campanadas.

Fuera, en el jardín, una elevada silueta se recorta en la penumbra de la noche, apoyada en la balaustrada. Entre sus labios descansa un humeante cigarrillo y sus pupilas, que hoy brillan con extraño fulgor, parecen perdidas en la noche, parecen prendidas en los múltiples puntitos luminosos que oscilantes salpican el firmamento. Sin embargo, no pierde sílaba de la conversación que, a través de uno de los ventanales, abierto a su espalda, llega a sus oídos. No porque le interese, pero arman tanto ruido, que a la fuerza tiene que enterarse.

—Os aseguro que al bajar del coche me ha mirado.

—¡Entonces, hoy crees en Dios!—la patética burla ha brotado de labios de Juan.

El rostro hermético sigue impassible contemplando la noche.

Dentro siguen hablando :

—¡No seas iluso, Carlos!—ahora es Jaime—. Te ha mirado como a todos, con la curiosidad con que se contempla por primera vez una cosa.

—¡Bendita curiosidad!—la misma voz burlona de antes.

—¡Cállate, Juan!—chilla nervioso Carlos.

La boca altiva se ha dignado esbozar en la penumbra una irónica sonrisa.

—Me exasperas con tus sátiras—sigue diciendo Carlos—. Mezquino espíritu el tuyo, que no sabe más que burlarse de todo—en la censura hay un mucho de venganza, de amor propio herido.

Juan ríe :

—Razón de más para estar más cuerdo que vos-

otros, juglares del siglo veinte, que no os costaría ni la menor vacilación tomar vuestro laúd para cantar bajo el balcón de la señorita Oliverio. Yo no idealizo tanto. Soy más positivo, más materialista, si queréis, pero me va mejor así. La vida me ha enseñado a tomarla tal y como es, sin pedirle más de lo que me es factible tener. No sueño, pero también me evito los embates bruscos, los rudos golpes que el soñar proporciona.

Las facciones impasibles se han contraído en la noche, y en la boca decidida ha oscilado por un momento el cigarrillo.

—¡Bah! ¿Tú, qué sabes de la vida?

Suena de nuevo la risa sarcástica.

—Puede ser que algo más que tú, ilustre soñador.

Ha debido de acercarse a él en un gesto de impertinencia, porque se oye el ruido de una silla al caer al suelo violentamente, y un grito sordo de Carlos:

—¡A mí no...!

La elevada silueta se incorpora. Sus músculos se tensan bruscamente. Con mano rápida ha separado el cigarrillo de la boca. Está en guardia. Pero poco a poco va cediendo la tensión. Se ha oído un portazo, y la voz sosegada de Jaime:

—No le hagas demasiado caso, Carlos. Ya conoces su carácter.

Un gruñido casi imperceptible, procedente del excitado piloto. Y la figura masculina vuelve a apoyarse en la balaustrada. Su mirada vuelve a perderse en la noche. De los labios, entreabiertos, se escapa el blanquecino humo.

—Fernando—suena una voz conocida a su espalda. Laurez se vuelve rápidamente.

—¿Qué quieres, Luis?

—El nuevo comandante debe de necesitarte, porque te reclama.

—¿Dónde está?

—En su casa.

—Está bien. Voy allá.

Tira el cigarrillo, y por no molestarse en ir a buscar la puerta del jardincillo, salva la valla de un salto, alejándose con paso apresurado.

La reducida familia se encuentra reunida en el pequeño fumador, donde introduce la doncella al joven teniente.

Presentaciones de rigor. Sonrisas que quieren ser amables. Y al fin, sin saber cómo, se encuentra hablando con ella.

El señor Oliverio ha ido a su despacho para buscar unos papeles que ha de entregarle. A su salida, sigue una larga pausa.

Fernando acaricia distraído a *Git*, que se ha tumbado junto a él, con su respiración jadeante y la lengua fuera, cerrando pausadamente los ojos cada vez que el aviador pasa la morena mano por su peluda cabezota.

María Teresa los contempla calladamente, diciéndose que es la más bella estampa que jamás contemplara.

Al fin, decide romper este silencio, dirigiéndole una pregunta trivial:

—¿Qué tal resulta la vida aquí?

Fernando, que está molesto bajo la insistente mirada de la muchacha, recordando la escena ocurrida a su espalda minutos antes, piensa si a él también le está mirando con la curiosidad con que se contempla por primera vez una cosa, y quisiera contestarla que si el objeto de su llegada a la base era el de divertirse a costa de ellos, le asegura una loca diversión. Pero se contiene a tiempo, y sólo dice, sin levantar la vista que tiene fija en *Git*:

—Depende del carácter. Hay quien se distrae en la soledad de un monte, y, en cambio, hay quien se aburre en el ajetreo de una elegante fiesta.



María Teresa hace un gesto de asombro. «¿Qué complejo tan desconcertante encierra este hombre?», se pregunta. Pero no se abruma por ello. Está acostumbrada a triunfar y no va a dejarse vencer precisamente en esta lid.

—No me refería escuetamente a la diversión o al aburrimiento que la estancia en este hermoso lugar pudiera aportarme—añade mirándole con una luz indefinida en sus pupilas, ahora de un castaño más oscuro—. Además, que yo no considero este rincón ni con la soledad de un desierto, ni con la animación de una elegante fiesta. Y como en el término medio dicen que se encuentra la virtud, presiento que me voy a sentir muy dichosa en este nuevo ambiente, en el que mi padre piensa que me aclimate con la misma facilidad con que me amoldé a otros muchos, quizá más desagradables. Por lo demás, mi espíritu es aventurero, como lo fué el suyo. Y la idea de saborear esta nueva vida, desconocida hasta ahora para mí, me seduce y me divierte.

Fernando levanta la cabeza para mirarla. En sus negras pupilas ha brillado, por unos momentos, una luz que lo mismo hubiera podido ser de incredulidad como de fina ironía.

—Sentiría que lo que hoy tiene usted por una hermosura, llegara un día a defraudarla. Piense que aquí hay pocas diversiones, por no decir ninguna. Una semana, dos, tres y hasta un mes le serán soporables, pero más tiempo...

—No lo crea. Además, caso de aburrirme, tengo la ciudad a dos pasos, donde puedo encontrar lo que aquí me falte. Tiendas, paseos, diversiones, fiestas. ¿No obra usted del mismo modo cuando se siente aburrido?

—No he sufrido nunca esa enfermedad, y, aunque la sufriera, no se me ocurriría ir a buscar la distracción a una fiesta, las detesto—en la frente se ha for-

mado un profundo pliegue y la mirada se ha hundido en la noche, a través del ventanal abierto.

María Teresa arquea una ceja al responderle :

—Entonces..., ¿en qué emplea su tiempo?

—En leer, pensar y volar—le contesta conteniendo su impaciencia. «¡Pues no es curiosa la niña!», se dice con desagrado.

Sigue una larga pausa. María Teresa se mira las uñas. Parece haber concentrado toda su atención en ellas. Mas no es así. En su interior está tratando de calificar el carácter del que, junto a ella, parece abstraído en la contemplación de la noche.

¿Iniciar una nueva conversación?, se pregunta. No se atreve. Teme obtener el mismo resultado que en la anterior. «¡Qué ser tan extraño!», se dice. Ella está acostumbrada a dominar con la serenidad que la caracteriza, y no sabe por qué este hombre la desconcierta.

El padre viene a sacarlos del embarazoso silencio.

Al verle entrar, María Teresa se levanta y se acerca al ventanal. ¿Es efecto de su imaginación, o es que efectivamente Laurez dió un suspiro de alivio cuando el comandante apareció tras las cortinas? Se encoge de hombros.

Cuando, minutos más tarde, se le acerca el teniente para despedirse de ella, sus miradas se encuentran. Laurez la desvía con brusquedad y María Teresa se promete solemnemente descubrir el mundo que se esconde en aquellas pupilas de árabe que la huyen con cansancio, quizá con fastidio.

En los días que siguen, Fernando ve derrumbarse ante él todos sus planes. Huir fué el primer pensamiento. Menudear los vuelos solitarios en la *Luciérnaga*. Todo inútil. El tiempo que se encontraba libre

de servicio, le reclamaba el comandante para encomendarle algún trabajo sin importancia, que hubiera podido realizar el más sencillo de los mecánicos. El señor Oliverio había tomado la costumbre de usar de él para todo. De ahí pasó a invitarle alguna que otra vez a tomar café. Decía que le gustaba su compañía y le mandaba llamar, al principio con algún pretexto, ahora sin él.

Fernando aceptaba las órdenes y rechazaba las invitaciones. Pero la mirada burlona de ella hiere su orgullo de hombre. En sus pupilas había reflejado un desafío: «No aceptas porque te impongo; me tienes miedo.» ;Miedo? No. El no huía de nadie porque le tuviera miedo, sino porque detestaba toda compañía, sobre todo, la de las mujeres. Pero de eso a tenerle miedo... Y aceptó el desafío, «Hay que saber hacer frente a la vida.» Y él había sabido hacerlo.

Las invitaciones acabaron siendo diarias. Y diarias acabaron siendo también sus entrevistas.

Sabiamente, va dando, poco a poco, María Teresa un tono animado a sus conversaciones, y el teniente las va siguiendo con naturalidad. Sólo de vez en cuando, un pensamiento, quizá desagradable, viene a nublarse su frente, cerrándose entonces en un obstinado mutismo. María Teresa, que ha ido estudiando su carácter y conoce ya estos cambios bruscos, sabe cuándo conviene aflojar y cuándo conviene estirar. En los apartes que el comandante, consciente o inconsciente, les ha ido proporcionando, María Teresa ha intentado descubrir el misterio que envuelve su alma. Ha conseguido incluso hacerle sonreír, pero no así lo que ella se había propuesto encontrar. Había preguntado a varios de los oficiales sobre este particular, y todos le habían dicho que se trataba de un niño tonto, orgulloso. Menos Pedro, que evadió la respuesta, y Luis, que trató de disculparle. Y entonces decidió hallar por cuenta propia lo que buscaba. Y para ello

instó a su padre a que lo trajera a la finca y lo retuviera.

Fernando se había dado cuenta del juego, y se preguntaba qué interés podría tener esta mujer en introducirse en su vida, si él le había dado a entender que no deseaba su amistad, y menos su asedio. Pero... ¡Ah, si no respaldase el comandante todo esto!

—No es hora de meditar, Fernando—dice mirándole risueña mientras le alarga una tacita de café.

Laurez sonrío al tomarla. Le fastidia que esta diosa de incomparable serenidad se percate siempre de sus menores gestos y abstracciones.

Y ella piensa que así tiene un nuevo atractivo. Parece mucho más joven.

—¿Lleva usted mucho tiempo en esta base?—la voz del comandante viene a sacarles de sus respectivas meditaciones.

—Un mes.

—¿Y qué tal resulta la vida aquí?

Es la segunda vez que Fernando recibe esta pregunta en este mismo lugar, e instintivamente busca su mirada. Los ojos de ella le responden, y al posarse en los de él, brillan divertidos. Fernando sostiene la mirada mientras dice que para un entusiasta de la naturaleza, aquello es un verdadero paraíso. Y va describiendo los lugares magníficos que encierra este valle casi salvaje, lleno de una belleza insuperable.

—Sobre todo el bosque de El Magnolio—sigue diciendo, desviando al fin su vista para dirigirla al comandante.

—¡Qué raro! ¿Por qué se llama así?—quiere saber María Teresa.

—Porque perteneció al castillo feudal del mismo nombre, propiedad que fué de un ilustre señor.

—¿Lo habita alguien?—inquiere don Antonio.

—No. Hoy no queda más que una fantástica leyenda sobre un montón de ruinas.

—Cómo me gustaría conocerlo—dice María Teresa—. ¿Está muy lejos?

—Media hora escasa de aquí, yendo en coche.

—Entonces, papá—se le llenan los ojos de entusiasmo—, ¿no te enfadarás si mañana acaparo a tu teniente para que me lleve a ese bosque?

—Hija, eso es cosa de Laurez. El ha de decir si se enfada o no porque tú le acapares—comenta el padre, risueño.

—Honradísimo de servirle de guía. Mañana tengo la tarde libre, así es que, si a usted le parece, podríamos ir sobre las seis. Es la mejor hora, a mi entender.

—Sí. Me parece bien. Y ahora, Fernando, cuéntenos esa leyenda—se ha acercado a él. Pero de pronto, apoyando una mano sobre el brazo le dice impulsiva—: No, no la cuente. Prefiero oírla mañana, frente a las ruinas.

El comandante ríe, y Laurez reniega en su interior. Era lo que le faltaba, excursiones en su compañía. Por un orgullo desmedido había querido afrontar aquella desafiadora mirada, y ahora lo estaba pagando caro.

¿Qué había sido su vida desde que María Teresa hiciera su aparición en escena? Todo lo contrario de lo que él había imaginado. ¿Dónde quedaron sus ansias de soledad? Todo quedaba estrellado ante su fatalismo, como él denominaba. Creyó que podría evadirse con facilidad, y casi con asombro se vió rendirse ante esta hermosa mujer.

#### IV

El coche se desliza por una carretera amplia. A ambos lados se van sucediendo alternativamente los viñedos y olivares. De vez en cuando, algún árbol

corpulento interrumpe la claridad solar sobre la carretera. Tienen que desviarse dos o tres veces a causa de unos camiones que se dirigen, indudablemente, al aerodromo, pero las manos varoniles sujetan seguras el volante. María Teresa las contempla de reojo. Son finas, nerviosas, morenas por el sol que deben de recibir a diario.

De las manos pasa a contemplar su perfil enérgico. Sus ojos de halcón, acostumbrados a hundirse en las nubes, a rasgar el espacio, están fijos en la cinta de plata, que serpentea y que van tragándose kilómetro a kilómetro. Los músculos de su cara están en tensión. En cambio, su boca, altiva, se pliega hoy en un gesto de cansancio.

Tuercen por una carretera polvorienta, y al poco rato se internan en un bosque.

Ninguno de los dos ha abierto la boca durante el trayecto.

María Teresa supone que éste debe de ser el bosque en cuestión, y contempla la exuberancia de pinos, sin lograr ver ningún magnolio.

Detiene el coche. Salta a tierra, y, abriendo la portezuela, la invita a que descienda.

—Tenemos que continuar a pie. Hay algunos pinos caídos que nos impiden llegar en el coche hasta el castillo.

Apoya la muchacha la mano en la que él le tiende para bajar.

Da Fernando la vuelta para cerrar la portezuela con el llavín. Cuando vuelve junto a ella, sus facciones parecen menos tensas.

—Es malo el camino. Procuraremos sortear los escollos lo mejor posible.

María Teresa no halla nada que objetar, y echa a andar junto a la elevada silueta.

Efectivamente, el camino es espantoso, no sólo por

los troncos que hay que salvar, sino por la desigualdad del terreno.

Laurez la va indicando :

—Ponga los pies aquí. Cuidado con ese hoyo...

Pero María Teresa vacila desde los altos tacones. Da un traspie, y, al fin, Fernando, decide tomarla del brazo.

—La culpa es mía. Debí haberle advertido la conveniencia de un calzado cómodo para este lugar—se disculpa.

Ella sonríe.

Aparecen ante ellos dos largas hileras de abetos, que van a desembocar frente a lo que en sus tiempos debió de ser un hermoso castillo.

Se detienen.

—¿Quiere que entremos?

María Teresa parece dudar unos momentos, después accede.

Atraviesan un amplio zaguán. Después un salón completamente destartado, sin embargo, en uno de los rincones aun se ve un pedazo del magnífico decorado que adornó aquella espaciosa sala. Por una puerta que ya no queda de ella más que el hueco, penetran a otra pieza. Una parte de su techo se había hundido. Por éste se veía la parte superior del castillo completamente en ruinas. A un lado, arrancan los restos de una escalera de mármol.

—Resulta ya imposible el ascenso a la parte alta del edificio—dice Fernando contemplando los inseguros peldaños—. Es un riesgo al cual no debemos exponernos.

Y sin consultar el parecer de María Teresa, tuerce hacia el lado opuesto para entrar en otra vasta sala. Es una rotonda, parte de cuyo magnífico artesanado se conserva todavía en buenas condiciones, lo mismo que algunos frescos de la pared.

Laurez la conduce hasta ellos.

Representan varias escenas, más o menos fantásticas. De entre ellas, la que más llama la atención de María Teresa es una reproducción de un rincón del bosque que acaban de atravesar, entre cuyos pinos se alza un corpulento magnolio, al pie del cual aparece una hermosa mujer vestida con una túnica blanca; la abundante cabellera rubia suelta, cubriéndole los hombros y la espalda. Con la mano izquierda levanta una pequeña trampa que hay al pie del árbol, y con la derecha empuña una reluciente daga

—¡Qué hermosa! ¿Existió en realidad esta mujer, o fué imaginación del pintor?—pregunta María Teresa, interesada.

—No se ha llegado a saber nunca—responde Laurez pensativo contemplando el fresco, y luego añade—: Estas pinturas forman parte de la leyenda que envuelve el castillo.

María Teresa le escucha, mientras trata de analizar la expresión del hermoso rostro de aquella mujer. No sabe si es de dolor o de ira; sin embargo, aquellas enormes pupilas grises brillan con luz diabólica que la hacen estremecer, e instintivamente se acerca más a Laurez, que la mira asombrado.

—Si la impone, interrumpimos la leyenda, y nos vamos.

Sonríe ella.

—No. Siga contando. Me interesa muchísimo.

Fernando vuelve a mirar las pinturas.

—Hacía muchos años que el castillo se encontraba deshabitado—dice—. Sus dueños querían venderlo a toda costa, mas sin resultado alguno. Se hablaba de una trágica leyenda y de fantasmas, lo que tenía alejados a los posibles compradores. Pero un día se presentó un joven desconocido con idea de adquirirlo, pagando una suma fabulosa por él.

—Sería algún filántropo que no sabría en qué emplear su dinero.



--Era un pintor italiano. Todos estos frescos se deben a él.

María Teresa vuelve a mirar a la hermosa mujer.

—El castillo no estaba en buenas condiciones, y su nuevo dueño se dispuso a restaurarlo. Trajo los mejores decoradores, y en poco tiempo quedó como nuevo. Solamente esta habitación se hallaba sin decorar por deseo del propio pintor, quien quería llevar él mismo a cabo esta operación.

»El joven se instaló en el castillo, mejor dicho, se encerró en él, pasando así varios meses. Se rumoreaba si el artista se hallaba enfrascado en el decorado de esta sala, que habíase hecho ya famosa.

»La tranquilidad y el silencio en torno al castillo eran absolutos, y nadie podía llegar a comprender cómo las visiones fantasmagóricas de que se hablaba no habían hecho huir al italiano, que seguía encerrado en su palacio.

»Al año justo, decidió dar una fiesta solemne. A ella invitó a lo más rancio de la aristocracia.

»Aunque el temor era grande, todos aceptaron, con la curiosidad de ver la sala terminada por la mano de aquel célebre hombre.

»Antes de acabar la fiesta, todos manifestaron grandes deseos de visitar los famosos frescos. El joven pintor sonrió, mas, sin decir nada, condujo a sus invitados hacia este lugar. Al abrir la puerta, el estupor paralizó a todos. La sala seguía en blanco...

María Teresa arquea una ceja.

—... Al ver el general asombro—sigue Laurez—, se disculpó diciendo que si les hubiera expuesto la verdad, no era fácil que le hubieran creído. Por eso prefirió mostrárselo sin proferir palabra. Pero les aseguró terminarla con unas escenas de Venecia.

»Otro año pasó sin que el pintor diera señales de vida. Al cabo del cual, volvió a dar otra fiesta, manifestando a sus invitados que les reservaba una

sorpresa para la medianoche. Llegada ésta, los condujo de nuevo a la famosa sala, y al abrir sus puertas, el terror invadió esta vez a los que esperaban hallar las escenas venecianas. El artista había reproducido exactamente, y con todo detalle, la terrible leyenda que envolvía este castillo...

—¿Y es?—pregunta María Teresa.

—... Lo mandó construir un árabe para encerrar en él a una joven de la cual se había enamorado, cautiva suya. Rodeó el palacio de un lujo excesivo, y de todas las comodidades, así como de una legión de sirvientes y esclavas, con objeto de que cuidaran de su amada, a la que él venía a visitar con frecuencia. Pero la cautiva no le era fiel. Se había enamorado de uno de los escuderos.

»Temerosos de que el poderoso guerrero, Calid, llegara a descubrirlos, en sus continuas ausencias aprovechaban cada uno de sus minutos para construirse un sótano, cuya escalerilla arrancaba, como usted ve, al lado de ese magnolio, con objeto de ocultar allí sus amores. Ya lo tenían casi acabado, cuando una noche, estando los amantes en esta misma rotonda, se presentó el Calid. Aquí podrá presenciarse — dice Fernando, conduciéndola ante otro fresco—. Está algo estropeado. Observe; éste es Calid al echar pie a tierra de su caballo blanco, en aquella noche. Y este retazo, casi imperceptible, representa esta habitación. Esta figura que hay en el suelo es el joven escudero, y éste debe de ser el puñal que Calid le clavó en el pecho. Esta sombra que se ve a su lado es la cautiva. No se ve bien, pero debía de estar llorando...

—¿Y el árabe?—interrumpe.

—... Después de dar muerte al traidor, huyó. La cautiva mandó a su esclavo negro que condujera el cadáver al sótano, cubrió su cuerpo con flores y después, dejándolo, fué a buscar la daga que había que-

caído en el suelo de la rotonda, volviendo de nuevo junto al amado, que es la escena que ha contemplado antes. Dicen que, una vez junto al escudero, se clavó la daga en el pecho, perdiendo también la vida—hace una pausa.

»Al cabo de algún tiempo, volvió el Calid, y con asombro vió que su amada había desaparecido y que ninguno de los sirvientes supo darle razón de su paradero ni del cadáver del traidor. Pasó todo el día buscándola, y cuando, llegada la noche, se dispuso a descansar, cuentan que se le apareció envuelta en una túnica blanca. El Calid intentó acercarsele, y ella se hizo transparente como el humo, hasta que desapareció. Cuando volvió a aparecer, el guerrero no había salido aún de su estupor, y entonces ella le dijo: «No intentes acercarte a mí. Huye de este castillo que tú mismo has maldecido, porque si permaneces en él, mi sombra te perseguirá hasta hacerte imposible la vida.» No sé lo que pasó. Hay quien dice que huyó, hay quien afirma que acabó allí sus días. El caso es que de sus posteriores dueños, nadie ha pasado una sola noche en el palacio, salvo el joven pintor.

»El terror dejó, como le decía antes, paralizados a todos, pero no sólo por la exacta reproducción de la fantástica leyenda. Había algo más que ninguno de ellos lograba comprender, algo cuyo misterio no lograban desentrañar, y era que el pintor, cada vez que representaba en sus frescos la figura del escudero traidor, había pintado su propia imagen. «¿Con qué objeto?», se preguntaron *in mente* todos los invitados; y al volverse hacia su anfitrión para formularle esta pregunta, que quemaba sus labios, el pintor había desaparecido. Pensaron que se hallaba en la sala contigua, mas no era así. Preguntaron al servicio, y nadie le había visto salir. Los invitados, llenos de pavor, creyendo que los fantasmas de que

tanto se habló volvían a hacer sus apariciones, abandonaron sin pérdida de tiempo el castillo.

»Al joven italiano nadie volvió a verle, y el palacio se cerró. Nadie ha vuelto a vivir entre sus paredes, y el tiempo, poco a poco, ha ido devorándolo, hasta dejarle en el estado que usted lo ve...

—¿Y el magnolio?

—Una de estas ventanas dicen que daban a él.

—¡Fernando! — exclama de pronto, agarrándole por un brazo con fuerza.

Laurez se vuelve. Fuera, un árbol corpulento es mecido lentamente por la brisa.

—Se ha equivocado usted. No es un magnolio. Ha debido de ser el juego de luces. He de advertirle que, en realidad, no existió nunca, ya que puede figurarse que todo es pura leyenda—dice fijando los ojos en la mano que aun se aferra a su brazo, y su frente dibuja un pliegue.

—Tiene usted razón. No sé cómo pude pensar semejante cosa. Estoy un poco nerviosa. Su leyenda me impresionó.

—Si le parece—añade sin apartar la vista de la mano—, damos por terminada nuestra excursión. A usted le conviene descansar, y yo entro de servicio a las once.

María Teresa asiente, pero no se suelta, y Fernando, haciendo un gesto de resignación, echa a andar hacia fuera.

Ya en el coche, respira aliviada, y cuando Fernando se inclina para indagar qué tal se encuentra, los ojos de ella sonríen, agradecidos.

—Tengo que confesarlo, Laurez. Pasé miedo, y, a pesar de ello, la excursión me pareció maravillosa.

Fernando se incorpora casi con brusquedad, dando rápidamente marcha al motor. Ya no vuelve a despegar los labios, y María Teresa, reclinando la cabe-

za sobre el respaldo, cierra los ojos. Cuando los abre están entrando en el aerodromo.

El coche se desliza pausadamente a lo largo de éste, hasta llegar al hotelito del comandante, donde se apean y se detienen un momento hablando, sin percatarse que desde la puerta de las oficinas, cinco pares de ojos los contemplaban con un dejo de envidia.

—El orgullo lo guarda para nosotros—salta al fin Carlos, sin disimular su excitación—, y, en cambio, para el señor Oliverio...

—Para la señorita Oliverio...—corrige con retintín Juan.

Carlos, que está molesto con él desde aquella noche memorable, simula no haberle oído, y continúa encarándose con Pedro y guiñando un ojo:

—¡Tú, que le defendías tanto! ¡Ah, si el comandante fuera uno de tantos y no tuviera una hermosa hija!...

—No le hubiera mirado siquiera—sigue displicente José.

—No os burléis—grita Pedro, fuera de sí—. Me avergüenza oíros hablar de ese modo.

Jaime le mira con sarcasmo, para decirle:

—No; si estamos convencidos de que tu afirmación del otro día tiene visos de verosimilitud. El hombre atraviesa por una situación difícil. Tiene un apuro. Quizá una gran preocupación monetaria y...—se detiene para mirar a los que los rodean; después vuelve a fijar la vista en Pedro, para terminar, acentuando su ironía—... si consigue conquistar, al mismo tiempo que a la hija, la fortuna del padre...

La risa suena con acento mordaz, y Pedro, tragándose la ruda contestación que apuntaba ya a sus labios, penetra en las oficinas, dando un portazo tremendo.

Fuera siguen riendo, mas el motor de un avión al ponerse en marcha los interrumpe.

Todos saben que Laurez manda esta noche la patrulla de guardia. Ninguno hace el menor comentario. En sus imaginaciones ha brotado un mismo pensamiento; todos quisieran ocupar el lugar preferente que junto a la señorita Oliverio había logrado, con empeño o sin él, el taciturno y altivo teniente.

## V

La calma de la noche es completa. Ni una sola hoja se mueve a impulsos del viento en el pequeño jardín, bañado por completo por la plateada luz de la luna, hasta el que llega, procedente de una de las abiertas ventanas del hotelito, el estruendo, por llamarlo así, de una radio puesta a toda voz, y en la que tan pronto suceden a los majestuosos sonos de una ópera, las notas discordantes de un *jazz*, como la voz estentórea del locutor de alguna estación extranjera.

María Teresa, contemplando el firmamento, menea lentamente la cabeza. Su padre debe de andar inquieto. En el tiempo que lleva sentada en el rústico banquito de piedra, ha cambiado de estación diez veces por lo menos, como es costumbre en él cuando está de mal humor.

El crujir de la grava la trae a la realidad. Una silueta casi de gigante se acerca por el andén. María Teresa le reconoce al punto.

Al pasar junto a ella, Pedro la obsequia con un profundo saludo.

Contesta, siguiéndole después con la mirada hasta verle desaparecer por la puerta de la finca. Y, al poco rato, la voz de la radio disminuye, y hasta ella llegan, casi imperceptiblemente, las notas tenues de unos violines, que interpretan un vals.

María Teresa da un suspiro, y vuelve a fijar su vista en el cielo. «Parece una verdadera lluvia de estrellas», piensa. Y sin saber por qué, acuden en tropel a su mente las escenas vividas horas antes. Su paseo hasta el castillo con Laurez. Su sagacidad femenina le ha descubierto esta tarde lo que ya desde un principio había sospechado. Fernando es un amargado. La vida ha debido de serle cruel, y sus embates bruscos hanle forjado esa máscara de impenetrable frialdad tras la que, indudablemente, se esconden un temperamento fogoso, un corazón noble y sensible; le han prestado esa mirada cortante a sus ojos, en los que ella ha visto brillar, ya en dos ocasiones, un destello de pasión, dominado casi al instante.

¿Qué motivo tan poderoso ha podido obrar de esta manera en su ánimo? Y como mujer, curiosa por naturaleza, le hubiera gustado llegar a desentrañar el novelesco misterio que circundaba a Fernando.

Desde el primer momento, éste había sido su mayor empeño. Instó a su padre para que le invitara y sugiriéndole la idea de llamarle siempre que necesitara algo, disimulando, claro está, su interés a fin de que don Antonio no llegara a darse cuenta de ello.

Se había prometido rendir la fría altivez de aquellos ojos, y para ello había puesto en juego toda su destreza femenina; mas hoy, después de varios días de trato, llegaba a la conclusión de no haber adelantado nada en este delicado terreno, y con la terrible convicción de no llegar a conseguirlo sentíase rendir sin condiciones. Había triunfado la testarudez de este hombre, que la atraía irresistiblemente. ¡Cosa más rara! Era la primera vez que le ocurría. Sentía por él infinita compasión cuando, creyéndose solo, bajaba abatido la frente, pero cuando, al percatarse de que alguien le estaba contemplando, levantando la cabeza, ocultaba el rictus amargo de su boca tras una

sonrisa escéptica, mezcla de ironía; entonces le oía con toda su alma.

¡Cuán distinto su carácter del de Federico!

Un vivo rubor cubre su rostro al evocar este nombre.

¡Pobre Federico! ¿Qué había sido de él? Desde aquella discusión, días antes de venirse ella a la base, no había tenido la más leve noticia suya. Y con súbito arrepentimiento se avergüenza de haberle pospuesto a un desconocido que, sin mostrar el menor interés por ella, ha conseguido adueñarse de su voluntad y, lo que es peor, con su consentimiento. ¿Enamorada de él? ¡No! Interesada nada más.

El rubor vuelve a cubrir sus mejillas. ¡Pobre Federico!

En aquel momento, tres enormes aparatos se elevan. Uno de ellos describe varios círculos y hace algunas piruetas. Ella se pone en pie para contemplarle mejor, a pesar de asustarla los movimientos del atrevido piloto.

—Aunque apareciera volando entre tres mil aparatos exactos, le reconocería. ¡Siempre será el mismo!—suenan la voz de Pedro a su espalda.

Ella se vuelve casi con sobresalto, pues con el ruido que meten los aviones no le ha oído llegar.

—¿Se refiere al teniente Laurez?—pregunta.

—Sí—contesta Pedro, sin apartar la vista de los puntitos, que poco a poco se van internando en la noche, y acaban por desaparecer del todo—. Es de una intrepidez sorprendente. No despega una vez que no nos haga soltar a todos una exclamación.

—¿Y por qué no se lo prohíben? Corre riesgo de matarse.

—¡Bah! No lo crea. Se desenvuelve con más soltura en los aires que en la tierra—en los ojos de Pedro se ha encendido el entusiasmo. Con cariñosa y admirativa entonación sigue diciendo—: Tiene algo



de águila. Es un magnífico piloto, en toda la extensión de la palabra, y siente verdadera vocación por su oficio. Se pasa más de tres cuartas partes de su vida volando, cuando no por servicio, por capricho.

—¿Y es por eso por lo que se gana entre sus compañeros la fama de orgulloso?—pregunta María Teresa, con intención de indagar el parecer de este hombre acerca de Fernando.

Pedro clava en ella su mirada; después dice, desviando sus ojos:

—Algo ha debido de contribuir. El destacar tan extraordinariamente como él suele acarrear algunas envidias—vuelve a mirarla—. Además, el teniente tiene un carácter especial, que sus compañeros tachan de orgullo—se acerca a un seto para contemplar una ramita, al parecer atentamente, y dice quedo—: Ellos no conciben que en la vida pueda haber grandes preocupaciones. Todo lo toman a chacota.

Por el rostro de la señorita Oliverio cruza una extraña luz; sin embargo, dice con naturalidad:

—¿De manera que el carácter especial de Laurez es debido a una gran preocupación?

—Es una suposición mía—se apresura a decir Pedro—. Lo mismo que ellos creen ver en el teniente un ser altivo, yo creo ver su actitud dominada por una... casi me atrevería a decir tragedia.

—Pero, en concreto, ni usted ni ellos saben nada que venga a confirmar la realidad de sus suposiciones.

—Ninguno. En todo caso, el capitán..., pero no creo.

—Pues es raro que entre ustedes no surgiera un momento propicio a confidencias.

Pedro frunce la frente.

—No es raro si se tiene en cuenta que él no está nunca, mejor dicho, evita el estar entre nosotros—por un momento ha vibrado una nota triste en su voz.

—Bueno, pero casi siempre se suele tener preferen-

cia por alguien—sigue María Teresa, sin quererle dar por vencida.

—Sí, él también la tiene, aunque muy singular. Empezó huyéndole, y acabó por cobrarle cariño! Y yo, que tengo muy buena amistad con Luis, he sabido que con él tampoco se muestra muy explícito en esa cuestión.

Uno de los reflectores ilumina por unos momentos el pequeño hangar.

Pedro sonrío fijando en él su vista.

—¡Tan sólo ella sabe lo que encierra su vida!  
—dice.

María Teresa sigue la dirección de su mirada. La luz ha pasado, y no consigue ver más que las enormes fábricas de los hangares dibujarse imprecisas en la sombra.

Con infinito asombro, mezcla de curiosidad, levanta hasta el piloto los ojos.

—¿Quién es ella?—pregunta.

—¡La *Luciérnaga*!—le contesta con énfasis.

El asombro de María Teresa va en aumento.

—¿La *Luciérnaga*?—inquiere bajito. Y, sin saber por qué, vuelve a sentir el mismo estremecimiento que sintió por la tarde cuando creyó ver el magnolio en realidad.

—¡Ah! Pero ¿usted no sabe...?

Ella menea negativamente la cabeza, aun sin saber qué es lo que no sabe.

—Claro; si nadie le hablado de ella, es probable que no lo sepa, puesto que hace tiempo que no la saca. Es el águila de Laurez. Un día se presentó en la base con ella, sin una explicación que saciara nuestra curiosidad ante aquella extraña pero hermosa aparición. Porque la *Luciérnaga* no es un avión corriente, pero es bonito. Sus características de vuelo revelan sus inmejorables cualidades. Hay una gran diferencia entre sus velocidades máxima y mínima, su

techo de vuelo es muy alto, tiene un gran radio de acción, la posibilidad de llevar bastante peso útil, un reducido consumo de motor v. además, es un aparato dócil a la voluntad de su piloto. Con la originalidad de su nombre v...—los ojos de Pedro se oscurecen—envuelta en el mismo enigma que su dueño —hace una pausa, después sigue, como si meditara—: No se la deja nunca a nadie, únicamente yo, por puro milagro, conseguí de él permiso para encerrarla en su hangar; observando, al ocupar la carlinga, algo que todavía me tiene perplejo, y que no logro comprender. Esto no lo he comentado con nadie, ni pienso hacerlo, pero usted es distinta, le tengo ciega confianza y le hablo como si lo hiciera conmigo mismo.

Ella sonríe, y Pedro sigue:

—Cruzando la parte de atrás de ésta, aparecen incrustados los impactos de varias balas, procedentes, sin duda, de una ametralladora de grueso calibre, y a una altura que hace preciso pensar que el avión se encontraba solo en aquel instante; en caso contrario, Laurez no debía ser su ocupante, ya que éste, si no era un piloto de novísima talla, que pudiera escamotear fácilmente el barrido de la ametralladora, debió de morir abrasado allí dentro.

Un grave silencio pesa sobre ellos.

—¿Dónde la tiene?—pregunta de pronto.

—Observe un momento allá, al frente, aquel pequeño hangar que ilumina ahora el reflector.

—Sí, ya me fijé en él durante el día. Pero no sabía...

—Pues sí, aunque usted no se haya percatado de ello, ese pequeño hangar guarda la *Luciérnaga* desde que Laurez se incorporó a la base, y yo creo que si se marchara tan sólo un día de permiso, se la llevaría detrás. No la abandona nunca, montando sobre ella una vigilancia constante.

—Debe de tener mucho interés por ella. Me gustaría verla—dice con repentino entusiasmo.

—Eso es cosa del Teniente. Como allí no se encierra más que su pájaro, guarda él las llaves del hangar; y únicamente las confía a su mecánico cuando la ha de engrasar y limpiar. Ya le he dicho que no la deja a nadie.

—No obstante, yo he de conseguir volar en ella.

Pedro sonríe con incredulidad, pero no dice nada.

—¿Por qué no la saca?

—Eso es parte de su misterio. La usa contadas veces, y siempre de día. Y cuando alguien ha intentado preguntarle el porqué de este motivo, o ha querido indagar sobre su procedencia, no ha habido respuesta a estas preguntas—hace una mueca extraña para terminar sonriendo—: Es la envidia de todos cuantos nos hallamos en la base, y aunque aseguran que no, yo sé cierto que todos ellos desean... ya no digo volar, encerrarla en el hangar, como yo; sobre todo, Carlos.

—Pero ¿Carlos vuela?

—Ahora, no; en otro tiempo disfrutó de hacer fechorías en el aire. Yo le compadezco con toda mi alma, se le van los ojos detrás cuando alguno de nosotros se eleva.

—¡Cómo! ¿Carlos...?—articula, asombrada.

—Sí; ha sido uno de los mejores pilotos, pero un día sufrió un grave accidente, que le inutilizó para toda su vida, dejándole como recuerdo ese defecto nervioso que padece. Sus desesperación fué enorme al verse en tal estado. No podría volar más, y aquello, para él, era como una sentencia de muerte. Sus jefes, teniendo en cuenta sus muchos méritos contraídos y sus innumerables servicios voluntarios prestados, para levantar el ánimo de aquel valiente, que se hallaba moralmente deshecho, le nombraron jefe de mecánicos de esta base, así podría seguir, aunque

sin volar, en continuo contacto con los aviones. Dice que esta noticia le llenó de loco contento, porque para él esto era la vida, que volvía otra vez a sus manos. No obstante..., yo sé que sufre.

—¿Y cómo ocurrió ese accidente?

—No lo sé. Esto fué lo único que se nos dijo cuando Carlos vino a la base. Hubiera podido ampliar mis conocimientos, preguntádoselo al propio interesado, pero temí herirle. Lo mismo debieron de pensar mis compañeros, quienes, a pesar de poseer un carácter dado a la broma, capaces de burlarse de su propia sombra, saben respetar en él al hombre audaz, al héroe de otros tiempos.

—Debe de ser triste para él—y dando vida a un pensamiento que había asaltado en aquel momento su mente, pregunta—: ¿También odia él al teniente Laurez?

En la frente de Pedro se ha formado un pliegue.

—No, no creo que le odie, pero siente celos de su intrepidez—y como si respondiera también a otro pensamiento, añade—: Si él estuviera bueno, estoy seguro que se habría agenciado ya la autorización, por nadie conseguida, para pilotar la *Luciérnaga*. Eso es lo que le consume cada vez que la ve sacar, el hecho de que este deseo no ha de llegar nunca a la realidad. Deseo que yo comparto ampliamente, y que no me despido de verlo satisfecho; pienso volver a pisar su carlinga, con la pretensión de que entonces será para despegar de tierra—termina con tono triunfante, para despedirse luego de la señorita Oliverio.

Se aleja sonriente. En su imaginación baila con entusiasmo febril una idea. Sus últimas palabras pronunciadas por él a María Teresa en tono confidencial.

No sabía él en qué trágicas condiciones había de ocupar por segunda vez la misteriosa *Luciérnaga*.

## VI

La mañana promete ser calurosa. El azul cobalto recibe ya la caricia dorada de un ardiente sol que, poco a poco, va remontándose. Allá lejos, las elevadas cumbres desgarran la tenue gasa de la neblina; por su falda se precipita un torrente de luz, y al influjo de su cálido beso despierta, lozano, el verde follaje de este hermoso valle, coronado por abruptas montañas, sorprendida por doquier la uniformidad de su esmeralda por la impoluta blancura de alguna que otra casita.

María Teresa, desde la terraza de su hotel, desliza ávida su mirada sobre la grandiosa extensión, dejando que la luz y el vivo colorido de la naturaleza se introduzcan en sus admiradas pupilas, para reflejar después en ellas la maravilla de este cuadro. Hasta sus oídos llega el murmullo cantarín de un arroyo. «¡Quizá su complicado lenguaje desgrane la poesía de alguna fantástica leyenda, como la del magnolio!», piensa. Un poco más allá, una mancha oscura; debe de ser el bosque que visitó ayer. Queda contemplándolo un rato, pensativa, y después desvía su vista para fijarla en la enorme masa que forma el aerodromo; con sus grandes fábricas y edificios, destaca como nota discordante en este conjunto de armonía, que parece haber sido creado tan sólo para recreo y ensueño del espíritu.

En la pista de aterrizaje se dibuja un bimotor gris, majestuoso en su figura, desplegando al viento la longitud de sus estilizadas alas. María Teresa le examina desde la balaustrada de la terraza.

¿No es también de ensueño? Parece un gran pájaro que se ha posado anhelante en tierra, alerta en

su breve descanso, presto a remontarse de nuevo por los aires, cortando como una flecha el azul.

Debe de ser hermoso el volar. Debe uno de sentirse más cerca de Dios a esa gran altura, rasgando y desentrañando los misterios que circundan el firmamento.

Es bella la vida, sobre todo, aquí, lejos por completo del ficticio vivir de ese mundo cuyo bullicio comenzaba ya a ensordecera. En este ambiente no hubiera llegado a reñir con Federico; ¡qué distinta resulta la vida!, se es más bueno, aun sin pensarlo.

Ahora comprende que a Fernando le basta, para distraer su tiempo, el contemplar el paisaje, bien desde la ventana de su alojamiento o bien desde la carlinga de su avión.

Se sorprende uniendo de nuevo estos dos nombres. ¿Por qué cuando evoca a uno le viene a la mente el otro? ¿Qué representan estos hombres en su existencia? Federico, está claro, su ilusión, el primer amor de su vida, su primera pasión de mujer, intensa. Rebusca en los sentimientos de su corazón; sí, le quiere con toda su alma y desea su vuelta, de eso está segura. ¿Fernando? Es otro sentimiento distinto el que le une a él, mezcla de compasión y de unos deseos locos de rendir ese altanero despego que en él se advierte. ¿Por coquetería? Trata de analizarse a sí misma. No es coquetería. Ella no desea conquistar ni agradar a Fernando; desea saber, saber todo lo que se oculta tras aquella frente pensadora.

Mientras así medita, ha ido recorriendo con la mirada cuanto a sus plantas se extiende, yendo a posarla al fin en la plateada cinta de la carretera. Un pequeño coche se desliza con rapidez por ella, y este hecho trivial tiene el poder de distraer sus pensamientos. Le sigue atenta. Ya ha llegado al aerodromo. se para y con asombro ve descender a Laurez. «¡Sí que ha madrugado!», se dice dispuesta a no perder de vista sus movimientos. Fernando saca algunos pa-

quetos, y se dirige hacia el pequeño hangar. María Teresa contempla ahora el edificio, y a sus labios acude de pronto el nombre de la *Luciérnaga*. «¿Irás a sacarla?», se pregunta. Un mecánico ha abierto una hoja de la gran puerta, tras de la que desaparecen los dos hombres. Espera impaciente. No se oye ningún ruido, y al poco rato ve salir al mecánico. María Teresa espera un poco más, está nerviosa. Se le ha ocurrido una idea, y duda de ponerla en práctica. Al fin, se decide. Se introduce en la casa, y, al cabo de unos minutos, se la ve salir en dirección al hangar; éste permanece todavía abierto. Con sigilo traspone la puerta. Penetra casi agachadita. No ve a nadie; esto la reanima y la hace enderezarse, dándose en aquel momento un golpe en la cabeza; se lleva la mano al lugar dañado y eleva la vista hacia el objeto con el cual se golpeó. Es la hélice de la *Luciérnaga*. La mira con curiosidad un tanto temerosa. A ella no le parece tan chica como le aseguró Pedro; por lo menos, así, de pronto, y después de haberse dado con ella, se le antoja un monstruo, pero, bien mirada, acaba por darse cuenta de que es algo más pequeña que el resto de los aviones que ella había visto en el aerodromo. Es un monoplaneo de dos plazas, color plata, intensamente brillante; sus alas son finas y un poco curvadas hacia arriba, en cuyos extremos aparecen dos pequeños focos, uno de luz roja y el otro de luz verde.

Da la vuelta por el lado derecho, y como no ve a nadie, se acerca un poquito más a la avioneta. La carlinga, completamente encristalada, se halla cerrada. Se empina sobre la punta de sus pies. Le ha venido a la memoria el detalle de los impactos que le ha contado Pedro, y el deseo de verlos la mueve, pero no alcanza. Podría abrirla, mas teme que la pillen *in fraganti*, y desiste de su empeño. Agachándose un poco, pasa por debajo del ala, para exami-



narla por el otro extremo. En el fuselaje aparece grabado con caracteres color fuego el pintoresco nombre, *Luciérnaga*. Tiene que cerrar los ojos, aquel color vivo sobre el fondo plateado la hiere. «¡Qué ocurrencia!», se dice. Después los abre, fijándolos de nuevo en el nombre. ¿Qué misterio puede encerrar? Desliza su vista desde la proa a la popa. ¡Si pudiera hablar, qué de cosas contaría este singular pajarraco! Siente ganas de tocarle, extiende su mano, pasándola con suavidad sobre su brillante superficie. Una sensación de frío se produce en ella.

—¿Qué hace usted aquí?—suenan una voz a su espalda.

María Teresa retira la mano instintivamente; da media vuelta y se encuentra con la cortante mirada de Laurez. Intenta sonreír.

—¿Por dónde ha entrado usted?—sigue preguntando el mozo.

—Por la puerta—responde ella con ingenua seguridad.

Fernando arquea un poco las cejas, y María Teresa suelta la risa.

—Mi contestación es idiota—dice—; pero reconozca que su pregunta también lo fué.

El teniente frunce el entrecejo.

—¿Qué intentaba hacer?—sigue preguntando.

¡Con cuánta razón afirmaba el rubio gigante que se encontraba celoso incluso de que se la contemplase!, medita ella. «¿Qué se ha imaginado?», se indigna; pero piensa que es mejor, para rendirle, como se ha propuesto, irle ganando el terreno sabiamente, sin atacarle de frente, por lo que responde en tono zumbón, tratando de echarlo a broma:

—Vine a robársela; pero cuando me disponía a ello apareció usted, echándome a rodar mi estupendo plan—se le queda mirando esperando su respuesta.

Fernando desvía su mirada para fijarla en la avio-

neta; por su semblante cruzan diversas emociones. Al fin dice, sin apear del todo el tono brusco de su voz:

—¿Le gusta?

María Teresa la contempla; en su boca acaba de asomar una sonrisa de triunfo, y lentamente responde:

—¡Es maravillosa! — calla un momento —. ¿Por qué no la saca?

Laurez titubea un instante; luego dice, rápido, como si quisiera reparar la vacilación de antes:

—Se ha de reparar uno de los émbolos del cigüeñal, y como por ahora no la necesito sacar, voy retrasando este arreglo, que me costaría un puñado de pesetas.

—¡Es una lástima!—comenta, viendo con disgusto desvanecerse su propósito de volar en la *Luciérnaga*. Vuelve a acariciar el fuselaje, y su mano se detiene sobre las letras rojas; entonces levanta sus ojos hasta él.

—¿Se lo inventó usted?

—Sí—la respuesta es cortante.

—¿Cómo se le ocurrió bautizarla así?

Se encoge de hombros.

—De alguna manera había de hacerlo—y acto seguido ensaya una sonrisa, para preguntarle—: ¡Qué! ¿La han visitado esta noche los fantasmas del Mag-nolio?

María Teresa le mira de soslayo. Se ha dado cuenta de lo aprisa que ha cambiado de conversación; a la legua se nota cuánto le disgusta el rozar este tema.

—No soy miedosa—le dice—; me impresioné en aquel momento, pero después llegué a olvidarlo pronto. No obstante, esta mañana, desde mi terraza, los estuve observando, y a la luz matinal, lo que ayer me produjo náutico, hoy me pareció fascinador. Se me antoja este ambiente propicio para ellos. Hasta

yo me encuentro distinta aquí, ya que soy una amante empedernida de la ciudad, del bullicio alegre de la sociedad; esto me cautiva.

Fernando recoge esta sincera confesión con una imperceptible sonrisa, que muere casi en seguida para dejar paso a una profunda seriedad con algún rasgo de nostalgia. Está evocando otra escena ya lejana, muy parecido a ésta; sin embargo...

Da media vuelta en silencio, y reanuda sus quehaceres.

María Teresa le mira sin moverse del sitio. Le da la sensación de que se ha olvidado de ella, abstraído por completo en el meticuloso acoplo de unos diminutos cilindros en un pequeño aparato. No era este trabajo, carente de interés para ella, lo que atrae la atención de la señorita Oliverio; es la figura masculina inclinada sobre el aparatito, ajena a todo lo que no concierna esta operación. No sabe el tiempo que lleva así contemplándole, quizá siglos; pero la misma atención del muchacho sobre lo que está haciendo la tiene inmóvil. Le encuentra valiente, el héroe de la naturaleza. Se le imagina sentado en su carlinga encristalada, desafiando audaz los elementos, enardecido en su empeño, el terrible dominador del aire, el águila, como le denominara Pedro, y María Teresa se dice con desaliento que le va a ser difícil lograr su propósito, porque Fernando no es de los hombres que se dejan dominar ni seducir, precisamente porque posee la entereza de un carácter completamente independiente, rebelde a cuanto signifique intromisión, firme como la diadema de montañas que corona el valle, parece encerrar en su fornido cuerpo el empuje bravío de las olas encrespadas en días de galerna.

Silenciosa, se acerca a él, se detiene a pocos pasos. Laurez la siente llegar, pero no se mueve; sigue trabajando, un poco febril. Su imaginación se ha

trasladado a otras regiones, se halla lejos de la realidad, sueña ahora con algo que fué, y de pronto con vehemencia.

—¡Al fin llegaste, Tonín!...—la frase ha quedado cortada.

Se ha vuelto bruscamente. Se miran. En los ojos de ella brilla el asombro, en los de él hay estupor y un desaliento; reina un momento de confusión, después imploran perdón. Pero, poco a poco, va recobrando su sangre fría; no ha sido más que un momento de alucinación.

—Perdone—repiten ahora sus labios.

—Perdona — corrige María Teresa, sin saber por qué.

—Como quieras—se encoge de hombros y vuelve a su trabajo sin dar ninguna explicación a su extraño proceder.

La señorita Oliverio está todavía bajo el influjo de lo ocurrido. «¿Qué le ha pasado?», se pregunta. ¿Qué extraña luz ha visto brillar en sus ojos? ¿Quién sería Tonín?

Un poco insegura, e incapaz de darse una solución, se aleja de allí, apoyándose en la puerta.

Por el otro extremo del campo ve cruzar a Pedro; la acometen deseos locos a María Teresa de que el piloto repare en ella, para que vea cómo ha cumplido su capricho de trasponer los umbrales del recinto sagrado de Laurez; pero pasa distraído, sin ocurrírsele dirigir la vista hacia aquel lugar. No se apura, se lo dirá en cuanto le vea. Siente pasos a su espalda, se vuelve. Fernando, con una sonrisa un poco enigmática, se le acerca.

—¿Acabaste?—le pregunta ella.

—Sí; vamos cuando quieras.

Pero antes de salir, María Teresa vuelve a contemplar largamente la avioneta. Allí queda, muda en su secreto, impenetrable en su misterio. Quiere grabar-

la en su retina, ha de hablar de todo esto a su padre; después, duda. ¿Perjudicará a su amigo? Este cierra con rapidez la doble puerta. Se ha extinguido la visión plateada, y entonces María Teresa vuelve a pensar en Tonín. ¿Tendrá alguna relación este nombre con la avioneta? ¿Por qué no aprovechó aquel momento propicio para preguntarle quién era? Hubiera sido inútil; comprende que Laurez no tiene el menor interés en aclararle este punto.

## VII

—¿Qué le ha ocurrido a tu lechuza, Jaime?—inquire Juan, sonriendo, al acercarse a la puerta de los alojamientos, donde se apoya el interpelado.

—Nada para lo que hubiera podido resultar.

—¿Cómo así? Yo me había enterado de que se te caló el motor poco antes de tomar tierra y que tuviste que aterrizar planeando.

—Efectivamente, y la cosa no hubiera pasado de ahí, si José no me hubiera robado terreno. Por huir de él, descendí en uno de los extremos del campo, llevándome con un ala un arbusto. Yo estaba viendo que capotaba sin remedio, pero gracias a la poca velocidad no ocurrió nada, sólo el desperfecto consiguiente del ala.

—¿Mucho?

—No creo. Carlos está ahora intentando repararlo con su escuadrón de mecánicos.

—Vamos a verlo, ¿quieres?

—Vamos.

Antes que puedan moverse, asómase Luis a una de las ventanas, para preguntarles:

—¿Qué ocurre?, ¿adónde vais?

—Al hangar, a ver si Carlos ha conseguido repararme el avión.

—Esperadme; voy con vosotros.

Dicho esto, desaparece para volver a aparecer por la puerta.

—¿Qué le pasó a José?

—No sé, Luis; él dice que no me vió. De todas maneras, la culpa es mía. Debí inspeccionar mi aparato minuciosamente al salir; pero, fiándome de que por la mañana funcionaba como una seda, no lo hice.

—No tengas cuidado, que al teniente no le ocurrirá nunca nada por descuido. No se le olvida revisarlo cada vez que ha de salir, y no digamos la *Luciérnaga*.

—Y hace bien—dice Jaime, cortando la hilaridad de Juan con un codazo.

Juan mira de reojo a Luis; después, silbando, se adelanta unos pasos.

—Oye, Carlos—dice al entrar—, venimos en comisión a ver qué tal anda tu trabajo.

—Ya casi está terminado. Pasad y lo veréis.

—Eres un as reparando. ¡Hay que ver, lo has dejado más nuevo que antes! Podrías ocuparte ahora de Jaime, a ver si le dejas tan bien parado como su aparato, que buena falta le hace—bromea Juan, dando un cariñoso empujón al aludido.

Todos ríen, atrayendo la curiosidad de Pedro, que, desocupado, anda rondando los hangares. Está de buen humor, y quiere compartir el no menos magnífico de sus compañeros, por lo que, con la sonrisa en los labios, se acerca a ellos.

—¿De qué se trata?

—¡Gansadas de Juan!—contesta Carlos, contento de que se alabe su trabajo.

—¡Anda, pues si éste es el que más reparaciones necesita!—vuelve a soltar Juan, dirigiéndose al experto mecánico—. En primer lugar, Carlos, has de corregirle esa manía persecutoria que le ha entrado por el tenientillo.

—Calla, Juan—recomienda por segunda vez Jaime, señalando a Luis.

—No quiero callar. No me importa que se entere ni que se lo cuente, porque, además de que se lo sabe de memoria, no me gusta ser un hipócrita. Yo prefiero decir las cosas tal y como las siento.

—Pues te advierto que esto te acarreará algún día un serio disgusto, porque, como comprenderás, a nadie le gusta que se le eche en cara las cosas desagradables—sigue Juan, sin intentar darse por vencido.

—Le diré que me gusta su tipo, cuando le vea—se burla, y sin querer escucharle, vuelve a meterse con Pedro, que está haciendo esfuerzos para no enfadarse, y que no sabe en qué parará la bromita de Juan.

Luis, por su parte, ha saltado a la cabina del avión reparado y finge distraerse, mirando los mandos.

—Como te iba diciendo, Carlos, hay que corregirle esa manía a este joven, a no ser...—dirigiéndose ahora al rubio piloto, que le mira silencioso, sin dejar traslucir en sus facciones lo que está pensando—que el fin perseguido por ti sea la señorita, y estés adorando el santo por la peana.

—¡Bah! Estás equivocado. No me interesa en absoluto la señorita Oliverio—en su acento hay frialdad.

—Supongamos que sea cierto—es Carlos el que mete baza—. Si lo haces por Laurez, y admites de mí, como amigo, un consejo de experiencia, te diré que cambies de rumbo. Al teniente no le gustan las pasiones, y tú te estás metiendo demasiado—el nervioso mecánico se acentúa en un violento tic.

Pedro se encoge de hombros, y Jaime, mirando pensativo al héroe de otros tiempos, corrobora:

—Tienes razón, Carlos.

Juan silba distraído, como hace siempre que no encuentra víctima a quien poder atacar. Además, en la puerta del hangar se recorta una elevada silueta, muy conocida de todos ellos. Viste un traje de vuelo

completamente blanco, y sobre su morena frente descansan los anteojos. Se ha detenido, inmóvil, a la entrada. El sol, que le da de lleno en la espalda, parece que presta brillo a su indumentaria, envolviéndole en un halo luminoso, que le da la apariencia de una visión fantástica.

Al fin se decide a entrar y se acerca a ellos.

—Necesito alguien que se preste a volar conmigo. Tendremos que ausentarnos varias horas.

Pedro da un paso hacia adelante, ofreciéndose. Fernando le mira de arriba abajo, después levanta la cabeza y dirige la vista a Luis, que de pie en la carlinga, le mira, risueño.

—Vamos, Luis—no dice más, y sale.

El muchacho salta a tierra y le alcanza, ya fuera del hangar.

Callan, sin intentar mirar a Pedro. Sienten por él el desaire que ha sufrido, pero una carcajada burlona corta el compasivo silencio.

Carlos y Jaime miran extrañados a Juan, dispuestos a increparle por su salida de tono, mas no les da tiempo. Un fuerte puñetazo procedente de Pedro viene a ahogar la risa.

A la violencia del golpe, Juan va a dar con su espalda contra el avión, llevándose el dorso de la mano derecha a la boca, por la que aparece un hilillo de sangre. Se endereza, dispuesto a agredir al atacante, pero ya Carlos y Jaime le sujetan, mientras Pedro abandona, con semblante hosco, el hangar.

—Has hecho mal—comenta Jaime, metiéndose las manos en los bolsillos. Con aire preocupado, pasea a corta distancia de él—. Ya te advertí yo que tu carácter te acarrearía algún disgusto.

Juan le contempla con ojos relucientes. Va a responder airado, mas le detiene Carlos, que le trae una pócima de un armarito que tiene en el mismo hangar.



—Toma, enjuágate con esto.

—¿Qué es?—quiere saber antes de beber.

—No preguntes, y bebe—contesta en un tic Carlos.

Juan obedece, y el jefe de mecánicos se alegra, porque con esta breve pausa ha conseguido distraer un poco la excitación del piloto.

Jaime sigue paseando, con la frente fruncida. Le disgusta enormemente lo ocurrido. El no es amigo de estas rencillas.

Fuera, se oye el zumbido de un motor, mientras se calienta; luego se extingue el ruido poco a poco.

—Pedro ha echado su suerte—comenta amenazador Juan.

Jaime se sobresalta, parándose ante él.

—No querrá ser esto tuyo una amenaza.

El piloto herido se limita a mover afirmativamente la cabeza.

—¡Estás loco!—dice nervioso Carlos—. Esto te podría costar el destino.

—¡Qué me importa!

—Aborrezco a los que se vengan—expone quedo Jaime—. Y estoy convencido de que no llegaré a aborrecerte por esta causa, porque tú no lo harás. Eres demasiado noble.

Juan baja la cabeza.

—Estoy en mi derecho—se defiende.

—El lo hizo sin pensar. Pedro es bueno, y tengo la completa seguridad de que a estas horas está ya arrepentido.

—Yo también creo lo mismo—comenta Carlos, haciendo un guiño—. Más vale que le tengas lástima. Ya se irá convenciendo de que el teniente le odia.

Ha pronunciado estas últimas palabras con una expresión tan extraña, que hace levantar las cabezas a los dos pilotos y mirarle sorprendido.

Guardan silencio, encerrado cada uno en sus pensamientos.

En el ambiente se advierte algo raro, y Jaime, como si se ahogara en aquella atmósfera enrarecida, abandona silencioso el hangar.

Mira el reloj. Es pronto, y no tiene nada que hacer. Cambiando de rumbo, se aleja del campo.

El galgo del comandante se le acerca dando saltos. Jaime se detiene, acariciándole:

—¿Qué haces por aquí, *Git*?—pregunta, y al levantar la cabeza ve a corta distancia a María Teresa, maniobrando en su bicicleta, un poco sofocada.

—¿Qué le pasa a tu amita? Vamos, *Git*, a ayudarla.

El perro menea alegremente la cola, y sale corriendo delante de él.

—¿Qué le ocurre, señorita?—dice cuando se encuentra junto a ella.

—Es cuestión de este freno, que roza, y no puedo separarlo.

—¿Me deja que yo pruebe?

—Vea a ver.

María Teresa acaricia a *Git*, mientras contempla a Jaime.

—Yo le hacía a usted de vuelo. Como he oído un avión...

—No. Eran el teniente y Luis, que han salido hace un momento. Ya lo tiene usted—dice, sacando su pañuelo y limpiándose las manos.

—Muchísimas gracias.

Sube en ella, pero antes de salir, con un pie en el pedal y otro en tierra, se vuelve para decirle:

—Tengo un proyecto, del cual hablé a mi padre, y, por cierto, le pareció magnífico.

Jaime sonrío.

—Viniendo de usted, no tiene más remedio que ser magnífico.

Ella agradece el cumplido, y pasa a exponerle su plan:

—El domingo, con motivo de mi cumpleaños, les

reuniré en casa. Mandé llamar a una prima mía, que llegará el sábado, para que pase conmigo una temporada, y así me ayudará a hacerles los honores. ¿Qué le parece?

—¡Estupendo!

—Merendaremos, tratando de dar a la velada un tinte hogareño, como si fuéramos una gran familia. ¡Están ustedes tan solos aquí!

—Antes, sí, hoy, no; hoy nos basta con mirar hacia el pequeño hotelito, y ver sus ventanas iluminadas, para sentirnos terriblemente acompañados. Desde que vino usted, parece como si el valle todo se hubiera iluminado de repente, haciéndonos mucho más agradable la estancia en este lugar, y si el día fué fatigoso, nos recompensa el verla aparecer con su sonrisa en los labios.

Las mejillas de María Teresa se colorean ante las sencillas pero sinceras palabras del piloto, y le paga con una graciosa sonrisa. Ella también les tomó afecto.

Cuando, al fin, se aleja, Jaime se queda mirándola. La graciosa figura, segura en la bicicleta, se va haciendo cada vez más chica, hasta que se pierde en un recodo; detrás de ella, dando saltos, va *Git*.

«Es bonita—se dice Jaime—, y, sobre todo, buena. Un verdadero ángel del cielo, y, sin embargo... ¿A quién le oí decir el otro día que era una coqueta? —piensa—. ¡Ah! Laurez—se contesta casi en seguida—. ¡El tenía que ser!», gruñe, y, dando media vuelta, se interna de nuevo en el campo.

## VIII

Fernando está de mal humor. Tiene varios motivos. Uno de ellos es la riña de Pedro y Juar. Se ha enterado de ello, produciéndole un malestar grande. El confiaba en la sensatez de sus hombres, y este conato

de desavenencia le preocupa bastante. No quiere que llegue a oídos del comandante ni del capitán. El hará lo posible para que esto no vuelva a suceder.

Otro de los motivos es la noticia de la llegada de Rosa, prima de María Teresa. Por si fuera poco una, ahora le traen otra al campo. ¡Vaya gusto! Sólo falta que sea una revoltosa, como su prima.

—Fernando...—llama en aquel momento una voz femenina, desde lejos.

Laurez, que está fumando apoyado en la valla del jardín de las oficinas, frunce el entrecejo y reniega de su suerte. Finge no haberla oído, pensando así pasar inadvertido.

Si al menos fuera su conversación agradable, pero se empeña siempre en «flirtear». «Es una coqueta», piensa.

Fernando, indudablemente, es cruel juzgando de esta suerte a la señorita Oliverio. En su obcecación, confunde su simpatía con la coquetería.

Verdaderamente, María Teresa no da la impresión de lo que en realidad es. Su aspecto, sin tratarla, es el de una muchacha de pocas palabras, si bien unas veces da la sensación de tímida, otras parece altiva, y, en cambio, al intimar con ella se convence uno de lo distinto de su carácter. Habladora, quizá más con los chicos que con las muchachas; pero esto no es motivo suficiente para tacharla de frívola. Había entablado amistad con todos los pilotos. ¿Por coquetería, como asegura Fernando? No. Más bien llevada de su carácter, simpático y sencillo, y de su mucho palique. Quizá había puesto más interés del debido en lograr la amistad del teniente. ¿Qué mujer no hubiera sentido curiosidad por saber lo que encerraba aquel ser extraño? Por eso procuraba su amistad, pero no con el fin que Laurez ha imaginado. María Teresa podría haber coqueteado con otros, pero con él no, no lo había pensado jamás; había un motivo

que la privaba de ello: seguía enamorada de Federico. Era otro fin el que la movía a querer conseguir su simpatía.

—Fernando...—vuelve a repetir, ya más cerca.

Suelta una bocanada de humo; después tira el cigarrillo y se vuelve lentamente hacia ella:

—Buenos días, ¿me habías llamado?—pregunta fingiendo indiferencia.

—Sí, ¿sabes si salió ya papá de las oficinas? Me dijo que se iba a pasar gran parte de la mañana aquí porque tenía trabajo, y vengo a buscarle.

—Pues has llegado tarde, porque el señor comandante hace rato que salió hacia el hotelito, y *Git* también.

—¡Muy bonito! De manera que me molesto en venir a buscarlo y él se me larga tan guapamente—dice intentando sentarse en la valla. Fernando la ayuda sin desplegar el entrecejo.

—En estos momentos, pones cara de enfurecido. ¿He interrumpido alguna meditación importante?—pregunta con retintín, bailándole en la mente el recuerdo de la original escena ocurrida en el hangar días antes.

Laurez aprieta los labios contrariado y menea negativamente la cabeza.

—Entonces, ¿es que ya no somos amigos?—acompaña sus palabras de un gesto gracioso, y Fernando agacha disimuladamente la cabeza para esconder su risa, y se dice que no va a tener más remedio que comportarse un poco más amable con aquella muñeca coqueta, aunque reconoce que es guapa, y... también hija del comandante: esta es una de las cosas por la cual no podía ni debía desairarla, así es que se apresura a decir, ensayando una sonrisa:

—Nada de eso, María Teresa, estoy pronto a obedecer tus órdenes.

Ella nota la sorna de sus palabras, aunque tam-

bién cree ver algo de sinceridad, y decide aprovechar la ocasión para lograr de él lo que se ha propuesto.

—Me parece muy bien, y para empezar, me atrevo a prohibirte que faltes mañana a la reunión de casa. Ya sabes que llega esta noche mi prima, y quiero presentártela, es una muchacha muy simpática, muy habladora.

Fernando piensa con horror que quizá tendrá que habérselas con una coqueta todavía mayor que ella, y sin darse cuenta hace un gesto de desagrado. María Teresa, que le contempla atenta, se ha percatado de ello y dice quedo:

—¡Es una lástima!

—¿El qué?—pregunta Laurez con extrañeza.

—No, nada..., me hice la ilusión de que llegarías a congeniar con mi prima antes que conmigo, y me temo que me vaya a equivocar.

—¿Por qué?—vuelve a preguntar él sin entenderla.

—Porque ella se lo merece más que yo.

Arquea las cejas al responderle:

—No lo creas. Yo... soy ya un buen amigo tuyo —«¿Se habrá ofendido?», se pregunta.

—¿Sí?...

—¿Lo dudas?

María Teresa le escudriña por un momento.

—No estoy muy convencida de ello.

—¿Qué quieres que haga para convencerte?

—Que no faltes mañana.

—¡Hecho!

Saltando a tierra le da la mano.

—¿Amigos, pues?

—¡Amigos!—responde estrechándosela.

Ella da media vuelta y se aleja hacia su casa entonando una cancioncilla moderna.

Fernando queda mirándola. Es inútil huir de ella. ¿Por qué ese interés en que conociera a su prima? No acierta a descifrar este enigma. Se encoge de hom-

bros diciéndose que las mujeres son incomprensibles, pero... a veces maravillosas.

¿Pensaba en el pasado? Indudablemente, pues en sus ojos ha brillado una chispa.

.....

—¿Estás segura de que vendrá, María Teresa?

—Sí, me lo ha prometido y es todo un caballero.

—¿Qué carácter tiene?

—¿Carácter?—María Teresa ha suspendido su delicado trabajo de adornar la mesa, en la que se había de servir la merienda, para mirar a su prima, que va esparciendo con sumo cuidado unas rosas por toda la habitación; es su distracción favorita, colocar flores en artísticos ramos. Es muy femenina; su aspecto no lo da a entender así, pero lo es, al menos sus pensamientos lo reflejan.

Es una de esas muchachas que ponen la misma soltura al manejar un stick de hockey, como feminidad en todos los quehaceres de una buena ama de casa.

Al ver la expresión pensativa de María Teresa, dice marcando sus palabras:

—Sí. Su carácter, pregunto.

La señorita Oliverio deja caer una servilleta sobre la mesa y se vuelve al aparador para tomar una bandeja. Rosa la ve hacer, perpleja.

—Verás...—dice al fin como si pensara—. Es un carácter estupendo..., si bien tiene sus altas y bajas bastante... desiguales; pero que sin duda alguna se deben a las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?—se extraña.

—No sé..., quizá las que él está atravesando—se encoge de hombros.

—¿Quieres explicarte más claro? No entiendo una palabra—comienza a impacientarse Rosa.

—No, no puedo, porque ni yo misma sé lo que lo

encuentro a este hombre; sólo sé que si te lo propones, conseguirás su amistad.

—¿Qué te hace suponerlo?

—Un presentimiento. Desde que llegué aquí, que se me ocurrió la idea.

—A propósito. El otro día encontré a Federico, y...

—Eso es, a propósito de cañonazos, tomemos un chocolate—interrumpe algo nerviosa María Teresa.

—No seas gansa y escúchame—continúa su prima acercándose a ella—. Me preguntó mucho por tí. Me dijo que estaba desesperado y que pensaba escribirte. Que no ansía más que tu vuelta, y qué sé yo cuántas cosas más. ¿Qué dices a ello?

—Que escriba, y... ya veremos—en sus ojos se ha encendido una luz de malicia.

Suena el timbre de la puerta. Las dos muchachas se apresuran a dar los últimos toques al comedor.

—Anda, Rosa, sube a avisar a papá de que ya están los chicos aquí.

Precedidos de la doncella, penetran en la estancia Jaime, Pedro, Carlos y Juan.

Ya por la escalera descenden tío y sobrina, cogidos del brazo. Todos se apresuran a saludarle, deseosos de conocer a Rosa.

El comandante satisface sus deseos presentándose al punto, y se extraña de no ver entre ellos a Luis y a Fernando, preguntando a qué se debe.

—Están con el capitán de servicio, con Rodríguez, se llegarán en cuanto terminen un correo de urgencia—responde Carlos acompañando sus palabras del peculiar tic.

—Está muy bien—dice el señor Oliverio—. Entre tanto, les esperaremos, pasemos al saloncito y charlaremos un rato.

Rosa, rezagándose, estira de la manga a su prima para decirle:



—Ya te decía yo que no estaba muy segura de que viniera.

—No seas tonta. ¡Pues no ha de venir! Dentro de un momento le tienes aquí.

Rosa hace un gesto de duda.

En efecto. No tardan en llegar.

Apenas le ve entrar, María Teresa se acerca a él, y tomándole del brazo lo aproxima a su prima.

—Permíteme que te presente a mi prima Rosa.

Fernando mira de reojo a María Teresa, después saluda a la nueva señorita, preguntándose en qué lío pretenderá introducirlo la que con los ojos brillantes le contempla un tanto burlona.

La conversación se hace general, desarrollándose en ella los temas más variados, que les encierra en una simpática animación, pasándoseles las horas sin sentir. Al fin, es María Teresa la que da la voz de mando para dirigirse al comedor, pues ya es tiempo.

A Fernando le toca al lado de Rosa. Se sienta resignado.

Los otros pilotos le miran con disimulo, y piensan que ahora intenta acaparar, a pesar del aire de displicencia que adopta, a Rosa. Pero María Teresa, dándose cuenta, les distrae, obligándoles con su graciosa conversación a estar pendientes de ella. El comandante disfruta, y se halla prendido con el mismo embeleso que el resto de los oficiales en la animada conversación de su hija.

Únicamente Rosa ha intentado formar un aparte con Fernando, y habla, habla sin parar, pero él apenas si la escucha. No hace más que mirarla con el rabillo del ojo, y luego mira a María Teresa. Son completamente distintas. Aunque rubia, Rosa no es tan guapa como su prima, si bien de mejor tipo; además su cutis es más suave. Pero ¿a qué ocuparse de esto?, piensa. ¿Acaso le interesa? Tiene un sobresalto. ¿Le habla ella de aviones o de excursiones?

Se vuelve hacia ella sin saber qué respuesta dar a la pregunta. Verdaderamente, si no sale de su abstracción, va a darse cuenta y va a quedar en ridículo. La mira atentamente. ¿Qué tiene esta mujer que tanto le recuerda a...? ¿La boca?... no; ¿los ojos?... sí, eso es, los ojos. Pero no, no son iguales, y, sin embargo... éstos recuerdan otros, rasgados, tan negros... ¡Esto es, negros! Rosa tiene los ojos intensamente negros.

—Pero... ¿es que no me escucha?—se queja ella.

—Perdón, señorita, en estos momentos la estaba encontrando un parecido asombroso.

—¿Un parecido?... ¿Se puede saber con quién?

Fernando se da cuenta de que ha hablado demasiado, e intenta arreglarlo.

—No sé..., quizá con una señorita que... conocí hace mucho tiempo.

—¿Su novia?—aventura ella.

Esta pregunta, hecha a boca jarro, casi hace atragantarse a Fernando.

—No—dice secamente y con aire decidido cambia de conversación.

—¿Me hablaba usted de algo sobre aviones?

Rosa le mira boquiabierta, y al fin responde:

—No. Le preguntaba si a usted también le gustan las carreras de caballos.

Fernando no puede disimular la risa que le produce esta confesión. Rosa también ríe, y María Teresa, desde el otro extremo de la mesa les mira complacida.

No obstante, la hilaridad del teniente dura poco rato. Se siente aburrido y, sobre todo, agobiado por la obsesión de unos ojos negros que se rasgan y se agrandan poco a poco.

Y así transcurre la tarde y llega la noche, y con ella la liberación.

Recuerda que ella le había hablado de muchas cosas, y hasta le había propuesto que se tutearan, como

hacia con su prima, cosa que aceptó porque, en verdad, casi no supo qué se le proponía. Pero ahora, ya en la cama, la frialdad de las sábanas le trae a la realidad de las cosas.

¿Qué se proponen estas dos mujeres? A su pensamiento viene María Teresa. ¿Qué se ha propuesto?, no lo puede saber; le habló siempre dulcemente, con un lenguaje suave, y, sin embargo, se ha equivocado; María Teresa no es lo que aparentaba. ¿Si no se ha propuesto enamorarle, a qué aquel asedio del principio?

Está pensativo.

¿Sería coquetería, como él siempre pensó de ella? No lo sabe. De lo que sí se había dado cuenta es de que María Teresa sería capaz de trastornar a cualquiera que no fuera él, eso desde luego. Porque su espíritu no vive en este mundo, y el recuerdo amargo que sella su corazón le obsesiona por completo, sin dejarle tiempo a pensar. Mas esta noche piensa, y piensa en unos ojos negros que, poco a poco, se van rasgando.

¿Qué ha encontrado en Rosa?, tampoco puede precisar, porque durante la merienda estuvo distraído, pero ahora, recapacitando, parece darse cuenta un poco más exacta de ello.

Sí, es muy distinta de su prima. Rosa no sabe disimular, se entrega por entero, es... demasiado franca, no, demasiado ingenua.

¿Qué está pensando? ¿Qué le importan a él las dos primitas y sus caracteres? Debía estar loco o entre la dorada espuma del champaña, que había tomado por la tarde, debía bailotear algún veneno introducido por la mano de María Teresa. Se habían propuesto volverle loco y acabarían consiguiéndolo. La culpa es suya, por prestarse a sus manejos. Y... también los ojos de Rosa. ¿Cómo se parecen...!

Mientras tanto, Rosa, desde la cama, hace lo propio. Pensar en Fernando.

¿Qué le había encontrado a este muchacho? Su fino instinto le ha confirmado lo que su prima le había indicado ya. Fernando atraviesa por unas circunstancias difíciles. ¿Cuestión de negocios?... no, desecha la idea. ¿Amor?... sí, quizá ha acertado. ¿Quién será la coqueta que le hace sufrir de esta forma?

Un hombre de aspecto tan frío, en contraposición con las miradas tan extrañas que le ha dirigido esta tarde. Se siente enrojecer. Ella juraría que en aquella mirada había fuego. ¡Qué lástima que se finja a veces un témpano de hielo!

A pesar de todo, no le encuentra ningún defecto... Precisamente su carácter serio y su expresión triste le dan una nota interesante.

Lanza un suspiro.

Le ha prometido llevarlas al día siguiente a una fuente no muy lejos de allí, que, según él, aquello es una bendición del cielo.

No le interesa a ella mucho la hermosura del lugar, pero sí la compañía.

Una misteriosa sonrisa asoma a sus labios.

## IX

Amanece con un sol espléndido. Rosa, incapaz de estar un momento más en la cama, se levanta decidida y baja al jardín. La mañana es deliciosa. Una suave brisa le azota el rostro. Con deleite aspira el perfume que exhalan multitud de rosales.

Se dirige por el andén central, con el alma abierta a la esperanza. ¿Qué le sucede? ¿Por qué siente su pecho henchido de alegría?

La bóveda celeste, todo azul y oro, presta a su es-

píritu mayor felicidad, y hasta la grava que cruje bajo sus plantas parece saludarla llena de satisfacción.

Se para ante un rosal. Corta una rosa roja y la prende en el pecho. Sigue andando hasta llegar a un banco de piedra, en donde se sienta, dejando vagar el pensamiento. No puede olvidar la sensación que le produjo Fernando la tarde anterior. Su prima le había dicho ya las pocas simpatías con que contaba entre sus compañeros, pero Rosa opina como María Teresa, debe sucederle algo, y este algo entra a formar parte del corazón.

¡Loco corazón, qué pronto te dejas aprisionar!

Se lleva las manos al pecho, como si quisiera evitar sus fuertes latidos.

«No, no dejaré que te prendas en sus redes, pero... sería tan delicioso...»

La campanilla de la verja suena con insistencia. Se levanta apresurada y se arrima a ella.

Es el cartero.

—Buenos días, señorita.

—Y tan buenos. ¿Qué nos trae?

—Una carta para la señorita María Teresa—se la da—. Adiós, que usted lo pase bien.

—Adiós—contesta, fijándose en el membrete: «Federico Castaño. Alcalá, 74. Madrid».

Rosa da un brinco de alegría y se dirige hacia la casa. Entra como un torbellino. En la escalera tropieza con su tío, que la detiene por un brazo:

—¿A qué viene esa carrera, locuela?—dice mirando sorprendido el azoramiento de su sobrina.

Rosa, con un movimiento impensado, intenta ocultar torpemente la carta que llevabá blandiendo en el aire, sin darse cuenta de que hubiera sido mejor mantenerla con naturalidad en la mano; por lo menos, hubiera infundido menos sospechas.

—Voy a ver a María Teresa—contesta al fin, reprochándose su actitud, pera ya es tarde.

—¿De quién es esa carta que tanto escondes?—pregunta, arrebatándosela. Se cala los lentes y mira la dirección, y seguidamente el membrete. Se la devuelve con lentitud. Suelta un carraspeo; después continúa bajando la escalera sin dar otra explicación.

Rosa, que le ha visto hacer sin quitarle la vista de encima, escrutando sus menores gestos, toma la carta con asombro en el rostro, quedándosele mirando hasta que lo ve desaparecer por una puerta. Pensativa, le da dos vueltas al sobre, como si quisiera descubrir allí plasmado el efecto que ha causado a su tío.

Hace una despectiva mueca, y de un salto salva los escalones que la separan del piso superior. Con la misma rapidez entra en la habitación de su prima, abre los balcones y se sienta sobre la cama. Zarrandeándola, le grita:

—Arriba, que ya es hora de que pienses en levantarte.

—¿Qué pasa?—pregunta María Teresa, restregándose con las manos los ojos, y sin darse cuenta de lo que dice.

Su prima, sin contestar, le planta delante la carta.

María Teresa levanta una ceja, frunce después el entrecejo y, arrancándosela de las manos, se sienta de un brinco, y nerviosa comienza a rasgar el sobre.

Rosa ríe de buena gana.

—Y eso que te era poco menos que indiferente el muchachito—suelta maliciosa—. ¡Ya, ya lo veo!

María Teresa frunce más el entrecejo, pero no dice nada.

Se enfrasca en la lectura. Cuando termina, quédase un momento pensativa, con la mirada perdida en el espacio.

Rosa, curiosa, quiere saber, y acercándose más a ella exclama:

—¿Qué dices a esto, señora de piedra?

—¡Que le quiero!—responde estrujando la carta, que conserva todavía en la diestra.

—¿Entonces... la contestación es afirmativa?

—Sí.

—¿Tú no sabes que tu padre me la ha pillado en la escalera?—dice ahora acordándose de este detalle.

—¿Y qué dijo?—se alarma.

—Ha mirado el sobre y me lo ha devuelto sin proferir palabra.

—No creo que se oponga a nuestra vuelta. ¡Es tan bueno y desea tanto mi felicidad!

—¡Felicidad!—repite Rosa con un dejo de nostalgia.

María Teresa vuelve a levantar una ceja y la mira extrañada. Pero ella suelta una carcajada alegre. Se pone en pie y se acerca al pequeño tocador, para arreglarse un poco su larga melena, de la cual se siente muy orgullosa. A través del espejo se encuentra con los ojos de su prima. Detiene el arreglo para decirle:

—¡Anda! No te quedes ahí mirando y vístete, que se nos va a hacer tarde. Ya sabes que al tío no le gusta retrasarse en la comida, y si hemos de ir a la ciudad...

María Teresa salta de la cama y ajusta sobre su pijama un batín azul. Los rizos, despeinados, descansan sobre la frente; echa la cabeza hacia atrás para despejarla, y aparece tersa, sobre unos ojos maravillosos; su linda boquita se contrae en un gracioso mohín para ocultar un bostezo. Y Rosa, contemplándola risueña, la abraza de pronto, y dando vueltas sin soltarla, le grita con arrebató:

—¡No me extraña que el muchacho te adore y se vuelva loco por ti, si eres tan requetebonita!

—Suelta, suelta, loca, que me vas a lastimar—intenta desasirse de ella, pero Rosa sigue apretándola y riendo. Por fin, se compadece y, estampando dos so-

noros besos en sus mejillas, abandona la habitación, pero antes de cerrar del todo la puerta, la vuelve a abrir y, asomando su hermosa cabellera, más despeinada que la tenía antes, le guiña con malicia un ojo. Después añade con gesto grave:

—Y ahora en serio. No tardes.

—Siempre serás la misma—ríe feliz María Teresa. ¡Se siente tan dichosa!...

La carta de su prometido la llena de satisfacción. ¡Y pensar que en alguna ocasión era su firme resolución rehuir de toda tentativa de vuelta! ¿Qué es lo que le ha hecho variar de opinión?

Se queda un momento seria.

¿Es posible que sea la desgracia de otro lo que le haya hecho ansiar de este modo su propia felicidad?

¡Federico!

Suena este nombre en sus oídos como una melodía celestial.

«¡Federico!—repiten sus labios—. No es malo que, queriéndote tanto, desee también su felicidad; después de todo, a él debes mi decisión de hoy. Yo trabajaré cuanto esté en mi mano para lograr ver iluminado su rostro por su blanca sonrisa; para ver brillar en esos ojos tuyos, tan penetrantes, la luz del regocijo, de la felicidad inmensa, como la tuya y la mía. ¿Verdad que tú me ayudarás, Federico? ¡Si consiguiera que se interesase por Rosa! Es ella tan simpática y tan buena, y sabría hacerle tan feliz, y...»

María Teresa sonríe misteriosamente.

... Sobre todo, se ha interesado ya tanto por él, que no duda ver realizada esa boda, que es su sueño; nada más le falta el consentimiento de él, que es el más difícil de conseguir.

Este monólogo bulle en la cabeza de María Teresa. Su dicha la embriaga de tal manera, que envolviéndola en una loca fantasía le hace imaginar posibles las mayores locuras, como si su deseo fuera suficiente



a mover los destinos de la vida; como si su voluntad bastara para que se realizaran las cosas. Pero esto no lo piensa ella, se siente optimista y ello le basta.

Termina de arreglarse con esmero y se acerca al balcón. Por el jardín atraviesa su prima, que se dirige al garaje. María Teresa vuelve a dejar caer la cortina y llama a su doncella para que le suba el desayuno, mientras tanto, se dispone a escribir una carta que la hace sonreír.

Cuando más tarde baja, Rosa está esperando ya en el comedor, con muestras de impaciencia.

María Teresa le enseña la carta como justificante a su tardanza.

—No sé por qué, me lo había figurado que te estabas entreteniendo en escribir.

—No reniegues, mujer. Así aprovecho para echarla a correos. ¿Y papá?

—Se ha marchado a las oficinas sin esperar a que bajarás, porque tiene mucho que hacer. Ya le he prometido que volveríamos puntuales para comer, así es que no te entretengas—le dice viendo que se dirige a rebuscar en el aparador.

—Me pareció haber dejado el otro día un sello por aquí.

—No lo busques, ya lo compraremos.

—Calla, ya lo tengo. Y esto también me lo llevo.

—¿Para qué te llevas la máquina de retratar, si aun quedan dos fotografías?

—Las echaré por el camino.

—¿Piensas retratar el paisaje?—dice despectiva.

—Pienso sacarte a ti junto al primer burro que encuentre.

—¡Qué graciosa!—y cambiando de conversación—. He rehusado los servicios de Joaquín. Conduciré yo misma—dice arrastrándola hacia afuera.

—Me parece bien, pero déjame que pegue el sello con tranquilidad.

—Ya lo pegarás en el coche.

—No sé qué se te perdió en esa ciudad, que tanta prisa tienes en llegar—acomodándose junto a Rosa, que contesta más aprisa de lo que conviene.

—A mí, nada.

Arrancan con menos suavidad de la correcta, y rápidamente se introducen en la carretera. María Teresa regaña a su prima:

—¿Te has propuesto que muramos hoy?

Por toda contestación, Rosa modera la marcha.

María Teresa saca de su bolso un minúsculo espejito, en el que se contempla, arreglándose un ricitito. Después lo guarda canturreando bajito. Rosa la mira de reojo y ríe.

—No se puede negar que eres completamente feliz.

—¡Lo soy!

—Y yo te envidio.

—¿Por qué? ¿Acaso no puedes tener tú, tarde o temprano, la misma felicidad que yo?

—Sí, pero ahora no la tengo.

Va a responderle, mas la visión de Fernando, sentado en el estribo de su coche y en actitud meditativa, la distrae.

—Mira, Rosa.

—¿Qué hará ahí? Si me aseguró que tenía prisa por llegar a...

María Teresa la mira sin decir nada, y sonríe burlesca. Al advertirlo Rosa, se pone como la grana.

—No sé a qué se debe esa risita—replica molesta.

—A que ahora me acabo de explicar la prisa, no la de él, la tuya.

—Y después de todo, ¿qué?...

—Que pares.

Detiene Rosa el coche orilla mismo del de Fernando y solícita le pregunta:

—¿Qué haces ahí?

—Me estoy dando a todos los demonios.

—¿Ocurre algo?—ahora es María Teresa la que pregunta.

—Se me estropeó el coche, y no consigo ponerlo en marcha ni a la de tres.

—¿Podríamos ayudarte en algo?

—Únicamente en una cosa: remolcarme.

—¿Llevas cuerda para ello?—dice Rosa bajando. Y María Teresa no se mueve.

—Si me necesitáis, bajaré.

—No te molestes—le contesta el teniente sacando de la parte de atrás una cuerda—. Me basto solo.

—¿Quieres decir que me echas?—finge indignarse Rosa.

—Nada de eso, y para demostrártelo me vas a ayudar ahora mismo. Toma, sujeta esto—le da un extremo de la cuerda—. Cuando yo diga, estiras.

Mientras tanto, María Teresa ha sacado la máquina y se dispone a retratarlos en el momento en que ambos estiran de la cuerda. Al percatarse de ello, Rosa suelta una sonora carcajada, diciendo divertida:

—No le habrás tomado por...

—¡Calla!—le ataja su prima.

Fernando levanta la cabeza y la mira asombrado, después dirige una mirada pulverizando a María Teresa. No le ha gustado la bromita, pero ya no tiene remedio, la fotografía está hecha y la señorita Oliverio vuelve a tomar asiento en el coche con cara de no haber roto un plato en su vida.

Fernando se dice que es una lástima no sea una niña, para propinarle una buena azotaina.

Termina de hacer el nudo.

—Ahora, yo manejaré el volante de mi coche, y tú procura arrancar con suavidad.

—¿Y qué piensas hacer de él cuando lleguemos a la población?—pregunta María Teresa con su mejor sonrisa, para hacer méritos y que él le devuelva la confianza.

—Lo dejaré en cualquier garaje para que lo reparen. Caso de que el arreglo fuera largo, si sois tan amables que me concedéis un hueco, volveré con vosotras.

—Muy bien pensado—aprueba Rosa—. ¿En marcha?—pregunta luego.

Emprenden de nuevo el camino con toda lentitud.

María Teresa, dándole un pequeño codazo, le dice por lo bajo:

—Ahora no tenemos tanta prisa, ¿verdad?

Rosa prefiere no hacerle caso, y canta a grito pelado, sin parar en todo el trayecto, hasta llegar a las puertas de la ciudad. Allí, por prudencia, calla.

En el garaje le aseguran tardar en arreglarlo, porque el mecánico está ausente y, además, la avería es mayor de lo que parecía.

—Bueno, pues como yo tengo que estar con precisión antes de comer en el campo, ocuparé un asiento en vuestro coche.

—No hay inconveniente—se regocija Rosa dispuesta a cederle su asiento, prometiéndose a sí misma una mañana muy feliz, pero le fracasa el intento: Fernando las despide, diciéndoles que a la hora convenida para regresar las esperará en la plaza.

Transcurre la mañana con rapidez, de tal manera que casi no da abasto a cuantas compras se han propuesto llevar a cabo en aquella mañana. Sobre todo, Rosa, que disfruta en derrochar el dinero. Su prima tiene que reconvenirla:

—¡Por Dios, Rosa, que no nos va a caber todo en el coche!

—Es verdad. No me acordaba que debíamos reservar un sitio a Fernando—y este pensamiento la hace sonreír, y la hace dicharachera, mas la ilusión dura poco, porque al llegar a la plaza, el teniente Laurez las espera ya, pero metido en su propio auto, que al fin le han arreglado. Rosa maldice su destino, y con

él a todos los mecánicos del universo, y mohina emprende el regreso, sin despegar los labios en todo el trayecto. María Teresa sonríe por lo bajo.

## X

María Teresa cuelga el vestido, que acaba de quitarse, en el armario; lo cierra con cuidado. Se dirige al tocador, recoge las cosas y las ordena. Después se pasea con paso medurado a lo largo de la habitación; se detiene ante el espejo y se mira, la luna le devuelve un bellissimo rostro, pero algo triste. Debe de ser efecto de la melancolía, sus mejillas están más pálidas que de ordinario y sus ojos tiene hoy una expresión opaca. María Teresa baja lentamente la vista, hace ya días que espera la respuesta de Federico a aquella carta escrita con tanta ilusión y tanto amor.

¡Qué tonta ha sido! ¿Por qué se dió tanta prisa en contestar a lo que no fué más que una broma, peor aún, una burla?

Una lágrima se desprende de entre sus pestañas y resbala pausadamente por su mejilla; con el dedo índice la detiene, enjugándola.

No le quiere.

Con mano distraída, intenta poner todavía más orden en el minúsculo tocador, donde ya no queda nada por arreglar. Cambia la polvera de sitio. No le gusta; vuelve a dejarla donde estaba. Coge el cepillo y comienza a cepillarse la melena con brio.

«¿Y si estuviera enfermo?», se dice quedo.

Y sus ojos se dilatan de horror. Deja el cepillo y vuelve a pasear, esta vez más aprisa.

¡No puede ser! Y sin embargo... ¡Enfermo, Dios mío, enfermo!

Se detiene otra vez ante el tocador, e intenta coger

de nuevo el cepillo, pero la interrumpe su prima entrando en ese momento en la habitación con cara alegre...

—¡María Teresa!—se acerca a ella, la mira asombrada—. ¿Lloras? ¿Qué te pasa?—le pregunta abrazándola y conduciéndola a la butaca.

La sienta mientras ella ocupa el brazo de la misma. La deja llorar. Cuando le parece que ha transcurrido un tiempo prudencial, la intercala:

—Vamos a ver, ¿a qué se debe esta crisis?—su mano fina acaricia la rubia melena.

María Teresa enjuga sus lágrimas al tiempo que dice:

—No te preocupes más por ello. Soy una tonta.

—De ninguna manera. Te he consolado como una madrecita, y ahora necesito saber el motivo de tu llanto.

María Teresa baja la cabeza, y Rosa sonrío con un dejo de picardía.

—¿Me dejas que lo adivine?

Su prima no responde, y Rosa prosigue:

—Se trata de Federico. No ha contestado a tu carta y eso te preocupa, porque crees que has sido objeto de una broma.

La mira asombrada.

—¿Cómo adivinaste?—le pregunta.

—Me lo he supuesto. Eso es todo. Y ahora hazme el favor de borrar esas huellas de lágrimas y venir conmigo abajo, que tengo una pequeña sorpresa.

—No me fío de tus sorpresas—dice levantándose y dirigiéndose al cuarto de baño.

Rosa la sigue, y en sus negros ojos brilla una chispa de malicia.

María Teresa se lava la cara, y luego se recoge el pelo.

—Ya estoy—dice.

—No señorita, ahora te vas a pintar, como en tus mejores días.

—Qué empeño tienes en que me arregle—se queda pensativa—. Supongo que no será para ver al teniente Laurez, porque tú eres capaz...—añade.

—No es para ver al teniente Laurez—Rosa apenas puede sofocar la risa.

—¿De qué te ríes?—se enoja María Teresa.

—Ya lo sabrás. Arréglate aprisa.

Se dirige al tocador con gesto de fatiga.

—Si vieras las pocas ganas que tengo de arreglarme—comenta, dándose color a los labios.

—Y si vieras las ganas que yo tengo de verte arreglada...

María Teresa mira a su prima y ríe. Rosa la coge por los hombros y la somete a un minucioso examen.

—Ponte estos pendientes dorados, que te favorecen. A ver..., espera, así está bien.

María Teresa sigue riendo ante la seriedad de Rosa.

—¿Es alguna promesa que hiciste, y te ves obligada a cumplir?

—Calla, ya lo sabrás. Ahora vamos abajo.

La toma de la mano y se dirige a las escaleras.

—¿Qué será de Federico?—vuelve a entristecerse.

—Procura apartarlo de tu mente—finge enfadarse Rosa.

Al llegar al comedor, se detiene.

—Hazme el favor de pasar al fumador, que voy en busca de la sorpresa que te prometí, y me esperas allí, no quiero que el tío nos sorprenda—le dice en voz baja; y viendo la cara de asombro y de tristeza de su prima, le guiña un ojo y desaparece, riendo, por la puerta.

María Teresa se encoge de hombros y se encamina lentamente al fumador. Al apartar la cortina, queda clavada en el suelo, muda de sorpresa. Una figura sin-

gularmente conocida por ella se recorta en el hueco de uno de los ventanales, mirando hacia afuera.

Llevándose la mano a la boca, reprime un grito de alegría.

Federico se vuelve hacia ella.

Todo ha sido cuestión de un segundo, y se encuentran estrechamente abrazados. María Teresa esconde su cara en el pecho amado y deja correr de nuevo el llanto.

No se dicen nada. La emoción de sentirse el uno al otro, de saberse juntos, les tiene mudos. ¿Qué mejor explicación que ésta?

Federico, tomando la barbilla de María Teresa, alza su cara, y contemplándola con embeleso besa con devoción aquellas lágrimas, la mejor prueba de que todavía es correspondido.

—No sabes cuánto he deseado este momento.

—¿Mucho?—le pregunta ella en un susurro.

—Sí, temí que tu enfado fuera para siempre, y el día que te escribí tenía miedo a que tú me respondieras con una negativa.

—Y te vengaste de este temor haciéndome esperar tu contestación—finge enfadarse.

Federico sonrío.

—Bien sabes tú que no. Y si no te he escrito hasta ahora, es porque tu carta no tiene más que esta respuesta—y estrechándola de nuevo, apasionado, une sus labios a los de ella.

—¿Eres feliz, estás contenta?

—Inmensamente feliz.

—Déjame que te contemple a mi sabor—dice mientras la conduce junto al ventanal.

—Debo de estar horrible después de haber llorado.

—No lo creas, estás más hermosa que nunca. ¿Qué te parece si voy a hacerle una visita a mi abuela y le ruego que venga a cumplimentarse con tu padre?

—Maravilloso, y debes decirle también que traiga



a tu hermana, para que pase una temporada con nosotros.

—Sí, es verdad, este ambiente parece creado para Pili — comenta Federico abarcando de una ojeada cuanto se ve desde la habitación—. Oye, ¿aquella es tu prima? Parece que no lo pasa mal.

María Teresa sigue la dirección de la mirada de su prometido y, efectivamente, ve a Rosa hablando, al parecer de algo muy chistoso, con Fernando; María Teresa sonrío, es su obra.

—Ya conoces su carácter— comenta, y cambiando de conversación—. Tendremos que buscarte alojamiento, porque supongo que habrás venido para varios días. La ciudad está cerca; en el coche puedes ir y venir en cinco minutos.

—Siento desilusionarte, pequeña; pero no me quedo, me voy esta misma tarde.

A. María Teresa se le llenan los ojos de lágrimas.

Federico pasa el brazo por sus hombros:

—Vamos, querida, ¿vas a llorar? ¿Es que no tienes confianza en mí?

—No es eso. Me pareció tan hermoso verte aquí, junto a mí, que llegué a pensar que era para siempre, y que no habías de separarte ya más de mi lado.

—Todo llegará, nenita, y para ello, es preciso que yo parta ahora, para arreglar todo y avisar a abuelita. ¿No comprendes?

—Sí, si comprendo, pero me hice la ilusión de que estarías por lo menos un par de días conmigo.

—Yo también lo hubiera preferido, pero cuanto antes me vaya, antes me uniré a ti para siempre.

—Tienes razón, perdóname.

Federico la estrecha entre sus brazos.

—Y ahora, seca esos ojos. No quiero ver en ellos más lágrimas. ¿Me lo prometes?

—Prometido.

—Así me gusta.

El resto de la tarde transcurre para ellos en una apacible charla amorosa, salpicada de ardientes promesas y halagüeños proyectos para el porvenir.

Don Antonio, avisado por su sobrina, viene a saludarle, invitándole a cenar con ellos, pero Federico rehusa; quiere llegar aquella misma noche a Madrid. El comandante no insiste, sabe lo que es la vida militar y respeta los propósitos de su futuro hijo.

—Y bien, muchacho, ¿qué sabes de tu abuela y hermana?

—Están bien, don Antonio, me escriben muy a menudo, y en todas sus cartas se quejan de nuestra separación. Yo también las echo mucho de menos, por eso aprovecho todos los permisos que puedo para ir a verlas, pero están tan lejos...

—¿Por qué no se trasladan a vivir contigo en Madrid?

—Para mí sería estupendo, ahora que abuelita se moriría si tuviera que abandonar su casona; y traerme a Pili y dejarla sola no me parece bien.

—No obstante, tú me prometiste...

—Sí, y pienso cumplirlo. Vendrán abuelita y Pili, y si abuelita consiente, Pili se quedará aquí algunos días.

—¡Qué alegría me daríais si eso fuera cierto!—añade el señor Oliverio.

—Sí, papá, es cierto. La abuelita de Federico tiene que hablar contigo—mira un momento a su prometido, que le aprieta una mano, y sonriendo añade—: porque su nieto y yo nos queremos casar.

El comandante les abraza emocionado.

—Esto habrá que celebrarlo—dice sacando una botella de jerez y unas copas.

Charlan y beben animadamente, hasta que, por fin, llega la hora de la partida.

Federico se despide. María Teresa se encuentra más serena que antes, sabe que pronto volverá.

En silencio, ven alejarse el coche, cuando ya le pierden de vista, padre e hija penetran en la casa cogidos del brazo.

—¿Y tu prima?—pregunta.

—No sé, papá—contesta la interpelada, recordando que la vió antes en compañía de Fernando.

Al llegar a la puerta del despacho se detiene.

—Voy a trabajar—dice el comandante.

Y tomando entre sus manos la cara de su hija, la mira a los ojos con fijeza. Después pregunta:

—¿Eres feliz?

—¡Muchísimo, papá!

La besa en la frente y se encierra en el despacho.

María Teresa sonrío. Claro que es feliz, está en vísperas de casarse con Federico.

¿Cómo pudo pensar hace unos momentos que había sido objeto de una burla?

Pobre Federico, tanto como él la quiere. Pero viene, viene pronto, y repitiéndose esta esperanzada palabra sube hacia su cuarto.

La puerta del despacho vuelve a abrirse; el comandante asoma por ella y con paso rápido se dirige a la escalera.

—María Teresa—llama desde el primer escalón.

—¿Qué pasa?—responde ésta bajando ya por ella.

—Nada, se me olvidó decir antes que dispongas se cene temprano, porque quisiera acostarme pronto; he de salir de aquí a las cinco de la mañana.

—¿Y adónde vas a esas horas?

—A Nudinos. Es preciso que esté allí mañana por la mañana.

—¿Qué relación guarda con nosotros Nudinos?

—Pues verás, ¿recuerdas a Miguelito, el hijo menor del general Maltina?

—¿Aquel que estaba enfermito, postrado en cama?

—Sí. Es una historia sencilla, que te contaré en dos palabras. Su padre estaba ya desesperado; había

recorrido los mejores médicos y más afamados sanatorios infantiles, sin que el niño hallara mejoría.

Cansado Maltina de tanto trasiego inútil, le dijo a su mujer que el niño volvería a casa, al menos allí le tendrían siempre al lado, con el propósito de no separarse más de él. Y así lo hicieron; permaneciendo el niño siempre en el mismo estado, sin mejorar, pero sin empeorar tampoco.

Un día, hace una semana justa, dió una fiesta espléndida, con motivo de celebrarse su cumpleaños. Había invitado a lo más selecto de la aristocracia de Madrid, entre la que figuraban las primeras autoridades.

Los salones, profusamente alumbrados, lucían como un ascua, por los que desfilaba la corte femenina, vestida exquisitamente y con una fortuna en joyas, del brazo de los caballeros, enfundados en la severidad de sus uniformes o en la elegante línea de sus fraques, asomando a sus labios una dulce sonrisa de felicidad, reflejada en sus brillantes pupilas.

Desde el extremo de uno de sus salones, el general Maltina contemplaba con aire distraído el ir y venir de sus bulliciosos invitados: el cascabeleo de la risa femenina llegaba a sus oídos, como si viniera desde muy lejos; la luz le hería la vista; el barullo comenzaba a marearle un poco; sin embargo, se veía obligado a sonreír, aparentaba una felicidad que no le era completa; saludaba; cambiaba frases amables, al parecer regocijado; pero su imaginación no le acompañaba, estaba fuera de allí, en el extremo opuesto de la casa, en una habitación blanca, junto a una cunita, en cuya almohada descansaba la rubia cabecita de un niño, de respiración un poco dificultosa, y sobre su pálido rostro, la sombra de sus largas pestañas.

Maltina sintió grandes deseos de acariciar aquella triste cabeza.

Se escurrió por una puerta sin que nadie le viera,

pero en aquel momento apareció un criado con el semblante alarmado.

—Señor..., el niño...—dijo.

—¿Qué ocurre?—preguntó, pálido como un difunto, el general.

—Se pone muy malito, señor...

—Voy en seguida. Avisa a la señora.

Antes de que diera la vuelta hacia el corredor, alguien le agarró por un brazo. Se volvió lentamente, unos ojos amigos le contemplaban llenos de compasión.

—Algo puedo hacer por ti—dijo al fin—, si tú me lo permites, claro está—y sin esperar respuesta prosiguió—: conozco a un médico turco de fama mundial, y está aquí en España por una corta temporada. No se encuentra lejos de esta casa, abajo tengo mi coche, y puedo ir inmediatamente a buscarlo—y ante el gesto ambiguo de Maltina—. ¡Quién sabe si, a lo mejor, éste ve lo que nadie, hasta ahora, ha conseguido ver!

—Haz lo que quieras.

El amigo marchó, volviendo al poco rato con el doctor turco.

La alegría había desaparecido de los salones, trocándose en un murmullo compasivo. Algunos desfilaron hacia sus casas, temiendo ser inoportunos; otros aguardaron impacientes, deseosos de ayudar y alentar a la familia.

Así pasaron varias horas, al cabo de las cuales el médico abandonó la habitación de Miguelito, y encarándose con su padre, llevándosele a un aparte, le dijo:

—Le voy a hablar con toda sinceridad, mi general...

La ansiedad y el temor estaban reflejados en el rostro de éste.

—El niño no tiene salvación—la palidez de Maltina no podía ser más intensa; por sus mejillas resba-

ló algo húmedo; el médico proseguía—. El ambiente de la ciudad, de la casa cerrada, le ahoga y acelera su inevitable muerte. Yo me atrevería a rogarle que abandone con su hijo la población, mañana, al hacerse de día, y vaya a la montaña... Es posible que sea demasiado tarde, pero existe la cuarta parte de una probabilidad de curación. Créame, yo he tomado interés por su hijo de tal manera que, si a usted le parece, he decidido acompañarle, tengo quince días de tiempo, pero si necesitara más los prolongaría; es un caso poco frecuente, que deseo estudiar a fondo, y, mucho más, llegar a curar.

El general Maltina estrechó emocionado su mano.

—Doctor, tengo fe en usted. Seguiré en todo sus órdenes. Encantado de que usted acompañe a mi pequeño en su penosa enfermedad. Mañana, a las seis, podemos salir en mi coche hacia Nudinos, un pueblecito de la montaña, donde tengo una hermosa finca y, de acuerdo con lo que usted pide; lo que sí está es bastante lejos de Madrid.

—No importa, tenemos que ir, sea como fuere.

Efectivamente, al día siguiente salieron para Nudinos, en donde se encuentran ya hace siete días, sin que el niño haya iniciado la más leve mención de curación. Maltina sigue teniendo fe ciega en el doctor turco, al que no se atreve a preguntar nada, y éste, encerrado en una silenciosa meditación, estudia, sin proferir palabra, al pequeño paciente, y así estamos.

—Pobrecito—se compadece María Teresa.

—Yo pienso llegar mañana, pasar allí la noche, ofrecirme al general, por si algo necesitara de nosotros, y regresar pasado mañana, con el fin de estar pocas horas ausente de aquí. Y ahora, mi pequeña...

—¡Hola!—le interrumpe Rosa entrando.

—¿Dónde has estado? No te he visto en toda la tarde—la interpela su tío.

—Estuve paseando.

—No me gusta que vayas sola, ya lo sabes.

—No lo haré más, tío—dice besándole zalamera, al tiempo que guiña un ojo a María Teresa, que le sonrío maliciosa.

—Bueno, bueno—carraspea don Antonio alejándose—, y tú, María Teresa, no vayas a olvidar lo que te he dicho.

—Descuida, papá.

—¿Qué es ello?—pregunta Rosa apenas le ve desaparecer.

—Sube a arreglarte un poco antes de cenar, y procura no tardar, que papá tiene prisa.

—¿Adónde va?

—No seas curiosa, y ve a lo que te digo.

—Bajo ahora mismo. Quisiera hablar contigo—le dice desde lo alto ya de la escalera.

María Teresa sonrío meneando ligeramente la cabeza.

—De acuerdo—dice, y desaparece por la puerta de la cocina.

## XI

Fernando, sentado en un sillón tras de su mesa, con los codos apoyados en ésta y la cabeza entre las manos, se halla enfrascado en la lectura de un grueso libro, en cuyas páginas se lee, sobre su parte superior: «Tratado de aviación»; no obstante, ha levantado ya dos o tres veces la cabeza con sorpresa, mezcla de mal humor.

Volviendo la muñeca mira el reloj.

—Es increíble—comenta—, si no son más que las tres treinta. Me he sentado aquí a leer por no molestar, por si estaban todos descansando, y está visto que nadie descansa.

Baja de nuevo la vista al libro, pero no llega a leer ni dos letras, alguien, desde afuera, grita:

—¡Luis, baja corriendo!

—¿Qué pasa?—oye contestar al interpelado.

—Acaban de llegar los nuevos pilotos

—¡Voy en seguida! — es la respuesta del joven aviador.

Fernando se levanta de la butaca y se dirige a la ventana. Un grupo de hombres charlan casi a la altura de uno de los hangares; un muchacho de su misma corpulencia destaca del corro en dirección a las oficinas. Con los brazos cruzados se para ante éstas, midiendo de arriba abajo el edificio.

Laurez, sacando las manos de los bolsillos, se frota los ojos:

«¿Estaré soñando?», se dice, sin atreverse a dar crédito a lo que ven sus ojos.

Abre con violencia la puerta, y desde el umbral le grita, temiendo todavía ser víctima de un espejismo:

—¡Pablo!

El forastero vuelve la cabeza al oír su nombre, pronunciado por una voz que le recuerda..

—¡Fernando!

Se unen en estrecho abrazo. Sus cabezas morenas se confunden. Los ojos grises de Pablo brillan.

—Lo último que se me hubiera ocurrido pensar es encontrarte aquí.

—Nada más lejos de mí que volviéramos a unirnos, se me había antojado que cuanto perteneció a mi pasado se hallaba hace tiempo sepultado.

—Sin embargo...

Callan, contemplándose.

—¿Qué es de tu vida?—se preguntan al unísono. Acto seguido sueltan una alegre carcajada.

—¿Quién responde el primero?—inquiere Pablo.

—Tú—dice Fernando, tomándole de un brazo y conduciéndole fuera de la pista, a un banco, bajo un árbol.



—Es poco lo que tengo que contar, lo que sí te destacaré es el susto que nos diste.

—¿Cuándo?

—Cuando desapareciste sin dejar rastro.

—¡Ah!

—Sí, pues seguido de tu inesperada desaparición de la base de El Duende, donde fuimos compañeros durante toda la campaña de guerra, y tras de convenernos de lo inútil de nuestra espera, nos decidimos al fin a salir en tu busca, sin fruto alguno. El capitán hizo algunas excursiones peligrosas, que le valieron unas cuantas heridas y casi el pellejo.

Hubo quien dijo que vió caer la *Luciérnaga* en terreno peligroso. Otros afirmaron que la habían visto destrozada en un profundo valle. No pudimos sacar nada en claro, y nos dedicamos a llorar tu muerte, casi segura, pues ya ves que las noticias adquiridas sobre tu persona no eran nada alentadoras.

Entristecidos por la pérdida de nuestro mejor piloto, y con la esperanza de terminar pronto con aquel infierno, transcurrieron dos meses, al cabo de los cuales vimos coronados nuestros anhelos con el fin de la guerra.

Lo primero que hice fué largarme a mi casa, para gozar con los míos las delicias de la paz. No llevaba ocho días junto a mi familia, cuando un día, desayunándome en la terraza de casa, al leer el periódico de la mañana, como es mi costumbre, tropezaron mis ojos con un suelto que decía:

«El teniente de aviación Fernando Laurez, cuyo valor y arrojo le han hecho merecedor del sobrenombre «El piloto fantasma», sale hoy mismo, después de la dura jornada, hacia la China, donde pasará algún tiempo. Le deseamos a nuestro héroe compatriota un feliz arribo al término de su viaje.»

Calcularás cuál sería mi estado de ánimo en aquellos momentos. Yo te lloraba por muerto, y resulta que el señor aun vivía, y con arrestos suficientes para hacer un corto paseo, nada menos que ahí al lado: a la China.

Fernando no tiene otro remedio que reír ante el gesto cómicamente enfadado de su amigo.

—Como no podía seguirte en tu viaje, decidí aguardar pacientemente a que los periódicos me anunciaran tu vuelta. Suponía, por el lugar a que te dirigías, que ésta se haría esperar bastante.

Después de descansar durante algún tiempo, me reintegré a la aviación, llevándome la casualidad al aerodromo de El Duende. ¡Qué recuerdos! ¿Querrás creerlo?, me molestaba sobremanera el estar allí sin tu presencia, y decidí pedir el traslado a cualquier aerodromo. Me era igual. La providencia quiso que me lo concedieran, después de haber esperado una año, a esta base.

Hasta aquí mi historia. Ahora veamos la de tu complicada existencia, que debe de ser buena—trata de bromear Pablo.

Por el semblante de Fernando pasa una nube que trata de disimular bajando la cabeza.

Dirige la vista al suelo, y comienza con voz grave, como si meditara:

—Aquella noche, al despegar la *Luciérnaga*, sentí que algo en mi alma se desgarraba. Miré a tierra y os adiviné, ansiosos, seguirme con la mirada, y un negro presentimiento nubló mi frente, la distancia que se agrandaba por momentos la sentí clavada en mi corazón como un puñal lacerante. ¿Iba a ser el último adiós el que me dierais? La despedida que momentos antes habíamos tenido palpitaba en mí con impresionante emoción. En vuestros semblantes creí ver el temor al abrazarnos. Indudablemente iba a ser mi última salida nocturna.

Un vientecillo fresco azotó mi rostro. Mi pecho se hinchó en un suspiro de cruel satisfacción.

Aquella noche iba a ser la última de mi existencia. ¿Por qué no aprovecharla? Subir más alto que de costumbre; aproximarme más a las estrellas, casi parecía que iba a tocarlas. Allí mi alma se inundó de calma. La violenta sensación sufrida antes, había desaparecido, para dejar paso a una intensa paz. Discurriendo así, no me había dado cuenta de que el aire había aumentado, y me empujaba con violencia, cuando quise volver a la realidad, era demasiado tarde, una densa niebla me circundaba y el viento jugaba con mi aparato como si fuera de papel.

No veía nada. Volaba completamente a ciegas y sin rumbo. Quise dominar los mandos, que se me apoderaban. El poste no funcionaba, a pesar de la violencia que estaba haciendo por levantarlo, pues la *Luciérnaga* había alzado su cola y se precipitaba a tierra, en espiral, bamboleada por el viento. Todos mis esfuerzos fueron inútiles. A los pocos minutos mi pájaro y yo quedamos inutilizados en medio de un extenso campo. Perdí el conocimiento, a causa del tremendo golpe. Cuando lo recobré, estaba instalado en una habitación rústica y sobre un catre. A mi lado había una vieja, un señor y una niña de doce años. El señor resultó ser el médico, que me asistió con toda solicitud, aunque, a pesar de sus cuidados, mis heridas costaron de curar cerca de dos meses. Dos eran graves, sobre todo la de la cabeza, que me tuvo conmocionado varios días.

Lo primero que hice al abrir los ojos, y en cuanto pude articular palabra, fué preguntar por la avioneta. En el delirio de la fiebre, la debí nombrar frecuentemente, puesto que al hacer esta pregunta todos sonrieron comprensivamente, y me dijeron, para tranquilizarme, que había llegado por aquellos días con permiso un mecánico que, al enterarse de lo ocurrido,

decidió probar sobre mi *Luciérnaga* sus manos, creía que podría llegar a restaurarme los desperfectos, ya que éstos no eran de mucha importancia.

Tranquilo por esa parte, cerré los ojos. La fiebre y la gran debilidad que sufría me tenían agotadísimo. En este estado de inconsciencia permanecí una semana, sin que llegara a darme exacta cuenta de lo que a mi alrededor se hablaba y se hacía. La alegría de mis bienhechores no tuvo límites cuando empecé a coordinar ideas y a fijarme en las cosas. Se me cuidaba y mimaba más que si fuera un miembro de la familia, de tal manera que, encontrándome ya casi restablecido, y deseoso de levantarme, manifesté mi propósito, y aquella buena gente, llevándose las manos a la cabeza con grandes aspavientos, dijo:

—No lo sueñe el señorito. Nos costó grandes desvelos arrancarle de los brazos de la muerte, y no estamos dispuestos a echarlo todo a perder por un apresuramiento tonto; así es que a obedecer y estar-se quietecito en la cama, mientras no vuelvan a aparecer en su cara los colores. Está todavía demasiado pálido. Mírese.

Y acompañando la acción a la palabra, me acercó un espejo. Quedé defraudado. La imagen que me devolvió el espejo al mirarla era delgaducha y densamente pálida.

No tuve más remedio que obedecer y permanecer por más tiempo en el lecho, en el que, a decir verdad, no me encontraba mal.

Hasta que un día, al abrir los ojos y ver el sol, que entraba a raudales en mi habitación, no me pude aguantar, miré el reloj que descansaba sobre la mesilla. Eran las ocho y treinta. De un salto, abandoné la cama y me acerqué a la ventana. Toda la belleza y el colorido de aquel hermoso lugar inundaban mi alma de un apacible bienestar.

¿Era posible el que yo hubiera atravesado la oscu-

ra noche de la tragedia, a dos dedos tan sólo de la muerte?, me preguntaba con asombrosa satisfacción en aquella clara mañana. Cerré los ojos, y, ante mí, el pasado se deslizó con religiosa exactitud—calla. Una profunda arruga surca la frente de Fernando; pero, dirigiendo la mirada a Pablo, sonrío al decir—: Me vestí y salí de la habitación. Decidido, bajé a la amplia cocina, donde se encontraban desayunándose la mujer, la hija y la abuela. Cuál no sería su sorpresa al verme bajar tan temprano.

—Pero ¿adónde va, señorito, tan de mañana?—me preguntó la madre.

—Me marchó, Manuela—le dije.

—¡Está loco, señorito! Si todavía no le ha dado el alta el médico, ¿cómo va a lanzarse por los aires?

—Manuela—le dije—, el médico y ustedes se empeñan en tratarme todavía como a un enfermo, cuando en realidad me siento con las suficientes fuerzas para partir inmediatamente.

Intenté convencerla de ello, pero todos mis argumentos se vinieron abajo ante su testarudez. En vista de que no conseguía nada, decidí obedecerla, pensando que quizá, quedándome dos días más, lograría dejar a aquella solícita familia, sin enfadarla. Sus múltiples atenciones hacia mí me obligaban a obrar de este modo. En ese plan pasé dos semanas más, al cabo de las cuales conseguí del ministerio un permiso de tres meses, que aproveché para hacer mi viaje a China, del que ya te contaré en otra ocasión cuantos detalles quieras. Al poco tiempo de mi regreso, vine destinado a esta base. Y aquí me tienes.

Fernando, con la cabeza baja, parece poner toda su atención en unas rayas que con mano nerviosa traza con una varita.

Pablo le pasa el brazo por los hombros.

—Fernando—dice—, estoy satisfecho de que nuestras vidas se crucen por tercera vez.

Laurez le estrecha la mano en mudo ademán de afecto.

## XII

—¿Quiénes son aquellas muchachas?—dice Pablo, levantando la cabeza y fijando su vista en María Teresa y Rosa, que pasean no lejos de allí.

—La hija y la sobrina del comandante.

—¿Tienes amistad con ellas?—quiere saber Pablo.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?—le mira extrañado Fernando.

—Quisiera conocerlas. Anda, preséntamelas, si no tienes inconveniente.

—Inconveniente, ninguno. ¡Vamos!—añade, apoyado su mano en la rodilla del amigo.

Se levantan pausadamente y se dirigen hacia el lugar donde se encuentran las dos primas, que, al verlos llegar, se detienen, aguardándolos sonrientes.

—Buenas tardes—saluda, cortés, Fernando—; permitidme que os presente al nuevo capitán médico de esta base, íntimo y muy buen amigo mío. La señorita Oliverio, hija de nuestro comandante, y su prima Rosita.

Se estrechan las manos, y en este primer apretón diríase que entre ellos se ha establecido ya una íntima simpatía. El muchacho parece muy simpático, y ellas le acogen risueñas, bajo la mirada un poco irónica de Fernando, que se empareja con María Teresa, mientras deja que la habladora Rosa acapare el cerebro de su amigo.

—¿Sabes algo del hijo de Maltina?—pregunta Laurez a su pareja.

—Papá estuvo a verle, y no vino muy bien impresionado. Parece ser que el estado del pequeño se ha estacionado, sin que consigan nada los esfuerzos y

la ciencia de ese doctor turco que, junto a su cabeza, le vela día y noche.

—¡Qué pena tan grande me da ese niño! Quisiera poder hacer algo por él—dice serio.

María Teresa, levantando una ceja, le mira asombrada. Pero ¿es posible que este hombre se preocupe por algo que no entre a formar parte de su yo? ¿Es posible que sepa sufrir por un semejante?, se pregunta, y a sus pupilas asoma una chispa de triunfo. No se equivocó; tiene un corazón de oro, aunque pretenda demostrar todo lo contrario. Sigue a esto un silencio, que ninguno de los dos intenta romper, encerrado cada uno en sus pensamientos.

En cambio, Rosita habla por los codos, y Pablo la escucha sonriente.

—¿Había estado usted alguna vez aquí?—quiere saber.

—No. Es la primera vez que veo el aerodromo, pero no me pesa lo más mínimo haber llegado a este hermoso valle, porque en él me esperaban sorpresas muy agradables, todas ellas insospechadas.

—¿Sí?—arquea las cejas Rosa,

—Sí. El encuentro con Fernando, al que hacía una porción de tiempo que no veía, y...—se la queda mirando, insinuante.

—¿Y qué más?—inquiérese, curiosa, ella.

—La más agradable sorpresa ha sido encontrarla a usted. Es un detalle que me hace pensar si, en lugar de a un aerodromo, habré llegado a la gloria.

—No exagere tanto; no vaya a ser que por mentir vaya a parar al lado opuesto.

Ríen, y su risa juvenil los envuelve como en un halo de dicha.

—¿Vamos a ser buenos amigos?—se detiene Pablo para preguntar.

—Se ha puesto serio, y todo. ¿Teme que le diga que no?—bromea Rosa.

—Me interesa mucho saberlo.

—Pues... sí—y al tiempo que lo dice, le alarga con coquetería la mano, que él estrecha con gesto todavía grave.

—Entonces, ¿por qué no nos tuteamos?

—Eso es correr mucho—ríe.

—¿No hemos quedado en que somos buenos amigos?—insiste sin soltarle la mano.

—En que vamos a ser, que no es lo mismo.

—Rosita, no sea mala conmigo y concédame lo que le pido—a sus pupilas asoma ahora una lucecita simpática, y sus labios se extienden en una sonrisa.

—¿Qué hago?—finge dudar ella.

—Lo que yo te propongo.

Vuelven los dos a reír.

—No has necesitado mi asentimiento.

—Estaba seguro de tenerlo.

—¡Qué presuntuoso!

—Supongo que no tendrás novio—pregunta de pronto.

—Eso es ya demasiado.

—Sí, demasiada curiosidad—comenta pensativo, y calla por un momento.

Rosa le mira con disimulo.

—¿Añoras acaso tu tierra?

—No. ¿Por qué?

—Tu actitud así lo denota.

—Pues no, es una pequeña preocupación.

—¿No has dicho que te hallabas en la gloria?

—Sí, cierto, y precisamente ella acaba de proporcionarme esta preocupación.

—En la gloria no existen las preocupaciones.

El la mira serio. Ella sonríe, y en sus ojos parece bailar el júbilo.

—Tienes razón—dice—. En la gloria no puede haber preocupaciones—y, sin saber por qué, ha acentuado demasiado la palabra «gloria».



Rosa da un suspiro. Se siente dichosa; ante ella, la felicidad se extiende sin límites, y ríe, ríe feliz, sin saber a ciencia cierta por qué.

Así la sorprende María Teresa cuando se acerca a ella.

—Vamos, Rosa; es tarde, y papá debe de estarnos esperando hace rato.

—¿Y Fernando?

—Vinieron a buscarle en este momento.

—Yo también debiera reintegrarme; hace bastantes horas que falto de las oficinas, y es probable que me estén echando de menos.

—Entonces, adiós—dice María Teresa.

—No; las acompaño hasta casa.

—Como quieras—se apresura a decir Rosa.

María Teresa hace un gesto de resignación y echa a andar.

Rosa la coge por un brazo, reteniéndola.

—No corras tanto, primita, que no se trata de ganar ninguna carrera.

—Me da apuro por... el doctor.

—Por mí no sufra; además, que ya estamos.

—¡Qué circunspectos! ¿Por qué no os tuteáis también vosotros?

—Por mí, encantado—sonríe Pablo.

—Yo tampoco tengo inconveniente—dice María Teresa, mientras con la mirada intenta pulverizar a su prima.

—Ya hemos llegado—les tiende la mano—. Adiós, María Teresa. Hasta mañana, Rosita.

—Adiós—contesta, mirando de reojo a su prima y tratando de liberar su mano, que él retiene, mientras la contempla unos instantes nada más; después da media vuelta y se aleja con rapidez.

—Anda—apremia María Teresa, viendo que no se mueve del sitio.

—Sí, vamos—dice bajito, y en su fuero interno

piensa: «¡Qué pena que estuviera María Teresa delante!»

Pero después levanta la voz y, adelantándola, entra en la casa cantando. Se encuentra con su tío, que al oírla sale de su despacho.

—Muy contenta vienes hoy, sobrina—dice, mientras la besa en la frente.

—Sí, tío—contesta, en dirección a la escalera.

—No tardes, que vamos a cenar—le grita el comandante, besando ahora a su hija.

—Bajo en seguida.

La cena transcurre en animada charla, sobre todo por parte de Rosa, que habla por los codos. María Teresa calla.

El comandante las mira y sonríe.

—Parecéis la antítesis la una de la otra—dice—. Rosa rebosa alegría, y tú estás seria. ¿No te divertiste, hija mía? ¿Con quién estuvisteis?

—Con Fernando, que nos presentó al capitán médico.

—¿Qué tal os ha parecido?

—Muy simpático—contesta Rosa.

María Teresa la mira de reojo; el comandante ríe.

—Hija mía, tú tienes el don de encontrar simpático a todo el mundo.

—Que te lo diga María Teresa, si es que de mí no lo crees.

—Yo apenas si le traté; no puedo asegurarlo. Supongo que lo será.

—A Rosita le basta con haberle mirado para juzgarle, ¿no es verdad?

—No, tío; es que María Teresa ha echado delante con Fernando, que le preguntaba no sé qué de Maltina, y yo he seguido con Pablo hasta casa.

—¡Qué confianzas!—comenta su prima, dejando la servilleta sobre la mesa y pasando al fumador.

—Parece que discrepáis en la opinión acerca de ese muchacho—dice don Antonio.

—No hagas caso a tu hija, tío—dice Rosa, levantándose y acariciándole la cara—; ya sabes que es una huraña.

—Y tú, una zalamera—responde el tío, devolviéndole la caricia—. Bueno, os dejo; tengo trabajo.

—¿Tardarás?

—No sé, hija—responde, abandonando el comedor.

Rosa da media vuelta, coge una revista y se dirige también al fumador. Toma un cigarrillo y le ofrece otro a su prima.

—No, gracias; no fumo.

—¿Desde cuándo? Antes fumabas.

—No le gusta a Federico.

—¡No le gusta a Federico!—repite en un suspiro Rosa, y de pronto pregunta—: ¿Le gustará a Pablo? María Teresa la mira enfadada.

—Estás loca—asevera, y en su fuero interno se dice que esta niña coqueta le está echando a perder su plan sobre Fernando.

—¿Por qué estoy loca? Me interesa ese muchacho.

—Es imposible. Lo acabas de conocer.

—¡Eso, qué importa! Desde el primer momento he notado algo especial en él.

—Cuando yo digo que no estás en tu sano juicio—comenta, tomando la revista de la falda de su prima y disponiéndose a leer un artículo que llama su atención.

Rosa echa una bocanada de humo y, contemplando impassible las espirales blanquecinas, contesta pausadamente.

—Me querrás asegurar tú a mí que la primera vez que viste a Federico algo dentro de ti no te dijo que aquel hombre iba a desempeñar un papel importante en torno a tu vida.

—Verás... No—dice María Teresa, apartando un

momento la revista—; no me dijo nada el corazón, y aunque me lo hubiera dicho, sería igual, porque Federicó es el único hombre que me interesó y que quiero en la vida; en cambio, tú, cuando nos presentaron a aquel marino, me aseguraste aquella misma noche experimentar por él los mismos sentimientos que, según tú, sientes por éste, y que sentiste también por Fernando; no lo olvides.

—Tanto lo del marino como lo de Fernando fué una equivocación.

—Y lo de éste también lo será.

—No lo creo yo así—dice Rosa en un suspiro.

María Teresa la mira; frunce el entrecejo y vuelve a abrir la revista, pero antes de ponerse a leer acentúa:

—Pues a mí me hubiera gustado mucho más que te arreglaras con Fernando, que es una persona sensata. Eso es lo que te hace falta, y no éste, que no sabes ni siquiera quién es.

—Un médico, por de pronto; además que yo no te he dicho que me vaya a casar con él. Ahora, si él me lo pide, es posible que acepte, mal que te pese.

—A mí me es completamente igual lo que puedas hacer—contesta enfadada María Teresa.

—A Fernando sí que le es completamente indiferente lo que yo haga; la prueba es que, a pesar de tu empeño en meterme por sus ojos, se ha quedado impassible.

—Yo no tenía ningún interés—miente María Teresa.

—Es igual, dejémoslo estar—ataja Rosa, aplastando la punta de su cigarrillo en el diminuto cenicero.

María Teresa se enfrasca en la lectura, después de echar una rápida mirada a su prima, que contempla inmóvil el techo, como si esperara ver surgir de él alguna visión fantástica. Así permanece varios minutos, al cabo de los cuales hosteza lentamente sin

variar de postura. Pero no tarda en levantarse de nuevo.

—Lo siento—dice—, pero me muero de sueño, y me voy a la cama.

—Que descanses—le desea María Teresa, sin levantar la mirada del libro.

—¡Gracias!—y abandona silenciosa el fumador.

Con la revista abierta en sus manos, clava María Teresa sus pupilas en las cortinas por las que ha desaparecido Rosa. Sus labios se pliegan en una mueca de desprecio, para terminar diciendo:

—¡Bah!—vuelve a fijar su atención en el artículo, sin llegar a conseguirlo; su pensamiento vuela lejos.

Parpadea nerviosamente, hasta que por fin, abandonando la revista sobre la butaca, se levanta y da dos paseos por la habitación. Se detiene ante el ventanal. Fuera, la noche es bastante oscura, casi no se distingue nada. De vez en cuando, la silueta de los edificios que se alzan al otro lado del aerodromo es dibujada por la cinta plateada del reflector.

Se vuelve rápida y, dándole al interruptor, somete la salita a las tinieblas. Acerca una butaca al ventanal y, sentándose en ella, contempla las sombras del exterior. El pequeño hangar destaca ahora bajo la lluvia de luz. María Teresa sonríe tristemente a su vista. ¡Pobre Fernando! ¿Qué misterio puede encerrar él y su *Luciérnaga*? ¿Qué tragedia ha podido cernerse sobre su frente amplia? Ella había soñado con un venturoso porvenir para él, y Rosa, en su inconsciencia, lo había desbaratado. Cierra los ojos, dejando vagar su pensamiento loco, sin intentar retenerlo. Múltiples recuerdos acuden a su mente, y ella los saborea con deleite. Queda un momento inconsciente, y de pronto, sin saber cómo, se encuentra entre las ruinas de un castillo. La sombra de un árabe con una daga entre los dedos se proyecta en la pared, tomando proporciones descomunales; a

sus pies yace un cuerpo inerte. La sombra se extingue para dejar paso a la de una mujer de rubia cabellera, vestida de blanco, reluciendo en una de sus manos la misma daga y sujetando con la otra una trampa; sus pupilas grises brillan con la fiereza de un tigre, poco a poco se van agrandando y aumentando su extraordinario brillo. María Teresa lanza un grito y se aferra al brazo de Fernando, que, impasible, permanece a su lado. Han abandonado las ruinas y ve inclinarse sobre el suyo el rostro ansioso, que anhela saber cómo se encuentra. María Teresa da un suspiro, pero un nuevo sobresalto la sorprende; se acaba de dar un golpe en la cabeza; sonrío: ante ella, la plateada *Luciérnaga* extiende sus delgadas alas. ¡Qué bonita es! ¡Si supiera llegar a desentrañar el misterio que la envuelve! Torna a acariciar el fuselaje, como aquella vez, y como aquella vez también, vienen a su vista las rojas letras; las roza con su mano y besa su palma; las siente estremecerse de añoranza, como si ya en otra ocasión lejana hubieran gustado de estas caricias suaves. ¿A qué pasado tan oculto pertenece? Y de pronto, en sus oídos sueña acariciadora una voz: «¡Al fin llegaste, Tonín!»

Da un respingo. La luz se acaba de encender. María Teresa se frota nerviosa los ojos; después mira a la persona que se ha introducido en la habitación.

—¿Qué haces, hija mía, a estas horas sin acostarte?—le pregunta su padre.

—Me quedé dormida — contesta pensativa, intentando hilvanar la pesadilla que acaba de tener.

—¿Y tu prima?

—Se acostó.

—Pues ándate tú también, que es muy tarde.

—Sí, papá—dice, dándole un beso y, silenciosa, abandona la estancia.

## XIII

Era la mañana de un domingo. El Packard del comandante se detiene ante el templo. De él desciende éste, acompañado de su hija y su sobrina.

La admiración se levanta a su paso. Las dos jóvenes, de esplendorosa belleza, cogidas del brazo de don Antonio, atraen todas las miradas, provocando agradables comentarios. Esbeltas las dos. Enfundadas en unos trajes sastre, que dan realce a su bonita figura. En sus juveniles rostros impera la alegría. Sus bocas frescas se extienden en una dulce sonrisa. Parlanchines y risueños, los negros ojos de Rosa. Acariciadoras, las doradas pupilas de María Teresa. El comandante se siente orgulloso de esta admiración, y yergue su figura entre las muchachas.

Un momento después, María Teresa, postrada ante el altar, reza con fervor. Tiene muchos seres por quienes pedir. Pide por su padre, por Federico, por ella y un poco también por Fernando. ¡Está tan solo, y le quieren tan poco!

Le acaba de ver, no lejos de donde ella se encuentra, de rodillas, con la cabeza inclinada, orando rendido ante la imagen de la Virgen.

María Teresa le mira con disimulo.

¿Qué estará pidiendo? Parece haberse olvidado de cuanto le rodea, y, sin saber por qué, siente alegría al contemplarle en aquella actitud. Así, humillado ante la Señora, le parece mucho más grande, mucho más superior que cuando le ve pasear, altanero, por entre sus compañeros.

Si ahora es capaz de mostrarse humilde, ¿por qué después desdobra su orgullo? ¿Qué ofensa tan grande ha podido inferirle la vida? ¿O es que su carácter es de ordinario despótico y malhumorado? Entonces,

¿aquella pasión que en dos ocasiones ha visto encenderse en sus negras pupilas? ¿Y esta humillación profunda? No lo comprende, aunque su mayor deseo es descubrirlo.

La presencia de Fernando le ha quitado la devoción. Ya no puede volver a rezar, fija la atención en la inmovilidad del muchacho.

Cuando momentos más tarde abandonan la iglesia, le encuentran acompañado de Pablo, junto a la pila de agua bendita. Seguramente, los han visto salir y están aguardando.

—¿Regresan ustedes al campo?—pregunta, ya fuera, en la calle, el comandante.

—A mí me gustaría quedarme a dar una vuelta—dice Rosa, mirando de reojo a Pablo.

—Es una buena idea—sonríe el médico.

—¿Y tú qué piensas hacer?—se dirige ahora el comandante a su hija.

María Teresa mira de soslayo a Fernando, que con la vista baja parece contemplar el suelo. ¿Qué estará pensando? Duda un momento, y, al fin, opina:

—Me quedo también.

Laurez levanta la cabeza para preguntar al comandante:

—¿Las deja usted en nuestra compañía?

—Me parece que las dejen en buenas manos, ¿no?—sonríe el comandante al responder.

—Descuide usted—alega Pablo—; nosotros las llevaremos al campo. Tenemos aquí nuestro coche.

Don Antonio se despide de ellos, sube al Packard y se aleja.

María Teresa toma del brazo a su prima y echa a andar.

Pablo se empareja con Rosa, y Fernando queda al lado de María Teresa.

—¿Adónde vamos?—pregunta Pablo, dirigiéndose a Fernando.



—~~Adonde queráis~~—contesta.

María Teresa le mira al proponerle:

—Vayamos al parque.

—Bueno.

No se hace ninguna objeción sobre el particular, y Pablo se aísla en un aparte con Rosa.

María Teresa hubiera preferido que la conversación fuera general; así resultaría menos violenta para ella y para Fernando. Pero Rosa es tan pesada...

—¿No tienes servicio hoy? — pregunta, por decir algo, perdida su mirada en el espacio.

Fernando la contempla. «¡Está hermosa!», se dice, y acto seguido se tacha de bruto.

—Sí, pero a la noche—contesta malhumorado.

Es un necio. ¡Mira que quedarse a pasear con quien no tiene el menor interés de estar, pudiendo encontrarse tan bien completamente solo en el campo! Debía haber pretextado algo urgente. Pero no lo ha hecho, y ahora se arrepiente de ello. Menos mal que la coqueta de Rosa se dedica por entero a Pablo. Está visto que lo único que quería esta muñeca de ojos negros es encontrar novio, sin importarle quién fuera.

María Teresa suspira. «Ya volvemos otra vez a los choques bruscos de humor—piensa—. ¿Cómo he de intentar hacer nada, si apenas habla me corta con sequedad?» Le mira con el ceño fruncido.

Fernando comprende que ha estado un poco grosero y trata de rectificar.

—¿Y si cambiáramos de rumbo y fuéramos al club? Hay una magnífica orquestina—en seguida se arrepiente de esta oferta. Si lo único que debía proponer era el regreso al campo. Está cometiendo torpeza tras torpeza desde hace un momento.

María Teresa consulta con su prima, a quien parece encantadora la idea. Pablo también se entusiasma.

La señorita Oliverio se vuelve sonriente hacia Fernando, para decirle:

—Has ganado; todos están de tu parte. Vamos cuando quieras.

Tuercen el rumbo, y a los pocos momentos se encuentran en un precioso salón de techo bajo, decorado de color fuego y marfil.

La pista de baile está en estos momentos libre; a su alrededor, las mesitas se hallan completas. Tienen que esperar un poco.

La orquesta, colocada al fondo, preludia un fox. La pista va llenándose de parejas. Pablo saca a bailar a Rosa, y Fernando se ve obligado a hacer lo propio con María Teresa.

Ella duda un momento. ¿Le sentará mal a Federico? Pero si quiere hacer algo por él, ha de intimar, y, apoyando su mano sobre el hombro de Laurez, le tiende la otra.

Fernando la enlaza por la cintura, y se desliza, llevándola suavemente. Parece poner toda su atención en los pasos, porque permanece mudo. María Teresa se abstrae, semientornando los ojos, y al fin dice a media voz:

—Bailando me recuerdas a Federico.

El la mira extrañado.

—¿Quién es Federico?—quiere saber.

María Teresa sonríe. No era ése su propósito, pero no hay remedio.

—Mi novio—responde.

Sin saber por qué, a Fernando se le han iluminado los ojos, y dice entre dientes, sin apartar la mirada del rostro encantador de ella:

—¡Me alegro!

Ríe María Teresa, y pregunta:

—¿Por qué?

Iba a contestarle que así se siente más libre y puede desechar el temor de verse acosado por una

mujercita tan bella como coqueta; que ya no le importa bailar con ella, porque ya no la teme. Pero, en lugar de todo esto, se limita a decir:

—Me gusta que sean felices cuantas personas me rodean.

—Ya me había dado cuenta de ello—responde con ironía, que no pasa inadvertida para él.

—Dudas de la veracidad de mis palabras, ¿no es cierto?

—Es posible que lo sientas, pero...

—Sé lo que me vas a decir. No lo demuestro.

María Teresa afirma con una inclinación de cabeza, esperando la explicación. Pero en este momento termina el fox, y con él termina la conversación. Fernando toma del brazo a María Teresa y, procurando evitar los empujones, se dirigen hacia la mesita en la que acaban de sentarse Rosa y Pablo. Este tiene apoyada su mano sobre la de su pareja, y la mira interesado.

María Teresa levanta una ceja con asombro, y se dice: «¡Malo, malo!». Fernando no se dice nada, pero frunce el entrecejo.

Al verlos llegar, aparta Rosa su mano y les invita a que tomen asiento en las dos sillas que les reservan.

—Me alegro de haber cambiado de rumbo nuestro paseo. Esto está más acogedor que el parque—les dice sin abandonar su sonrisa.

—Sí; está muy animado.

Rosa le parece que se está saliendo con la suya. Ella, que había soñado con un arreglo para Fernando, al que ha vuelto a oscurecerse la mirada.

Tocan un vals, y Rosa se lanza en brazos de Pablo a la pista; en su boca florece la risa juvenil, y el médico la contempla, feliz.

Laurez los sigue con la vista, pensativo, y vuelve rápidamente la cabeza cuando oye decir a María Teresa:

—Me gustaría conocer a tu familia. Tú tienes alguna hermana, ¿no?

—No, no tengo a nadie. Estoy solo en el mundo; la única hermana que tuve, ahora sería, poco más o menos, como tú. Murió cuando era una niña; siempre la recuerdo, y cuando acude a mi mente, me la imagino tal como tú eres.

Calla, sin levantar la vista de la mesa. ¿Desde cuándo se siente comunicativo? Quizá desde que se enterara de su noviazgo. Pero...

—¿Y tus padres?

—Murieron también, siendo yo muy joven. Ya te he dicho antes que estoy solo en el mundo—no ha variado la posición, pero en su frente se ha formado un pliegue profundo.

María Teresa quisiera decirle algo, pero la actitud de Fernando la intimida bastante. Le observa silenciosa, y le sorprende el tono de su voz al decirle:

—Yo soy un desgraciado, un amargado—sus manos destrozan despiadadamente la servilleta de papel que tiene entre ellas, mientras sigue diciendo—: La vida me ha herido profundamente, y yo, a ratos, siento el vivo deseo de herir a mi vez...

La espontaneidad de esta declaración ha dejado sorprendida a la muchacha, que intenta hablar; mas queda cortada por la presencia de Rosa y Pablo, que se acercan alegres al finalizar el baile.

—Me parece que es tarde—dice Laurez al verlos llegar.

—Sí—afirma María Teresa maquinalmente.

La sonrisa muere en los labios de Rosa.

—¡Qué pena!—comenta, y Pablo le aprieta una mano.

María Teresa se levanta, seguida de Fernando. Atraviesan la sala en dirección a la calle.

La señorita Oliverio medita sobre la escena ante-

rior. La llegada de Rosa lo ha estropeado todo. Mas ¿tenía ella la certeza de que Fernando deseaba seguir semejante conversación?

## XIV

Pedro levanta una vez más la vista al cielo; una lluvia finísima le azota el rostro, hace un viento espantoso y la densa capa de nubes que se extiende bajo la bóveda celeste no presagia nada bueno. No pasan cinco minutos sin que vea extenderse un tenue relámpago.

«Vamos a tener tormenta. A fe que no es nada agradable, ni seguro tampoco, el volar así. Gracias a que el comandante es persona sensata, y no quiere que nos exponamos en días como éste. Después de todo, el trabajo que había de hacer hoy no es nada de importancia», se dice, mientras sigue contemplando la cerrazón del cielo.

Una ráfaga de aire le obliga a cerrar los ojos.

—¡Caramba, a pesar de estar lloviendo, aún se levanta polvo!

La lluvia crece. Pedro se dirige hacia las oficinas, por una de cuyas ventanas, que se hallaba abierta, dejaba escapar la luz del interior. Se acerca a ella y, asomándose, les grita a los pilotos allí reunidos:

—¡Vaya novecita que me ha tocado en suerte, muchachos!

—¿Vas a salir por fin?—dice Jaime.

—No—le contesta Pedro, saltando por la ventana dentro de la habitación. El comandante me ha relevado de este servicio; dice que, no habiendo nada urgente por hacer, no es preciso exponernos a nada desagradable.

—Tiene razón—apunta Carlos—; pero, no obstante, debe de resultar emocionante luchar con los man-

dos en una noche como ésta—y en su semblante se dibuja un gesto de nostalgia.

—No me gustaría probar de estas emociones—dice, desdeñoso, Juan.

—Tú no comprendes la vida, no sabes casi lo que es volar; hay que sufrir lo que yo he sufrido para llegar a sentir las cosas, para llegar a apasionarse por ellas—dice atropelladamente y acentuando un tic.

Es la primera vez que habla de su desgracia, y ninguno de ellos osa hacer el más leve comentario; únicamente Pedro se acerca a él y, posando la mano en su espalda, murmura:

—Tienes un mérito que a nosotros nos falta; por lo menos, a mí. A ti te entusiasmaría volar en un día como hoy, y, en cambio, yo me hallo muy conforme con no tener que moverme de aquí.

Carlos no le escucha; parece pensativo.

—Era una noche como ésta...—dice de pronto.

Se miran unos a otros, sin proferir palabra. Carlos sigue:

—... El comandante de base se negó a que hiciera mi recorrido de guardia, como me correspondía, aquella noche. Yo quedé disgustado; amaba las emociones y había estado soñando toda la noche con la llegada del momento para despegar—hace una pausa, secundada por algún tic. Silencio absoluto—. Me reuní con mis compañeros en el bar; bebí una copa con ellos y acabé charlando, sin acordarme para nada de mi pequeña contrariedad. No pasó mucho tiempo sin que se abriera, de pronto, la puerta del bar para dejar paso al comandante—habla ahora lentamente, y, cosa rara, sin ningún tic—: Venía demudado.

»—¡Pronto!—dijo—. Un voluntario, que no le importe arriesgar la vida. Ha caído un avión al agua, y nos piden socorro.

»Nos miramos todos, pero yo no perdí tiempo;

era al que correspondía volar aquella noche, y como tal me ofrecí, sin reparo alguno esta vez por parte del comandante. Sabía que mi decisión era irrevocable.

»—Se está hundiendo por momentos, y el piloto ha tenido que subirse a las alas.

»Estas últimas palabras las oí ya desde la puerta; comprendía el apuro de aquel pobre hombre sobre el mar, en su cáscara de nuez, cada vez más insegura, y decidí correr en su ayuda.

»Pedí una cuerda gruesa a uno de mis mecánicos. Ya el motor de mi avión se calentaba. Con mucha dificultad, y tomando toda clase de precauciones, conseguí despegar. El aire me cegaba, la oscuridad de la noche me envolvía. Una lluvia pertinaz comenzó a empaparme, y la negrura de la noche fué interrumpida por un prolongado relámpago. «Tormenta tenemos», me dije, y aligeré la marcha cuanto pude.

»Los relámpagos, que primero iluminaban el cielo con marcado intervalo, comenzaron a sucederse con vertiginosa rapidez; el estruendo de los truenos me ensordecía, y mi avión semejaba una pluma en medio de aquel mare magnum. Llegué sobre el mar, di varias vueltas sobre la posición que se me había indicado. No lograba dar con el aparato perdido, y aquello me tenía nervioso—como contraste a estas palabras, cada vez hablaba con más lentitud, y en una tonalidad monótona, sin vibraciones, que tiene en tensión a sus compañeros.

»Lancé varias luces de bengala, y cuando ya creía perdida toda esperanza, una pequeña luz surgió de la superficie del mar, contestando a mis señales. Me lancé a ella como ave de rapiña. Las olas eran tan gigantescas, que amenazaban rozarme. Cuando estuve sobre él, lancé la cuerda, y seguidamente otra luz de bengala, para que pudiera distinguirla.

»Observé que mi pobre náufrago había dado con

ella. La cogió, y con habilidad por su parte y no poco esfuerzo por la mía, conseguimos que se introdujera en mi aparato.

»La tempestad seguía rugiendo e impidiéndome manejar los mandos con seguridad. Además, mi compañero se hallaba herido y corría prisa llegar al aerodromo.

»Luché hasta conseguir divisar sus luces. Los focos comenzaron a buscarme; las señales de aterrizaje desaparecían con frecuencia de mi vista; los relámpagos me cegaban; un fuerte huracán me precipitaba—se va apagando paulatinamente su voz—; quise hacer un esfuerzo supremo, pero fué inútil; me estrellé contra el suelo, haciendo de un hombre fornido, como era antes, el guiñapo que hoy soy—en su frente perlea el sudor, pero nadie dice nada.

»Nos sacaron. Mi amigo no había sufrido nada. Yo, en cambio, lo había perdido todo.

Pedro le presiona cariñosamente el brazo, sin hablar. Siente miedo por esta aparente serenidad de Carlos, que no es más que un amago de una crisis nerviosa.

La entrada de Luis les quita a todos un peso de encima; viene haciendo grandes aspavientos y chirigotas, dejando traslucir su natural buen humor.

—No quisiera encontrarme en estos momentos en el pellejo del capitán médico—dice.

—¿Pues qué pasa?—contestan casi a una los allí reunidos.

Carlos afloja un poco su tensión, y se dirige hacia el aparato de radio.

—Que acaba de salir con esta nochecita, camino de la ciudad, y que no llevaba velocidad el tío, que digamos.

—¿Y qué ha ido a hacer?—pregunta Jaime, sorprendido.

—No sé. No pude enterarme bien del asunto. El



caso, en concreto, es que el comandante acaba de tener una conferencia telefónica tampoco sé con quién; sólo sé...

—... que no sabes nada—ataja Juan.

Luis ríe, y vuelve a decir:

—Sólo sé que, junto a él, se encontraban el médico y el capitán Rodríguez. Después de la conferencia se discutió durante algunos minutos con gesto grave, sin que yo haya podido pescar ni media palabra, y el resultado de la discusión ha sido salir el capitán médico disparado, como alma que lleva el diablo, hacia el garaje, tomar el primer coche que ha encontrado y volar hacia la ciudad. ¿El motivo? Lo ignoro.

—¿Y dónde se ha desarrollado tan trágica escena? —se burla Juan.

—En la finca del comandante.

—¿Y tú, qué hacías allí?—pregunta ahora José.

—Mirar desde el jardín, por una ventana, iba en busca del teniente Laurez.

En los rostros de todos aparece un gesto de inteligencia. Luis sigue, sin darse cuenta:

—Y al no verle allí, decidí dar media vuelta; pero los semblantes serios de los tres ocupantes del despacho del comandante me atrajeron, y permanecí inmóvil hasta que vi salir al médico; después pensé que poseía una mente muy novelera, y que todo aquello que había forjado mi imaginación no sería más que una orden de la superioridad, que siempre pone por pretexto la urgencia, pero sin trascendencia alguna.

Todos ríen la ocurrencia.

—Bueno—dice con socarronería Juan—, ¿encontraste por fin al teniente?

—No. No puedo saber dónde se ha metido.

—Estará debajo de alguna cama. No sé por qué,

se me figura que debe de ser un hombre al que imponen las tempestades. Es débil.

Hay asombro en los rostros de los pilotos al volverse hacia Carlos, que, apoyado en la radio, acaba de pronunciar estas palabras con cierto desprecio. Pero pronto la risa estalla con jovialidad. Luis se enfurruña, y decide abandonar el despacho. No le da tiempo. La puerta se abre casi con brusquedad.

Los hombres, que junto a la mesa seguían riendo, se vuelven sorprendidos. En el marco aparece el capitán Rodríguez.

Con la mano apoyada todavía en el pomo, los contempla, deteniéndose su mirada en cada uno de ellos. Están todos, menos Laurez.

El capitán duda un instante entre preguntar por él, o... Cierra la puerta y se acerca lentamente a ellos. Vuelve a pasarles revista, esta vez escrutando sus miradas; por fin, bajando la cabeza, dice:

—Se necesita un voluntario que se arriesgue a volar ahora mismo.

—Yo—contesta, presto, una voz firme—. Me correspondía el turno de esta noche, y me relevó el comandante. Justo es que sea yo el que lleve a cabo esta misión.

El capitán levanta la vista. Los ojos azules le contestan con una dulce sonrisa. Los examina unos instantes, luego su voz se torna grave:

—Lo siento por ti, Pedro; pero, a pesar de la tormenta, tienes que alzarte en vuelo.

Instintivamente, la mirada del rubio gigante se cruza con la de Carlos; éste se estremece, se ha quedado lívido y sus labios tiemblan para decir:

—Yo también salí en una noche como ésta.

Pedro tensa sus músculos, yergue más la cabeza. El resto calla, no puede más que callar.

El capitán vuelve a mirarlos, y como si temiera no ser comprendido, eleva la voz:

—Es algo urgente que no se puede aplazar. Se trata de salvar la vida de un niño, el hijo del general. Ya saben ustedes que este verano se instaló en Nudinos, a causa de la salud de ese niño, que, en cambio, no ha recibido beneficio alguno. Acaba de sufrir un ataque, y es probable que muera esta misma noche, si no tratamos de impedirlo.

Sigue un pesado silencio, que nadie osa romper; parece que en sus imaginaciones ha brotado un mismo pensamiento, una misma escena.

Carlos tamborilea con sus dedos, nervioso, sobre la mesa.

Al fin, Pedro rompe el mutismo para preguntar:

—¿Y qué debo hacer?

En los labios del capitán asoma casi una imperceptible sonrisa; él sabe que sus hombres son valientes, pero este conato de sonrisa muere al instante.

—No hay tiempo que perder—dice—. Acaban de pedir socorro, interesando el mismo general un medicamento costoso y muy escaso, que, según el capitán médico, el otro día, por casualidad, le vió en una farmacia de Robrades. Hace cinco minutos salió disparado hacia ella para adquirirlo. Supongo que no tardará en estar de vuelta—todo dicho atropelladamente y mirando hacia todos lados, como si buscara algo—. En cuanto llegue, has de salir inmediatamente a llevarlo. Se trata de una aldea situada en el pico de una montaña, en la que no hay espacio posible para aterrizar; así es que volarás sobre ella hasta ver las señales que te hagan desde tierra. Entonces lanzarás el medicamento, adosado a un pequeño paracaídas y acompañado de una luz de bengala.

La puerta vuelve a abrirse, y aparece Pablo con un paquetito en las manos.

—¡Pronto!—dice—. Ha sido una suerte encontrarlo. He recorrido toda la ciudad, y por fin di con él. Pero hay que robar tiempo a la muerte, para que

la victoria sea completa; de no llegar este medicamento a tiempo, le quedan muy pocas horas de vida —apoyando sus manos en los hombros del piloto, murmura—: ¡Pedro, confío en ti! Intenta salvarlo.

—Haré todo lo posible por que así sea—contesta, tomando de las manos de Pablo el medicamento. Estrecha luego la mano de éste y del capitán, y, volviéndose en redondo, saluda a sus compañeros—: ¡Hasta luego, muchachos!

—¡Que tengas suerte, Pedro!—responden al unísono.

—Gracias. Dentro de poco me tenéis entre vosotros.

Han ido a prepararle el avión; mientras tanto, se dirige a su habitación en busca de su traje de vuelo. Se viste lo más rápidamente que puede, se ciñe el correaje con mano nerviosa y decide salir, ajustándose el gorro. Ya en la puerta, se vuelve.

«¡Qué distraído!—se dice—. ¡Pues no me dejaba el medicamento!»

Torna por él, y al tomarlo ve sobre la mesilla la medallita del Carmen, que él llevaba siempre y que esta mañana se quitó porque se le había roto la cadena. Duda entre cogerla o dejarla; al fin, la toma y, dándole un beso, se la guarda en un bolsillo, murmurando:

—Ella me guardará de los peligros que puedan acecharme.

Sale de la habitación y baja al jardín. La lluvia es intensa y molesta. Escruta el cielo un momento.

—Esto no se aclara ni en tres días. ¡Qué mala suerte he tenido, con lo molesto que es volar así! En fin, en peor situación se encuentra ese niño a quien me han encomendado. Si al menos llegara a tiempo. ¡Pobre pequeño!

Salva la valla y va directo a su aparato. Antes de salir lo acaricia.

El capitán se le aproxima :

—Pedro, ten prudencia.

Pedro resbala su mano por el fuselaje.

—Siempre obedeció a mis manos—dice, pero algo en su acento parece suscitar una duda acerca de esta afirmación.

—¡Adiós, Pedro!—le despiden.

—¡Adiós!—contesta sonriendo, y desaparece en su carlinga.

Es la última impresión que conservan de él: el brillo de unos ojos azules y la sonrisa de una boca fresca.

## XV

Todos los pilotos de la compañía se han reunido en el despacho, atraídos por una inmensa preocupación.

Pablo pasea a lo largo de la habitación. Se detiene para dar un vistazo a su reloj, después interroga con la mirada al capitán Rodríguez, que, sentado a la mesa transmisora, le contesta con un movimiento negativo de cabeza.

—¡Es imposible!—comenta el capitán médico.

—La última vez que he conseguido hablar con él no había llegado—hace una pausa—. Vuelvo a llamarlo.

Pablo se dirige hacia la puerta, por la que acaba de asomar Rosa. Se acerca a ella y, tomándole una mano, dice con acento inquieto :

—Rosa, ¿cómo has venido con esta mala noche?

Ella contesta con dulce sonrisa :

—Detrás vienen el tío y María Teresa. Estábamos intranquilos por la suerte de Pedro, y hemos decidido venir.

Pablo le aprieta cariñosamente la mano, que aun

conserva entre las suyas. Después la conduce a un pequeño diván, y toma asiento junto a ella.

—¿Te preocupa tanto la suerte de ese piloto?

—No seas celoso. Lo que a ti.

Vuelve a tomarle la mano y, presionándosela nuevamente, murmura pensativo:

—No sé lo que me digo. Este incidente me ha trastornado un poco. ¡Pobre Pedro!

—¿Crees que le puede ocurrir algo?

—La noche no presagia nada bueno.

Rosa se estremece, y Pablo la reanima.

—No te preocupes demasiado, tontina. Pedro es un magnífico piloto, y sabrá hacer frente a esta tempestad, dominando con pericia su pájaro, como siempre lo ha hecho.

—¿Y el niño?

—Ése corre peor suerte. La última vez que comunicamos con Pedro no había llegado, y a ese infeliz se le cuentan los minutos que le quedan de vida.

—¡Pobrecillo!

La presencia del comandante, acompañado de su hija, interrumpe las apagadas conversaciones. Se ponen todos en pie para saludarle, y don Antonio se acerca presuroso al capitán Rodríguez, sentado ante la estación radiogoniométrica, para averiguar la situación del valiente piloto que se debate en las tormentosas nubes, exponiendo su vida para salvar la del niño.

—¿Qué hay de Pedro?—inquire, ya junto a Rodríguez.

Este levanta la cabeza y dice:

—Ahora trataba de comunicar con él. La última vez que hemos hablado todavía no había llegado.

El comandante frunce el entrecejo.

—¡Dios quiera que llegue a tiempo! Se lo merece el general.

—Yo creo que sí llegará; ya conoce usted a Pedro —comenta Rodríguez.

—Ciertamente. Estoy contentísimo del arrojo y entusiasmo de ese muchacho. Hablaré, en cuanto llegue, de su ascenso al general.

—Espere..., que parece que me oye—calla un momento.

Todo él está en tensión, lo mismo que el resto de los concurrentes, y ante el silencio sepulcral pregunta:

—¿No ves nada? ¿Tan densa es la niebla? Pero ¿no has llegado todavía a Nudinos?—bajando la voz, dice al comandante—: No ve a causa de la niebla; dice que va completamente a ciegas. Además que le es casi imposible dominar los mandos; la tormenta arrecia, y en medio de las nubes resulta un juguete.

—Pero ¿ha llegado ya?

—No. Cree estar cerca.

—Avísale la extraordinaria altura de los escarpados picos de Nudinos. Que ande con cuidado.

—Oye, Pedro..., ¿me oyes? Sí. Oye, ten cuidado con los montes... ¿Qué?... ¿que rozaste un picacho con un ala? Andate con cuidado... Claro, vas a ciegas.

Otra vez se encara el capitán con don Antonio para decirle:

—Ya debe de estar encima. Dice que se halla metido entre montañas, y que teme, al huir de sus picos, estrellarse en otros.

—Estoy sufriendo. No pierdas el contacto con él.

—¡Pedro, Pedro!... ¡Oye!... No responde.

María Teresa, que había quedado inmóvil junto a la puerta, atraviesa lentamente la habitación y va a sentarse junto a su prima. Recorre su mirada, inquieta, los silenciosos pilotos, pero no encuentra al que busca. Duda un momento; al fin se decide e, inclinándose un poco, pregunta al médico:

—Y Laurez, ¿dónde anda?

—No sé. No le he visto en toda la noche.

—¿No habrá salido...?

—No. Pedro va solo. Me extraña sobremanera esta ausencia. Diríase que huye de los muchachos.

María Teresa frunce el entrecejo, y no dice nada; pero Jaime, que está cerca y anda al acecho, responde en tono bajo:

—Yo le vi en su habitación. Es probable que se haya acostado, y esté roncando a estas horas. El teniente no quiere saber nada de Pedro, le odia.

Las dos muchachas y el capitán médico le miran escandalizados, como si Jaime estuviera blasfemando.

María Teresa sabe que Fernando esquiva la intimidad con sus compañeros, pero de eso a que le odie... Le interrumpe estos pensamientos Juan, que interviene por lo bajo:

—Calla, Jaime; no desbarres.

—¿Que me calle? ¿Acaso no probaste tú de sus consecuencias la otra tarde en el hangar?

—¿Qué ocurrió?—quiere saber, cada vez más perplejo, Pablo.

—Que éste recibió un puñetazo—aclara Jaime, señalando a Juan.

—¿Del teniente?—pregunta ahora Rosita.

—No, de Pedro; pero a causa de Laurez, precisamente por hablar de su odio hacia él.

—¡Jesús!—exclama María Teresa, asustada.

Juan se enfurruña con Jaime.

—Hablas demasiado, amigo—le dice callandito, y el otro, como si se diera cuenta de su error, cierra la boca con tenacidad para evitar contestar a cuanto se le pregunte, pero es inútil, ninguno de los tres despliega los labios para semejante cosa. Están preocupados cada uno con sus pensamientos.

Rosa piensa que es un ser raro, un lunático, del que no hay que hacer demasiado caso.

Pablo, por el contrario, cree que es Fernando el



odiado, y no él el que odie. ¿Por qué razón? Desde el momento en que llegó, se dió cuenta de ello, pero lo que al principio le pareció de poca importancia, ahora le preocupa seriamente. ¿Es posible que su amigo se haya creado, con su aire taciturno, este ambiente falso y viciado, él que ha sido adorado en cuantos sitios estuvo? Y sin saber por qué, siente remordimiento de conciencia; él debía haber deshecho el equívoco en el primer instante en que se dió cuenta de esta aversión, y, sin embargo, ¿por qué calló? E instintivamente escudriña con la mirada los rincones de la habitación. El no cree que Fernando ande durmiendo a estas horas, pero el hecho es que allí no está.

María Teresa calla, sumida en un mar de confusiones, ¿cómo juzgar a este hombre? Pensó que tenía un corazón de oro, pero esto lo desmiente. ¿Será capaz de estar durmiendo, cuando hasta el último ser del aerodromo anda preocupado por la suerte de Pedro? ¿Hasta tal punto puede llegar el odio de un hombre a otro? ¿Es posible que sea tan grande su insensibilidad? ¿O es que esa tragedia que parece envolverle le atrofia de tal manera que no puede ni siquiera pensar en la vida de sus semejantes?... ¿Entonces..., aquella preocupación que le dijo sentir por el hijo del general Maltina, era pura farsa? ¿No estaba ahora también en juego la vida de ese niño? Son demasiadas preguntas para que María Teresa, en su aturdimiento, pueda contestarse. Es un egoísta, piensa, pero... ¡válgame egoísmo, que a tal extremo llega!

Mientras tanto, el comandante y capitán Rodríguez tienen su atención fija en la mesa transmisora, alejados por completo de cuanto les rodea.

Rodríguez, ahora mirando al comandante, dice:

—Pedro. Te escucho... Sí. Sigue. ¿Has lanzado el medicamento? Espera que te den la señal de haberlo recogido. Sí. Avisa—se dirige ahora al señor Oliverio

alzando la voz para que le oigan los que están pendientes de sus noticias—. Parece que todo nos sale bien. Pedro ha conseguido descubrir las señales de la ambulancia del general Maltina—se interrumpe para prestar atención otra vez al aparato—. Dime, Sí. Eres grande, muchacho. Animo, ya te queda poco. Cuida al salir de entre las montañas. Sí, sí. ¿Qué tal sigue la niebla? ¿Peor?... Valor, Pedro. Hazte cuenta de que estás ya en casa—le anima— Deja abierto el contacto. No tardes en llamar—vuelve a levantar la voz para seguir diciendo—: El medicamento ha tenido feliz arribo, Pablo.

—Me alegro. ¿Y él, qué tal está?

—Muy difícil su situación. Según dice, vuela a ciegas y entre montañas. La niebla es tan densa que sus focos no consiguen atravesarla. Dice que sólo por milagro y después de haber dado varias vueltas, preocupado y nervioso por la suerte del pequeño, ha conseguido adivinar, más que ver, el resplandor de la hoguera encendida en Nudinos. Que lanzó el medicamento adherido al paracaídas, y que ha esperado a ver las señales indicadoras de haberlo recibido. Ahora se dispone a salir de entre las montañas.

—Difícil empresa—comenta Carlos desde un rincón, donde ha permanecido toda la velada sin proferir palabra. Su tensión nerviosa, como por la tarde, se halla bastante aplacada en apariencia, pues en su interior se libra una terrible lucha, entre el recuerdo de su desdicha y la situación crítica que está atravesando Pedro. El, que le estuvo diciendo que le faltaba el valor que a Carlos le sobraba, ahora se estaba portando como un valiente, sin preocuparse de los obstáculos y los peligros tremendos que hallaba a su paso, tan sólo fijo su pensamiento y su voluntad en salvar al niño.

Mientras piensa, sigue con la vista los movimientos de una sombra que se pasea por el jardín, encen-

diendo cigarro tras cigarro, y aplastándolos apenas encendidos. Hace largo rato que pasea, desde que el capitán Rodríguez se había sentado ante el aparato radiogoniométrico. Carlos le ha reconocido al punto, su andar peculiar le delata, y, sin saber por qué, ahora sufre ante el nerviosismo de este hombre que, oculto en la noche, se acercaba cauteloso a la ventana, ávido de la más leve noticia acerca de Pedro.

Estos pensamientos, que inundan la mente de Carlos, quedan suspendidos por la voz de Rodríguez, que dice :

—Pedro, ¿qué ocurre? Contesta. Sí. ¿Qué te pasa? —el tono del capitán es alarmadísimo, y su voz, potente—. Ten valor, muchacho, Pedro, no desmayes... Pedro... Pedro... Contesta... Pedro... ¿No lo oyes? Pedro... Te lo ordeno, contesta... Pedro...

Reina un silencio expectante.

Caen los auriculares sobre la mesa, y el capitán se cubre la cara con las manos, al tiempo que dice con desgarrado acento :

—Se ha estrellado...

## XVI

Un silencio de muerte invade a los pilotos allí reunidos. La suerte trágica de Pedro les ha paralizado. En el semblante se adivina la agitación que bulle en sus pechos recios. Pedro..., el más sincero y leal de los amigos, acaba de hundirse en los abismos de la muerte. Hace unos momentos tan sólo, estuvo allí mismo, charlando y riendo con ellos. ¡Qué sensación les da ahora de vacío sin su presencia! El capitán recuerda la mirada azul de niño que le dirigieron sus ojos al partir, aquellos ojos que ahora estarían crispados, sin duda, por la visión trágica de la muerte.

Carlos se ha desplomado en una silla que tiene a

su alcance, los nervios le tienen rígido; de vez en cuando, tuerce un poco la boca.

Pablo, sin saber lo que hace, acaricia lentamente los cabellos de Rosa, que, ocultando su rostro tras el encaje de su pañuelo, solloza calladamente.

Luis se destroza las manos; Juan pasea, con las cejas fruncidas.

El resto permanecen inmóviles.

El comandante se dirige a su hija. Está pálida como un difunto, y sus enormes ojos, dilatados por el terror, recorren los semblantes demudados de los pilotos, y en su mente se levanta una frase de reproche: «Sólo él falta.»

El comandante toma la cabeza entre sus manos, y la apoya junto a sí. María Teresa cierra los ojos, descansando un instante sobre el pecho paterno. A su imaginación acude la escena del jardín, aquella noche en que Pedro le habló ampliamente de la *Luciérnaga* y de la desgracia de Carlos. ¡Qué hombre tan distinto a todos cuantos la rodeaban! Bueno como él sólo; perfecta su figura, como para esculpirla en bronce, y aquella hermosa cabeza, coronada de oro, que se alzaba con nobleza, le parece verla reclinada, pálida, en el duro suelo de las rocas. Aquellos ojos inocentes, azules, se habían cerrado para siempre; aquella mirada acariciadora no la volvería a sentir más... Se estremece. El comandante la mira, y ella, siguiendo un presentimiento de su corazón, dice:

—¿Y si no hubiese muerto? ¿No pidió socorro?

Ha sido un instante nada más. El comandante se endereza y pasea la mirada por sus oficiales. También él, como el capitán Rodríguez antes, parece buscar ahora a alguien que hasta este momento no había echado de menos, y también, como el capitán Rodríguez, calla, sin preguntar por él. La mirada lacerante de don Antonio ha sido comprendida por todos sus

pilotos, y, como movidos por un mismo resorte, avanzan a la vez un paso al frente.

Quiere esto decir que están dispuesto a jugarse la vida para salvarle, si es que se puede hacer algo por él. El comandante vuelve a mirarles, aprecia este rasgo heroico, pero sólo necesita uno, o dos a lo sumo, que se presten a tal riesgo.

Va a abrir la boca para pronunciar la palabra decisiva, cuando se abre con violencia la puerta de la oficina y, ante la expectación general, aparece en el umbral el propio Laurez. Todas las miradas convergen en él.

María Teresa escruta con la suya a Jaime, que finge no darse cuenta.

Carlos da un suspiro de alivio al verle.

El comandante cierra la boca, y casi hubiera sonreído de no atravesar tan trágicas circunstancias.

La atención general se ha concentrado en el teniente, que imperturbable, pero un poco pálido, se dirige resuelto al comandante, con el que habla en voz baja.

Ha debido hacerle un ruego, porque don Antonio, apoyando la mano en su hombro, le pregunta en tono afectivo :

—¿Solo?

—Sí. Estoy en deuda con él—es la escueta respuesta.

Aun le mira el comandante un momento más, antes de ordenar en alta voz, con acento decisivo :

—¡Carlos!, que se disponga para el vuelo la *Luciérnaga*.

—¿*La Luciérnaga*?—han pronunciado un murmullo de voces.

—Sí—contesta Fernando volviéndose rápido.

Carlos le mira indeciso. No sabe si tomar en serio la orden del comandante. Seguramente él no sabe que jamás ninguno de ellos se acercó al misterioso

nido, excepto el mecánico del teniente. Ya casi se disponía a decir que no, cuando éste le corta sus pensamientos, al tiempo que le tiende las llaves del hangar y le ordena:

—¡Date prisa!

Carlos las coge y sale ligero, acompañado de varios mecánicos.

Laurez se despide del comandante, que le abraza antes de dejarlo partir.

María Teresa le mira perpleja.

«¿Será esto otra nueva farsa?», se dice sin lograr entender el carácter de este hombre.

Y cuando más tarde se detiene Fernando ante ella, en sus pupilas de oro nace una interrogación. La mirada brillante del teniente parece penetrar y desentrañar los confusos pensamientos de la joven acerca de él, y su respuesta es una sonrisa amarga, mientras le estrecha la mano que ella le tiende, al tiempo que reza quedo:

—¡Dios te guarde, Fernando!

Va a retirarse, pero una mano de hierro le sujeta por un brazo; vuelve la cara; es Pablo, que le mira entre triste y severo.

—Eres un temerario, Fernando—le dice por lo bajo, sin soltarle—. ¿Tú solo? ¡No...!—en sus ojos ha brotado una terrible duda.

Laurez apoya su mano sobre la del médico, que se clava en su brazo.

—Descuida, Pablo. Me hago cargo de mi responsabilidad. Nunca he deseado tanto conservar la vida como en este momento, ya que de ella depende la salvación de Pedro.

Y como si le doliera haber pronunciado estas palabras, que sin duda han llegado a los oídos de la señorita Oliverio; irguiendo la cabeza, sale con aire altivo de la estancia, en dirección al pequeño hangar.

El comandante y Rodríguez se dirigen hacia la

pista central. El resto se agolpa en las ventanas para presenciar la escena.

Fuera ha cesado de llover, pero la niebla es densa. Casi les cuesta trabajo distinguir a los que en el centro de la pista esperan la salida de la singular avioneta. La puerta corrediza se ha abierto de par en par. El foco ilumina la avioneta, y los rayos de luz se quiebran sobre su plateada superficie.

Pausadamente abandona la techumbre del hangar, y sus alas, estilizadas, parecen extenderse en la oscuridad de la niebla, que se adhiere a ellas como en un abrazo de muerte.

Tocan a su fin todos los preparativos, llevados a cabo con febril diligencia. La avioneta, dispuesta en la pista central, adquiere en la oscuridad un aire majestuoso. El comandante la acaricia con la mirada, y como en días pasados le ocurrió a su hija, le sucede hoy a él al contemplar las letras rojas que se destellan en la noche como si fueran de fuego, y sin saber por qué se estremece, como movido por un grave presentimiento. Y antes de que Laurez suba a la carlinga, el comandante le toma por los hombros y le vuelve a abrazar en silencio, como si con ello quisiera librarlo de algún peligro.

Una vez dentro, Fernando pone su atención en los mandos. Tomando toda serie de precauciones, puede al fin despegar. Sus focos potentes no consiguen atravesar la niebla. No le importa, él hará los posibles para hallar a Pedro, aunque por conseguirlo muera. Le interesa más que su vida.

Una sonrisa amarga se extiende en sus labios.

El sí que interesa a poca gente—piensa—, en todo el aerodromo tan sólo tres personas sufren por su ausencia a estas horas. El resto le odia, o por lo menos les es indiferente; de eso está seguro, pero no le importa. Tampoco ha hecho él el menor esfuerzo por conseguir su simpatía. Los que le quieren es

porque se han tomado la molestia de profundizar en su alma y de tratar de conocerle a fondo.

También lo intentó Pedro, y sin embargo... ¿Qué había recibido a cambio?, ¡desprecios!—Fernando aprieta los labios—. ¡Pobre Pedro! El también le ha querido, aunque entonces le cegase su compasión. ¿Por qué?

.....

El comandante y el capitán, después de presenciar la hábil maniobra de Laurez, se encaminaron silenciosos a las oficinas; en sus cabezas baila una trágica realidad. Sus dos pilotos mejores están en peligro. Uno de ellos es posible que haya muerto, el otro rezorre ahora el mismo camino.

En el despacho se han formado varios corrillos, en los que parece se discute acaloradamente, pero en voz baja.

Al entrar el comandante y el capitán, dejan de hablar.

Rodríguez se dispone a manejar sus aparatos radiogoniométricos.

El comandante espera paciente a que comunique.

Carlos, que se había quedado en el hangar para volver a dejar las cosas en su orden y cerrar la puerta, entra ahora con las llaves en la mano.

Al verle entrar, Rodríguez le pregunta:

—Oye, Carlos, ¿qué le sucede a la estación emisora de la *Luciérnaga*?

—Está estropeada.

—¿Lo sabía Laurez?—quiere saber el comandante.

—Sí, se lo advertí antes de que saliera—responde en un tic.

—No ha debido hacerlo—comenta pensativo Rodríguez.

—Ya no hay remedio—añade el comandante, y con



acento severo ordena que se encienda hasta la última luz del campo y de los edificios. Después, volviendo sobre sus pasos abandona el despacho. Rodríguez le sigue, y a poco lo hace también Luis.

María Teresa va a salir, pero la detiene la escena que se está desarrollando.

Juan acaba de acercarse a Carlos y, cogiéndole por la solapa, le pregunta :

—¿Dices que le has avisado?

—Sí—contesta éste soltándose—, en cuanto me he dado cuenta.

—¿Y qué ha respondido?—vuelve a preguntar.

—Que no le importaba.

—¡No le importaba!—repite Juan mirando de pies a cabeza al jefe de mecánicos.

—Sí, eso ha dicho—asegura acentuando los tiques Carlos.

Juan suelta una carcajada, que hiera los oídos del médico y de las dos muchachas; a los demás parece no causarles efecto. Cortándola en seco, dice con desdén :

—Es un majadero, engreído. Ha querido deslumbrarnos con su proeza humanitaria.

—Dices bien—corrobora Jaime.

—¡Pobre Pedro, en qué manos ha caído!—ahora es José el que habla.

Pablo, que ha estado escuchándoles atónito, como si no les comprendiera, se levanta rápido :

—¡Basta ya!—dice con tono imperativo.

El asombro se ha pintado en los rostros de los pilotos, y sin proferir palabra le miran.

Pablo se dirige hacia el centro. Con las manos metidas en los bolsillos da dos cortos paseos, en medio del silencio, mientras dice con el ceño fruncido :

—Fernando no merece vuestro desprecio.

Se detiene, y recorriendo con la mirada los rostros callados pregunta, con aire desafiador :

—¿Conocéis acaso su vida?

—Solamente desde que llegó a la base—contesta Jaime.

—Y habéis juzgado por las apariencias, por lo que veo. Debí habérmelo figurado.

María Teresa toma asiento junto a su prima, y se dispone a escuchar. Quiere ser testigo de lo que se esconde tras el velo misterioso que encubre la vida de Fernando, y nerviosa estruja su pañuelo.

Pablo contempla el suelo pensativo, como si quisiera concentrar en su mente escenas ya lejanas.

—Mi amistad con Laurez radica desde nuestra infancia. Nuestras casas se hallaban juntas.

»Todas las mañana salíamos enlazados del brazo para el colegio. Fernando era muy alegre.

María Teresa sube con asombro una ceja. ¿Fernando alegre?, piensa.

—Siempre estaba riendo. En el trayecto de casa a la escuela, tenía la costumbre de ir cantando. Yo le escuchaba embelesado, porque, a decir verdad, su voz era muy bonita—el asombro de María Teresa va en aumento.

»Su carácter contentadizo me atraía; yo era un niño voluntarioso, y él se doblegaba siempre a mi voluntad, no por debilidad de genio, sino porque su cariño hacia mí era demasiado grande para negarme nada de cuanto le pedía—hace un pausa para escrutar los rostros de los que le escuchan; después, bajando la vista, prosigue—. Eramos la antítesis el uno del otro. Yo era un niño desastrado, rompilón y holgazán, por cualquier cosa me enfadaba. Él, en cambio, era un niño ordenado, estudioso y alegre, nada le enojaba y menos conmigo, a quien llamaba rabiosillo. Sólo una vez le tremendamente enfadado—Pablo sonríe casi imperceptiblemente al recuerdo de aquello—. Cuando ya éramos algo mayorcitos—si-

gue—, se echó una novia; una chiquita muy mona, amiguita nuestra. Yo, que era algo envidiosillo, se me antojó quitársela, y se lo dije; pero él lo tomó a broma, diciéndome que no era el tipo que gusta a las mujeres. Me supo mal aquella salida suya, y puse todo mi empeño en conseguir mi propósito. No tuve que hacer mucho esfuerzo; aquella pequeña tenía muchos resabios de coquetería y comenzó a jugar conmigo. Fernando había marchado unos días fuera y yo aproveché su ausencia para quitarle la novia.

»Cuando vino, ¡Dios mío!, me lo encontré en una calle cuando iba precisamente al lado de su novia. Se paró; nos miró. De sus ojos parecían saltar chispas, aquellos ojos que siempre reían, ahora me estaban mirando con el brillo de una fiera. Y sin cruzar palabra alguna, me asestó el bofetón más tremendo que he recibido en mi vida; después volvió sobre sus pasos. Cuando quise volverme, la niña había desaparecido corriendo, dejándome solo en medio de la calle, más asombrado que dolorido—calla un momento, para mirar a Rosa—. Me fui a mi casa meditando qué partido debía tomar, y después de estarlo pensando durante toda la noche, decidí ir a verlo a la suya al día siguiente. No quiso recibirme, me volví a la mía desolado y sin ganas de mirar otra vez a aquella coqueta; me lo había propuesto a mí mismo.

»Al cabo de unos días resolví volverle a ver, pero al llegar a la casa, me dijo su mamá que Fernando se había marchado a una academia de aviación. Entonces recordé que la mayor ilusión de Fernando, ya desde muy pequeñito, era el ser aviador, y al fin lo iba a conseguir, sin haberme dicho a mí nada sobre el particular, y sin despedirse siquiera.

»Transcurrieron algunos meses, tras de los cuales abandoné yo también la ciudad para estudiar en la Facultad de Medicina. En mi pensamiento guardé siempre un recuerdo para el amigo, del que ya no

volví a saber nada más; nuestras vidas se habían tornado paralelas...

## XVII

Carlos mira distraído por la ventana. Su peculiar tic no le abandona mientras sigue con la vista al comandante, al capitán y a Luis, que trasiegan, incansables, por las pistas del aeródromo, relucientes como un ascua, entre multitud de luces y reflectores.

Pablo pasea ante el silencio de todos.

Nadie puede comprender que el teniente Laurez fuera alegre y humanitario; en el tiempo en que le conocen, por lo menos se ha empeñado en demostrar lo contrario.

Rosa, asombrada, mira a su prima. María Teresa se afianza cada vez más en la idea de que algo grande ha debido de pasarle para que Fernando haya cambiado radicalmente de carácter, porque, lo que es ahora, de alegre y bonachón no tiene nada, y, ávida de llegar hasta el final, pone toda la atención en los paseos de Pablo, esperando, impaciente, que réanude éste su relato.

—... Fué en tiempo de guerra cuando volví a encontrarle en el aeródromo de El Duende—dice al fin parando—. Casi me ahoga del abrazo tan grande que me dió al verme—sonríe al recordarlo—. Esto me alegró, porque me dió a entender que su enfado conmigo se había esfumado. No contento con ello, saqué a relucir la memorable escena, y juntos reímos a su recuerdo. Pero, poniéndose serio repentinamente, me dijo: «Supongo que no me guardarás rencor por «aquello», se refería al bofetón. Y yo, poniéndome también serio, le contesté que no tenía más que motivos de agradecimiento, porque «aquello» me había servido de lección. Y juntos volvimos a reír—se detie-

ne para encender un cigarrillo que le ha alargado Jaime—.

»Nuestra amistad, interrumpida durante varios años, volvía a reanudarse más estrechamente, si cabe. La risa jovial de aquel hombre contagiaba al más serio.

»A mí me gustaba estar siempre al lado de aquel muchacho optimista, que me animaba en mis bajadas de humor—lanza una bocanada de humo—. Yo—prosigue—hubiera dado gustoso algo para que aquella risa franca no desapareciera de sus labios, pero, para desdicha suya, digo para desdicha suya, porque esto fué la causa del cambio de carácter—aclara mirándoles—, se presentó sobre nuestro campo un avión pidiendo con insistencia licencia para aterrizar. Se le concedió, y nos dispusimos a conocer a quien con tanto empeño quería visitarnos—en sus pupilas grises se ha encendido una lucecita de nostalgia. Vuelve a soltar otra bocanada de humo, y dice—:

»Nuestros ojos estaban maravillados ante el espectáculo. Un pequeño monoplane, el más raro y bonito a la vez que hasta entonces habíamos contemplado, tomó blandamente tierra. Era completamente plateado, y en su fuselaje se dibujaba con caracteres de color de fuego un caprichoso nombre, *Luciérnaga*—Pablo calla para ver el efecto que estas palabras han causado en su auditorio, en el que ha crecido notablemente la atención, sobre todo María Teresa—.

«¡Hermosa *Luciérnaga*!», nos dijimos, acercándonos para ver al ocupante que en nuestra imaginación, por lo menos en la mía, le creíamos un tipo fornido y de grandes bigotes. Se abrió la carlinga, y mi decepción, a la par que mi sorpresa, no tuvo límites. Lo que acababa de salir del avión era un niño; ni más ni menos que un niño de unos dieciséis años. Sus enormes ojos negros nos examinaron, antes de preguntar :

»—¿El jefe del campo?

»Hubo quien se brindó a acompañarle hasta el despacho, y éste fué Fernando.

»Les vimos partir sin separarnos del avión, y una pregunta subió a nuestros labios: «¿Adónde irá este chicuelo?». Esperamos, pacientes, que terminara su entrevista con el comandante; luego Laurez sería pródigo en detalles. Pero nos falló el recurso, pues Fernando regresaba solo y sin tiempo de haberse enterado de algo.

»—¿Y el pequeño?—le preguntamos a coro.

»—Lo he dejado con el comandante; por lo visto, es misión secreta lo que trae.

»—Lo que no sé, es cómo le dejan volar tan chico —dije yo. Fernando hizo un gesto ambiguo, después dijo, acercándose al avión:

»—No creo que pertenezca a ninguna base, más bien parece particular.

»Seguimos charlando por espacio de una hora y media, al cabo de la cual fuimos llamados por el jefe, para presentarnos oficialmente al alférez Antonio, ¿alférez, tan joven? Pensé que había calculado corto al tasarle la edad. Nos dijo el comandante que se quedaría con nosotros durante algún tiempo, pero no nos especificó el quehacer que le traía a nuestra base.

»Nos ofrecimos para cuanto necesitara. Le encerramos el avión y le condujimos a su alojamiento, en donde manifestó el deseo de quedarse solo. Le dejamos, pues pensábamos que quería descansar. Ya no hubo otro comentario en toda la tarde que el de la llegada del joven oficial.

»Aguardamos impacientes la hora de la cena para cambiar impresiones y satisfacer nuestra curiosidad en cuanto a él se refería, pero no bajó.

»—Debe de estar todavía durmiendo —dijo alguien—. El sueño de la juventud suele ser muy pesado.

»No tenía nada que hacer, y apenas terminé de cenar, me acosté. Estaba un poco desvelado, y con los brazos bajo mi cabeza me dispuse a contemplar las estrellas. No llevaba mucho rato en esta postura cuando me pareció oír la puerta corrediza de uno de los hangares; presté atención: el silencio más absoluto me rodeaba. Volví a adoptar la misma postura, pensando que había sido producto de mis oídos, cuando oigo claramente el zumbido de un motor al ponerse en marcha, me incorporé y llamé a Fernando, que compartía mi cuarto y se hallaba durmiendo como un lirón.

»—¿Qué ocurre?—me preguntó, despertándose.

»—¿No oyes?—le dije yo.

»Se sentó de un salto en la cama.

»—El motor de la *Luciérnaga*.

»—¿Cómo lo conoces?

»—Tiene que ser por fuerza el suyo. Los nuestros tienen un zumbido completamente diferente.

»—Tienes razón—dije, saltando de la cama y acercándome a la ventana. Fernando me imitó. Efectivamente, en el centro de la pista, la *Luciérnaga* aguardaba, impaciente, hendir los aires. No tardamos en descubrir a nuestro joven piloto maniobrar sin ayuda alguna en torno a ella.

»Al fin subió a la carlinga, y con la suavidad de una pluma despegó de tierra, perdiéndose con rapidez en la noche.

»—¡Es increíble!—comentó Fernando.

»—¿Pues no dijo el comandante que iba a permanecer entre nosotros algún tiempo?—pregunté, por decir algo.

»—Sí—respondió mi amigo, pensativo, y de pronto me interpeló:

»—¿Qué hora es?

»Encendí la luz y miré mi reloj.

»—Las doce y diez—le dije.

»No dijo nada más; se metió en la cama, y yo hice lo propio. Volví a mi contemplación de estrellas. En la cama de mi lado sentía a Fernando.

»No hablaba, pero tampoco dormía.

»Pendiente de su desvelo, no pude conciliar el sueño, y sobre las tres de la mañana se volvió a oír un motor muy lejano. Agucé el oído y me consta que Laurez hizo lo mismo.

»El ruido se aproximó, y, asomados de nuevo a la ventana, vimos tomar tierra al precioso avión.

»El oficialito bajó; arregló las cosas y encerró la avioneta en el hangar, después desapareció en dirección a su alojamiento.

»Me preocupó aquella salida misteriosa, aunque no tanto como para robarme el sueño; no sé qué pensaría Laurez, pero a los pocos momentos yo dormía a pierna suelta—se detiene en su relato para dar una chupada al cigarrillo—.

»Nada nos dijimos a la mañana siguiente de cuanto habíamos visto por la noche. No nos pusimos de acuerdo, y, sin embargo, nuestro pensamiento de callar fué idéntico, esperando quizá el comportamiento de nuestro joven huésped.

»Me sorprendí por dos o tres veces atisbando por la ventana del bar. Fernando, por el contrario, parecía haber olvidado por completo la preocupación del día anterior. Recostado muellemente en una silla fumaba con toda tranquilidad.

»Allá, sobre las once, bajó a desayunarse el objeto de mis pensamientos. Nos saludó muy amable, pero a distancia. Yo le miré detenidamente; a la luz del día me pareció más niño todavía.

»En aquel momento vinieron a buscarme, y tuve que salir, dejándolos solos. No sé si Fernando cambiaría algunas palabras con él, no me lo dijo; pero a la noche, allá sobre las doce, volví a oír la operación del día anterior. Me levanté. Fernando no se



movió; a mi parecer, fingía estar durmiendo; yo no me acosté y, como esperaba, hacia las tres regresó la *Luciérnaga*.

»Al día siguiente me sorprendió ver la charla animada de mi compañero de cuarto con el jovencito, y me faltó tiempo para preguntarle, en cuanto pude, qué sabía de aquellas salidas nocturnas. Me dijo que no le había hablado de ello, y que él tampoco se había atrevido a preguntarle — hace una pausa —. Aquel día lo creí firmemente; después, comprendí que Fernando me engañaba — vuelve a hacer otra pausa, al cabo de la cual dice —: Y así fueron pasando los días, permaneciendo en el mismo estado las cosas. Cada noche se repetía la salida, y a medida que corría el tiempo, Fernando estrechaba cada vez más su amistad con el pequeño, que, a decir verdad, era muy simpático, pero muy retraído para quien no fuera Laurez; claro que a él también le costó conseguir su amistad, aunque nada de sus esfuerzos por conseguirla me había contado.

»Fernando evitaba el hablar demasiado de Antonio, a quien había tomado bajo su protección, y a quien, en cariñosa intimidad, solía llamar Tonín...

María Teresa, cubriéndose la boca, sofoca una exclamación de sorpresa. «¡Tonín», se dice en su interior. El mismo a que aludiera Laurez.

—... Cuantas veces intenté averiguar algo acerca del alférez Antonio—prosigue Pablo—, me contestó con la misma evasiva: por delicadeza, no le había preguntado nada...

»Y una noche, al irnos a acostar, Fernando, pretextando algo que hacer, me dijo que subiría más tarde; yo fingí creerle, y me marché a la cama, pero lo que en realidad hice fué estar vigilando desde mi ventana.

»A la hora de costumbre, mi buen amigo ayudó al alférez en su preparación de la *Luciérnaga*, y, no

contento con eso, aguardó a pie firme a que regresara, ayudándole también a encerrarla; después se despidió de Antonio, y se vino hacia nuestro cuarto; yo me metí en la cama y me hice el dormido. Desde aquella noche, no volví a preguntarle ya nada más. Desde mi ventana le vigilaba, sin que él se diera cuenta.

»Recuerdo que era un sábado por la noche. Todos los oficiales habían salido de servicio y yo también lo tenía que haber hecho, pero por causas imprevistas tuve que quedarme, aunque esto no lo sabe Fernando. Como era su costumbre, se dispuso a ayudar al alférez en su salida nocturna. Yo le espí; había notado algo que llamó mi atención, y quise saber adónde iba a parar. Oculto, aguardé pacientemente, por lo menos, más que Fernando, al que notaba agitado, que llegara. Dieron las tres, y ni señales de la *Luciérnaga*; a las tres y media comenzaba a cansarme ya de esperar, y a Fernando, por lo que estaba observando, se lo llevaban los diablos. Pasó otra media hora, al cabo de la cual se oyó el ruido lejano de un motor. Me puse a la expectativa. Al poco rato apareció la avioneta en carrera loca. Me eché las manos a la cabeza; con aquella velocidad era imposible aterrizar. Necesariamente, se iba a estrellar. Efectivamente, fué demasiado brusco el roce del avión con el suelo, y capotó. Sin pensar en que quería ocultarme, me lancé en su ayuda. No estaba a dos pasos, cuando las palabras de Antonio me detuvieron asombrado, confuso...

»—Yo también te quiero.—le oí decir.

»Agachándome, permanecí oculto detrás del avión. Fernando había sacado al piloto y lo había tendido en el suelo, sujetando entre sus brazos la cabeza, por la que corría un hilillo de sangre. No había perdido el conocimiento, y seguían hablando, sin haberse percatado de mi llegada. Contra mi voluntad, per-

manecí oculto. La sorpresa me había paralizado; era lo último que se me hubiera imaginado: lo que yo había creído un niño de ojos inocentes era una mujer—hay gestos de asombro en todos los rostros. En el de María Teresa hay una sonrisa comprensiva—. Presté atención a lo que hablaban—sigue Pablo—.

»—Corté tus palabras amorosas, porque temía darte cabida en mi corazón; estaba cierta que llegarías a enamorarme, y por eso te pedí con vehemencia que no me hablaras de este asunto hasta terminar mi labor aquí; te prometí que entonces te escucharía con toda mi atención y con todo mi amor, porque ya te habías adueñado un poco de mi voluntad. Hoy, que el destino me depara esta desgracia, quiero hacerte un pequeño ruego—ella hizo una pausa, llevándose el dorso de la mano a la boca; y él le acarició con las suyas la cabeza, pendiente de sus menores gestos. Ella le miró y dijo—: Mi hermano y yo perdimos a mi madre cuando éramos muy pequeños, y desde entonces mi padre se dedicó en cuerpo y alma a nosotros. Todo le parecía poco para tenernos contentos; cuantas cosas le pedíamos, nos las proporcionaba al momento... Sólo una cosa le había pedido yo en esta vida, que él me negó rotundamente: un avión. Mi madre había muerto en un accidente aéreo, y mi padre le tenía horror. Yo aprendí a pilotar en una avioneta de un conocido, sin que él se enterara y sin la esperanza de lograr ver cumplido mi capricho. Pero un día se puso mi padre enfermo, los médicos no me dieron buenas noticias, estaba muy grave. Entré a verle, y entonces él, tomándome una mano, me dijo: «Hija mía, no quiero morirme con el remordimiento de haberte negado algo (y, buscando en su cartera, sacó una fotografía de una avioneta); es tuya (me dijo). En el aeródromo la tienes dispuesta para el vuelo, y Dios quiera que la suerte sea más pródiga contigo que con tu madre.» No me dijo nada

más, y a las pocas horas moría. Tardé mucho en ir a visitar mi avioneta; cuando lo hice, le mandé colocar el nombre de *Luciérnaga*, en recuerdo de mi padre, que siempre decía que un avión en la noche le recordaba a una enorme luciérnaga. Al militarizar los aviones tuve miedo de perderle de vista, y entonces decidí militarizarme yo también, camuflándome de piloto. Era la manera de no separarme de ella. Resultaba muy duro para mí pensar que alguien pudiera usar a su antojo y destrozar lo que tanto trabajo le había costado regalarme. Nadie lo tocaría; por lo menos, mientras yo no muriera. Este era mi propósito, por eso estoy aquí—calló un momento—. Y ahora viene el ruego que quería hacerte, y es que aceptes su custodia—prosiguió—. Yo estaré más tranquila sabiendo que está en tus manos, y, si acaso muero, consérvala en recuerdo de mi amor, como una prenda de mi cariño...—se detuvo, se había fatigado mucho al hablar.

»El le besó la mano.

»—Otro ruego he de hacerte—volvió a decir entonces ella—. No descubras mi secreto...—pero ya no dijo más. Había perdido el conocimiento.

»Fernando se levantó con cuidado. Yo me alejé por temor a ser descubierto. Por lo que pude ver, comprendí que pedía una ambulancia a un hospital de la ciudad cercana. Volvió al lado de ella, y no la dejó hasta el momento en que los enfermeros la pusieron sobre la camilla, llevándosela. Se quedó examinando la avioneta, después subió a su cuarto; yo no me acosté en toda la noche, tenía la intención de dejarle creer en mi ausencia.

»A la mañana siguiente, cuando regresaron nuestros compañeros, se extrañaron de ver la avioneta destrozada; preguntaron, y Fernando les contó lo ocurrido a su manera. Venían persiguiéndole. Habían disparado sus ametralladoras contra la *Luciérnaga* y

el alférez, en su precipitación, había tomado aprisa tierra, capotando. Avisó al hospital de la ciudad, y se lo llevaron al momento. Después se encogió de hombros con impaciencia, pidió que trataran de arreglar la avioneta y se marchó.

»Al poco rato, salí en su busca.

»El comandante acababa de llamar al hospital, y le habían contestado que el alférez jovencito llamado Antonio, que entró la noche anterior herido, había fallecido hacía escasamente una hora. Sabía lo que esto iba a significar para Fernando, y no paré hasta dar con él; le encontré en nuestro cuarto, tumbado en su cama. Le miré, y, sin saber cómo empezar, me dirigí a la ventana.

»—El comandante acaba de llamar al hospital—dije sin moverme.

»—¿Y qué?—me respondió él.

»Me volví lentamente, y dije bajando la voz:

»—¡Ha muerto!

»Le vi palidecer y apretar los labios.

»—Tú le querías mucho—le dije, arrepintiéndome casi en seguida. Pero él no me contestó, y yo abandoné la habitación sin saber qué actitud adoptar. Me daba pena, y me propuse no hacerle ninguna pregunta.

»Desde aquel día, la risa no volvió a asomar más a sus labios. Le entró un afán loco por volar, por cumplir los servicios más arriesgados, con idea, seguramente, de perder él también la vida. No volvimos a cambiar una sola palabra sobre este asunto. Me huía. No coincidíamos ya en nuestra habitación, pues él se había prestado para hacer todos los servicios de la noche, y, cuando tenía ésta libre, se dedicaba a volar en su *Luciérnaga*. Pasábamos días enteros sin vernos. Pero una noche que marchaba en un vuelo difícil, vino a buscarme, y, antes de partir, me dió un abrazo. Quizá obraba movido por un presenti-

miento, porque ya no volvió. El y su *Luciérnaga* se estrellaron, y no supe nada más de su vida hasta el día que vine aquí—baja la voz—. Le había rezado por muerto...

Calla. Los demás le imitan; están preocupados. Sólo en los ojos de María Teresa parece brillar una luz extraña. Nadie se percata de ello; pero en el corazón de ella la esperanza ha encendido un puntito luminoso, y en su voluntad ha nacido un firme propósito.

### XVIII

Fernando abre la puerta de la carlinga y salta a tierra. Levanta la cabeza, y él mismo se pasma considerando cómo ha podido aterrizar en aquel reducido lugar entre montañas. Mira a su alrededor:

«No sé si voy a poder salir de aquí—se dice, preocupado—. Pero, en fin, era el único remedio para llegar a él.»

Examina minuciosamente cuanto le rodea. No ve nada; sin embargo, no debe de encontrarse lejos.

Vuelve al avión, se despoja de la chaqueta y del gorro, y coge una cuerda que previsoriamente había preparado.

Se dispone a escalar en el monte que resulta más bajo. Le cuesta algún trabajo, la noche es muy oscura, y la niebla sigue siendo todavía bastante densa. Con la linterna que lleva en su diestra ilumina el camino los ratos que no necesita de las dos manos para apoyarse. Llega a la cumbre, y una hoguera hiere su vista. Dándose cuenta de lo que esto significa, se lanza por la pendiente como un rayo. Tira la cuerda y la pila al suelo, y sigue corriendo hacia el lugar de las llamas. Se detiene a corta distancia. Le va a ser imposible salvarlo si no ve dónde está. El

fuego invade totalmente el avión. «¡No importa!», se dice, y, aspirando hondo, se aproxima más.

¡No puede ser, está ardiendo por todas partes! Sin embargo, Pedro está dentro. Hay que buscarlo.

Sigue acercándose. Un remolino de aire le lanza un surtidor de fuego a la cara.

Laurez da un grito de dolor, y, cubriéndose el rostro, se hace para atrás.

Se ha abrasado.

No ve.

Vacila... Pero no cae. Hace un esfuerzo sobrehumano.

Sus labios elevan a los cielos un ruego, una oración.

Tiene que salvarlo. Lo ha prometido así al comandante. Le ha asegurado que es una deuda que tiene pendiente con Pedro, y esa deuda debe saldarla, aun por encima de sí mismo.

Ha pedido hacer él solo este salvamento, y no puede desfallecer.

«¡Tengo que salvarle!», se repite.

Es ya una obsesión en su mente esta idea, este propósito.

Se acerca dando traspiés.

Pedro ha perdido el conocimiento. Fernando le toma por los hombros, y, a tirón vivo, le saca.

Arrastrándose, lleva consigo al piloto a un lugar más apartado del avión incendiado.

Lo deja sobre la roca. Saca su pañuelo y se cubre la cara, dolorida.

«No puede ser—se lamenta—, moriremos los dos. Yo no puedo volar así, no veo.»

Nota que unas manos le separan las suyas del rostro. Es Pedro, que ha vuelto en sí.

—Laurez—dice, incorporándose—, no debió arriesgarse por mí. Déjeme que le vende con su pañuelo.

Se encontrará mejor. Incline la cabeza. Ha sido una verdadera desgracia lo suyo. Siento que por mí...

—Ya no hay remedio. No es hora de lamentarse—opone, pero se deja vender.

—Podríamos hacer una cosa—propone al terminar su vendaje—: ir hasta el avión, si es que lo tiene cerca, y desde él avisar al campo.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Mi estación emisora no funciona.

—¿Qué contrariedad!—dice en tono preocupado.

—Hay, sin embargo, una solución—exclama Fernando, esperanzado.

—¿Y es...?

—¿Te encuentras con ánimos de pilotar mi avión?—pregunta por toda contestación.

Pedro se lleva la mano al pecho, por el que babea la sangre. Duda un momento, pero recordando lo que el teniente acaba de hacer por él, se decide:

—Sí, creo que sí.

—Entonces, no hay más que hablar. Vamos, que la *Luciérnaga* nos espera. Intentaremos salir de aquí.

Toman el camino de regreso, salvando con dificultad los escollos.

Pedro lleva del brazo a Fernando.

Al llegar a la avioneta, Pedro se horroriza.

¿Cómo va a poder sacar el avión de entre aquellas montañas? Mas no dice nada. Acomoda a Fernando en su asiento y él se deja caer en el de al lado.

«¡Qué ironías tiene a veces el destino!—piensa—. Siempre envidiándole la *Luciérnaga*, siempre suspirando por volar en ella, y en qué raras circunstancias he ido a cumplir mis deseos». Se vuelve a mirar a Fernando, quien, con la cabeza inclinada, guarda el más profundo de los silencios. Un mechón de pelo negro cae sobre la venda que cubre sus ojos. Sus labios se aprietan en un gesto duro.



«Debe de estar sufriendo», considera; y, poco a poco, desliza la vista hasta las manos del teniente, apoyadas inertes sobre las rodillas. También las tiene quemadas.

Pedro mueve la cabeza, compasivo.

De pronto, se lleva una mano al pecho, en un gesto de dolor. Respira hondo. Eleva los ojos al cielo y, haciendo, devoto, la señal de la cruz, estira con suavidad de la palanca.

Sólo un milagro de Dios puede salvarlos de aquel atolladero. El confía en su infinito poder. Un momento de angustia, pero ya está.

Un suspiro de alivio se escapa de sus labios al ver cómo quedan las montañas rezagadas.

Ahora ya es sencillo lo que resta hasta el aerodromo.

Aligera cuanto puede la marcha.

La sangre que brota de su pecho no pierde su intensidad, le ha empapado el traje y comienza a manchar el suelo de la avioneta.

«Es mucha pérdida», se dice, angustiado. Al poco rato, siente una sensación de vacío. Sus manos se aferran desesperadamente al volante. Un sudor frío comienza a empaparle la frente.

—¡Mi teniente!—ha sido casi un grito.

Fernando se incorpora.

—¡Pedro!—le responde, alargando su brazo hasta rodear con él al piloto.

Las manos de Pedro aflojan su presión y se sueltan, su cuerpo vacila y su cabeza cae pesadamente sobre el pecho de Fernando, que le estrecha junto a sí, mientras con la otra mano intenta dar con el volante.

La aguja eléctrica registra la presencia de un avión. Carlos inspecciona, atento, los grabados.

—Parece que va desorientado.

—Será la *Luciérnaga*—dice con alegría Pablo.

María Teresa, sentada al lado de su prima, sonrío. «Ya está aquí—piensa—; es un héroe.» Tiene razón Pablo al hablar de su hermoso corazón. Dios ha de premiarle por fuerza, y ella va a ser el medio por el cual él consiga su recompensa. Ahora es más firme que nunca su propósito. Mira a sus amigos, y, al verlos preocupados, da gracias al Señor por haber hecho luz en sus mentes.

«Fernando no es digno de vuestro desprecio», había dicho el doctor.

La voz de Carlos viene a sacarla de su abstracción.

—Va muy alto, y, al parecer, perdido—hace un tic violento—. ¡Santo cielo, qué descenso más brusco! Ese hombre se estrella.

Ha sido como un chispazo eléctrico.

Salen todos al exterior.

Son sólo segundos los que transcurren.

Como una hoja mecida por el viento desciende el avión.

—¡Corta el encendido del motor, muchacho!—grita, inconsciente, Juan.

Jaime le da con el codo:

—¡Cállate! Fernando sabe bien lo que se hace.

Cae en uno de los extremos del campo.

Corren hacia el lugar donde yace la avioneta, esperando que se incendie de un momento a otro; pero Fernando, al darse cuenta de su crítica situación y de su imposibilidad para manejar el aparato, no ha debido de hacer otra cosa que intentar cortarlo, poniendo para ello todo su esfuerzo hasta conseguirlo, porque de él no sale ni una llama.

El comandante, tomando de un brazo a Luis, le dice:

—Vete con mi hija y mi sobrina; no las dejes salir de la oficina hasta que yo vaya.

Luis se aleja muy a pesar suyo. El hubiera querido ver al teniente; pero no tiene más remedio que obedecer.

El primero que llega es Pablo, y antes que pueda abrir la carlinga llegan los demás.

La visión de los dos pilotos los asombra, y en sus mentes se levanta un mismo pensamiento:

«¿Cómo ha podido pilotar Laurez la *Luciérnaga*, así, con los ojos vendados?»

Fernando, con la cabeza echada para atrás, sigue sujetando con su brazo izquierdo a Pedro, mientras el derecho se crispa sobre los mandos.

—¡Está abrasado!—es la exclamación de Pedro al intentar sacarlos.

—Hay que llevarlos a la ciudad, a una clínica; yo no puedo hacerles aquí más que una cura de urgencia. Los dos necesitan serios cuidados, aunque para Pedro me temo que serán inútiles. Ha perdido demasiada sangre—informa el capitán médico, acercándose al comandante.

—Voy a pedir en seguida una ambulancia—contesta, dirigiéndose a las oficinas.

Su hija y su sobrina le salen al encuentro.

—¿Qué ha sido?—preguntan las dos a la vez.

—Nada, nada, hijas mías; pronto estarán buenos—intenta tranquilizarlas el comandante.

—Pero ¿han llegado los dos?

—Sí.

—¿Cómo, papá?

El comandante mira intensamente a María Teresa; acariciando después con mano suave su cara, le dice con tono grave:

—Luego te daré detalles.

## XIX

Han pasado ocho días desde que ocurriera el accidente de los dos pilotos.

Pedro murió a los dos minutos de llegar a la clínica.

Laurez ha estado debatiéndose durante estos ocho días entre la vida y la muerte.

Han sido horas interminables de terrible prueba para todos.

Pablo no se ha movido de su lado desde que el pobre Pedro diera su último suspiro. El resto de los pilotos se ha ido turnando para velarle día y noche. Todo sacrificio les ha parecido poco, como si quisieran borrar con el comportamiento de hoy la chanza de antaño, e, inmóviles, le han contemplado durante horas y horas rebullirse inquieto entre las sábanas, preso de la fiebre, que le hacía deshilvanarse en incoherentes frases.

Sobre la base parece que se ha extendido un velo de tristeza. Los corrillos que de ordinario formaban los despreocupados pilotos han desaparecido.

Cada cual camina por su lado con el semblante hosco y la cabeza baja. Juan, con las manos cruzadas a la espalda, no cesa de silbar, actitud que pone frenético a Jaime—uno de los más íntimos de Pedro—y que suscita alguna que otra cuestión áspera.

Carlos se ha aislado por completo, los ratos que no emplea en acompañar al enfermo los pasa contemplando la *Luciérnaga*, que cuidadosamente encerró él mismo en el hangar.

La ha examinado de arriba abajo, para darse cuenta de sus desperfectos, que piensa reparar en cuanto se tranquilicen un poco los ánimos. El suyo, en particular, está excitadísimo; sus tiques son ahora de una

frecuencia extraordinaria, sobre todo cuando mira a la *Luciérnaga* con esa atención, como si quisiera descubrir en ella la personalidad de sus dueños.

El avión más dócil del mundo, acostumbrado a ser manejado por una mano de mujer. Ahora comprende el celo de Laurez por su avioneta. Cuán distinto todo de lo que se imaginaran. Pedro fué el único que sospechó la verdad, y ellos se habían mofado de sus teorías. Nadie más que Pedro podía haberlo descubierto, porque Pedro era todo corazón, con su cuerpo de gigante y su alma de niño. ¡Pobre Pedro! Y a su imaginación acude la escena del hangar, el día que llegara Juan. Fué por culpa de Laurez, y, sin embargo, después el teniente arriesgó su vida por salvar la del piloto, ¡y de qué manera! «¡Es un héroe!», se dice. Lástima grande que Pedro no haya sobrevivido, para ver este final. Era preciso que pagara con su vida para que se descubriera ante ellos el velo que cubría el secreto que circundaba a Laurez, haciendo variar a todos de opinión.

Carlos menea lentamente la cabeza, guiñando un ojo, mientras piensa:

«Debe de ser desesperante saberse correspondido en el preciso momento en que se pierde para siempre al ser querido.»

Y su desbocada fantasía cree ver frente a él la figurita flexible de una mujer, casi una niña, de cabellos negros, reshalando sobre sus hombros, de tez color trigo y ojos de terciopelo, todavía más negros que su melena, sonreír erguida al lado de su inseparable *Luciérnaga*, mientras su manecita cálida acaricia con ternura de madre el plateado fuselaje.

—¡Hermosa mujer!—exclama Carlos, como hipnotizado por la sonrisa de esta boca tan fresca que cada vez se acentúa más, hasta acabar en una risa cristalina, que hace cubrirse a Carlos los oídos, al tiempo que, excitado, grita—: ¡No!

Pero la imagen ha desaparecido, y Carlos, aturcido, se vuelve hacia Luis, que, parado en la puerta del hangar, pregunta:

—¿Qué sucede, Carlos?

—Nada, Luis—contesta, marcando un violento tic y uniéndose a él—. Ha debido de ser producto de mi mente.

—¿El qué?—quiere saber el joven piloto.

—Nada...—responde, cerrando con llave la puerta corrediza, y, cogidos del brazo, se alejan luego.

.....

María Teresa y Rosa, sentadas en el pequeño fumador, hacen labor en silencio; llevan así gran parte de la tarde, sin apenas haber cruzado palabra entre ellas.

—¿Hablaste hoy con Pablo?—pregunta de pronto María Teresa, levantando la cabeza de su trabajo.

—Sí; un momento nada más—se lamenta Rosa, mirando a su prima—. No tiene tiempo ni siquiera para hablar con su novia.

—¿Dijo algo de Fernando?

—Le encuentra algo mejorado.

María Teresa da un suspiro, y ambas primas vuelven a su labor en silencio.

Al cabo de un rato, la cortina del fumador se abre, para dar paso a don Antonio. Al verlo entrar, las dos jóvenes dejan sus canastillos, y se acercan a él con la ansiedad pintada en el rostro.

—¿Cómo está, papá?—es su hija la primera en preguntar.

—Mucho mejor—las sonríe el comandante, acariciando la cabecita de María Teresa—. Tanto es así, que vengo en nombre del doctor a buscaros para verle, si es que tenéis interés.

—¡Claro que sí!

—Ahora mismo.

—En seguida estaremos dispuestas.

Y las muchachas salen apresuradamente hacia su habitación.

A los pocos minutos suben, acompañadas de don Antonio, al coche y, rápidos parten a la ciudad.

—Tengo vivos deseos de cambiar algunas palabras con él—dice con alegría Rosa.

—Yo os recomendaría no le cansarais con vuestra conversación; todavía está muy débil, Y otra cosa tengo que advertiros: no vayáis a impresionaros al verle.

—¡Pobre Fernando! — comenta quedo María Teresa.

—Ya hemos llegado.

El coche se para lentamente ante la clínica.

Descienden sus tres ocupantes y se introducen en la casa. Las dos muchachos marchan con sobrecogimiento junto al comandante.

Atraviesan pasillos y pasillos, se cruzan con infinidad de tocas blancas, y, al fin, se detienen ante una puerta esmaltada de blanco, en cuya parte superior resalta la negrura de un número quince.

Don Antonio da unos ligeros golpecitos con sus nudillos sobre la superficie, y la puerta gira con suavidad sobre sus goznes, apareciendo Pablo tras ella.

Se hace a un lado, cediendo el paso a los visitantes, al tiempo que con su índice indica que guarden silencio.

Las muchachas no pueden evitar un movimiento de impresión al ver reclinada con dejadez sobre las almohadas una cabeza totalmente vendada, en la que solamente se ve el pelo negro y rizado y la boca plegada en un gesto de sufrimiento, y sobre el embozo, inertes, sus manos, también vendadas.

Se acercan despacito a su lecho, pero el enfermo

nota al instante la presencia de alguien y, volviéndose, pregunta:

—Pablo, Pablo...

—¿Qué quieres, Fernando?

—¿Quién ha entrado?

—El comandante, con su hija y su sobrina—contesta el médico, acariciando sus cabellos.

—¿Dónde están?

—Aquí estamos, a su lado—le tranquiliza don Antonio.

—¿Cómo te encuentras?—dice María Teresa, acercándosele—. Ya hemos preguntado a Pablo todos los días por ti. El no nos ha dejado venir hasta hoy.

Fernando levanta una mano, como si quisiera algo, y María Teresa se la toma con cuidado.

—Gracias—murmura quedo—; sois muy buenas, y yo os estoy agradecido.

—Ya tenemos ganas de verte danzar otra vez por ahí, sin ese vendaje, que nos priva de contemplar tu interesante rostro—bromea Rosa.

—¡Calcula las ganas que tendré yo! Por más que no estoy muy seguro de volver a ver.

—Claro que verás—interviene Pablo—. Afortunadamente, las quemaduras no han tocado tus ojos más que sobre los párpados. Debiste de cerrarlos en aquel momento, por suerte para ti.

—¿Y cuándo estará restablecido del todo?—se dirige María Teresa al teniente médico.

—Esto es un poquito costoso; todo es cuestión de paciencia.

—Desde luego—añade el comandante—. Hay que tener paciencia y resignación.

—Ya me voy cansando de tanta resignación.

—¡Calla, y no gruñas! Pronto te veremos de nuevo empuñar los mandos de tu *Luciérnaga*—sonríe Rosa.



—¿Mi *Luciérnaga*? ¿Acaso no quedó hecha cisco el día de mi accidente?

—Carlos la recogió, y creo que está intentando repararla—aclara María Teresa.

—¡Pobre *Luciérnaga*! Ella también ha sufrido rudos golpes en su vida—calla, como si estuviera extenuado.

Pablo les indica que abandonen la habitación. El enfermo ha hablado demasiado y está fatigado.

Salen silenciosas, después de obtener la promesa del médico de dejarlas volver al día siguiente.

Cuando se cierra la puerta, Pablo vuelve a la cabecera del herido. Se han quedado completamente solos. Le toma el pulso, y después deja otra vez su mano sobre la sábana.

Por la ventana, abierta, entran los últimos rayos de sol.

La tarde toca a su fin. El rojo disco comienza a ocultarse tras las montañas.

Es una visión fantástica.

Las montañas, coronadas de fuego, se yerguen, deslizándose en pequeños haces, sobre el follaje que cubre sus faldas, la policromía de su luz. Las nubecillas que sobre ellas se extienden semejan un tenue encaje dorado, desplegándose cada vez en los más raros y caprichosos dibujos.

Contemplando esta maravilla, Pablo no repara en la agitación del enfermo, hasta que se oye llamar por una voz débil.

—¿Quieres algo?—pregunta.

—¿Verdad que es muy raro?—es la contestación que recibe.

—¿El qué, Fernando?

—El que vengan a visitarme con tanta amabilidad, cuando antes me odiaban.

Pablo se asombra.

—María Teresa y Rosa nunca te odiaron. Me consta.

—No me refiero a ellas.

—¿Pues a quién?

—A mis compañeros. Nunca me quisieron, y me interesaría saber el motivo que les ha hecho cambiar tan radicalmente de manera de pensar.

—Verás... Yo... no podía ni debía consentir que tuvieran la opinión equivocada de ti, y les dije...

—Pablo baja la cabeza, sin saber cómo seguir.

Fernando extiende su mano hasta tropezar con la del amigo.

—¿Acaso tú sabías...?—dice despacio.

—Sí. Todo—contesta, sin levantar la cabeza.

Fernando le oprime la mano en silencio. No intenta preguntarle cómo se ha enterado; le basta con tener la certeza de que lo sabía y que jamás éste le hizo el menor reproche de su silencio, de su poca confianza. ¡Pablo es un buen amigo!

## XX

Una sonrisa de triunfo se ha dibujado en los labios de María Teresa. Sentada ante su tocador, se contempla en el espejo.

A esto ya se le puede llamar una victoria rotunda. Para conseguir las cosas no hay más que proponérselo. Hubiera revuelto Roma con Santiago hasta lograr lo que acababa de obtener. ¡Al fin! Tantos desvelos como le costó. Pero se acabaron las preocupaciones. Todo estaba resuelto ya.

Y con mano ligera vuelve a desdoblar el plieguecillo, que llegara dos días antes, color malva, agradablemente perfumado, y que acababa de suscitar en su mente todos estos pensamientos.

Una letra grande y picuda, enormemente conocida y deseada, resalta a su vista:

«Me había comunicado mi hermano tu deseo, y estaba en duda de ponerlo en práctica; pero al recibir tu carta, tan atractivamente tentadora, he cambiado de parecer, y voy. Vaya si voy, y no sola. Abuelita y Federico, naturalmente, me acompañarán, aprovechando, como ya sabrás por tu caballero, este viaje, para dejarte sin una de tus lindas manos.

Por telegrama te comunicaremos nuestra llegada, que supongo será en breve.

Tengo deseos locos de llegar a ese maravilloso rincón del mundo. Describes tan bien, que, cerrando los ojos, creo estar en ese caprichoso lugar de nuestra madre Naturaleza. Tú ya conoces mi carácter, y presiento que lo vamos a pasar muy bien.

Por si a tu clara inteligencia le pasara inadvertido, te indicaré que prepares, para el día que se haya de cortar tu blanca mano, un baile con todos esos oficiales de que te hallas rodeada...»

No sigue leyendo; el resto carece de importancia. Sólo le interesa el viaje. Dobla el pliego y toma otro mucho más ordinario, de color azul fuerte:

«Llegaremos alrededor cuatro tarde. Besos.—  
*Abuelita, Federico y Pilarín.*»

Y María Teresa mira su reloj de pulsera. Es la una; faltan escasamente tres horas para su llegada. Tendrá que advertírselo a su padre.

Toma el telegrama, y se dispone a salir, cuando la puerta se abre y entra don Antonio con semblante risueño.

—¡Qué contento vienes, papá!—le saluda al verle entrar.

—Pues tú no pareces menos alegre.

—Tengo que comunicarte algo—y sin decir más le alarga el telegrama.

Don Antonio lo lee, y después dice :

—Me alegro infinito, y suponía que era hoy su llegada. Pero ahora, hija mía, deja que te comunique a mi vez algo que tampoco carece de importancia.

—Me asustas, papá, con tus preámbulos—ríe ella.

—Me ha llamado Maltina.

—¿Cómo está el niño?

—Caminando a pasos agigantados a una completa cura.

—¡Qué alegría tan grande!—se le ha iluminado el rostro, pero se entristece al lamentar—: ¡Pobre Pedro!

—Fué preciso perder tan magnífico piloto para conseguir la salvación del niño. Maltina está apenado por esta pérdida; en cambio, está muy satisfecho del comportamiento de otra persona, a quien acabo de felicitar, dándole una buena alegría.

—¿Sí?

—Ha llegado el ascenso a capitán del teniente Laurez, por su arrojo y su valentía. Se lo merece.

—¡Esto es maravilloso! ¿Qué ha dicho?

—Algo que me hace conceptuarlo mucho mejor y apreciarlo muchísimo más que antes.

—¿Lo recuerdas, papá?

—Sí; dijo exactamente: «Hubiera renunciado gustosamente a tal alto galardón porque Pedro pudiera reír hoy entre nosotros.»

—¡Qué buenísimo es!—se emociona la muchacha.

—Ya lo creo, hija mía.

—Voy a felicitarle yo también, y a proponerle una idea que se me acaba de ocurrir ahora mismo. Adiós. Ya te la explicaré luego.

—No te preocupes. Tus ideas suelen ser siempre maravillosas.

—Gracias, papáito.

María Teresa baja la escalera con rapidez. En el comedor se encuentra a su prima.

—¿Me acompañas, Rosa?—le dice, parándose ante ella.

—¿Adónde?—quiere saber.

—A darle la enhorabuena a Fernando.

—No te molestes; se acaba de ir a la ciudad, con Pablo. Pero, dime, ¿a qué se debe tanto interés en felicitarle?

—Acaba de llegar su ascenso a capitán por sus méritos.

—¡Vaya si los tiene! Yo le admiro verdaderamente, y me gustaría poder hacer algo por él.

—Pues ahora tienes una ocasión propicia para ello.

—Dime de qué se trata.

—Muy sencillo. Hoy llegan Federico, su abuela y Pili...

—¿Ha llegado algún telegrama? — la interrumpe con su acostumbrado impulso—. ¿A qué hora llegan?

—Alrededor de las cuatro de la tarde, y, como te decía antes, su viaje obedece a mi pedida de mano. Con tal motivo he pensado dar una fiesta, en la que, si Fernando consiente, se celebrará, a la par que mi pedida de mano, su ascenso.

—¡Magnífico! ¿Crees que accederá?

—Pues a eso es a lo que quiero que me ayudes, a convencerlo.

—No sé si...—duda Rosa.

—¿Hace un momento no me dijiste que estabas dispuesta a hacer por él cualquier cosa? No tengas el menor reparo; yo puedo asegurarte, sin temor a equivocarme, que con esto le vamos a beneficiar, propor-

cionándole una agradable noche en que olvidar sus penas—la convence su prima.

—Puede que te sobre razón. En cuanto le vea, abordo el tema.

—Sí; pero obra con prudencia, ya sabes lo especial de su carácter.

—Descuida. Me voy a ver si le veo llegar. ¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a disponer que sirvan la comida pronto. No quiero que nos pille de sobremesa.

Y siguiendo la acción de ambas a sus palabras, abandonan el comedor.

.....

Acaban de dar las cuatro y media. María Teresa mira su reloj.

«Ya pasa media hora de la fijada», se dice.

Se apoya en la balaustrada de la terraza, a la que se ha subido para dominar mejor la carretera por donde, de un momento a otro, aparecerá el coche esperado; pero aun pasó media hora antes de ver colmados sus deseos.

Un automóvil negro se desliza por la cinta plateada.

María Teresa le reconoce al punto, y abandona rápida la terraza. En el vestíbulo encuentra a su padre y a Rosa.

—Ya llegan—les dice.

—Sí; eso nos ha parecido.

—Hemos oído el ruido de un coche que se acerca.

Efectivamente, ante la verja del jardín se acaba de detener.

Se dirigen los tres a ella, al tiempo que ven descender a Federico, que tiende la mano a su abuela. Una señora anciana, de cabellos blancos como la nieve y ojos claros, poseídos de una tremenda dulzura. Tras ella aparece la cara simpática de Pili, que en

un arrebató de alegría se abraza a María Teresa y después a Rosa, mientras dice :

—¡Qué alegría! ¡Qué alegría tan grande! ¡Y qué rebién lo vamos a pasar!

—Más de lo que tú supones—ríe María Teresa, maliciosa.

—¡Hijita mía, cuántas ganas tenía de volver a verte! Y a ti también—dice la marquesa de Moncabi, mientras las besa.

—¿Yo soy el último, María Teresa?—le toma Federico las dos manos, para contemplarla embelesado.

—Lo mejor se guarda siempre para el final—responde ella, sonriendo feliz.

Se dirigen hacia la casa, formando un animado grupo.

—Queréis arreglaros un poco, ¿no?

—Sí, ¿verdad, abuela?

—Subid por aquí.

—Yo os espero abajo—dice Federico.

—Entoncés, si no vas a subir, y no tienes inconveniente en dedicarme unos minutillos, pasa a mi despacho. Quisiera enseñarte algo—propone don Antonio a su futuro yerno.

—Vamos adonde usted quiera.

Los señores se meten en el despacho, y las señoras suben charlando. Al llegar a las habitaciones, María Teresa se despide de ellas.

—Tú las atenderás, Rosa. Yo voy a ver si está todo dispuesto para la merienda. No se me han olvidado tus gustos, abuelita—añade, besándola.

—Te lo agradezco mucho, hija mía.

—No tardéis.

Entra María Teresa en la cocina para cerciorarse de si está preparado cuanto ella ordenó.

Cuando, minutos más tarde, abandona ésta, con intención de subir junto a las viajeras, ya al pie de la

escalera, cambia de pensamiento y se dirige al fumador. Su padre y Federico no están allí.

Se asoma a uno de los ventanales.

En una de las pistas laterales, la hermosa *Luciérnaga* espera quizá para despegar. Carlos estuvo trabajando estos últimos días en ella, y, al parecer, está dispuesta para el vuelo. De su carlinga sale Laurez, que la está contemplando minuciosamente, como si en realidad se convenciera de verla completamente restaurada.

María Teresa sonríe al verle, pero en esto oye pasos a su espalda y se vuelve.

—¿Eres tú, Pili? Mira, ven.

Pili se acerca.

—¿Qué quieres?

—¡Fíjate qué avión tan bonito!

Pili tiene un sobresalto. ¡La *Luciérnaga*! El recuerdo tan querido de su padre ante ella. ¡Oh, qué sorpresas depara la vida! ¿Quién será actualmente su dueño? Se ha propuesto averiguarlo, pero nada dice de cuanto le ocurre. María Teresa la contempla de reojo.

—Sí; verdaderamente es preciosa—responde al fin—. ¿A quién pertenece?

—A un teniente de esta base, al que acaban de ascender a capitán por su valentía—se detiene María Teresa para recalcar después este nombre—: Se llama Fernando Laurez.

Pili palidece intensamente; acaba de reconocer la figura que, junto a la avioneta, se mueve, y tiene que apoyarse en la butaca para no desfallecer. Tanto tiempo indagando su paradero, sin fruto alguno, y precisamente en el momento en que no le busca se da de manos a boca con el ser amado. Su corazón late tan violentamente, que amenaza salirse del pecho. Hace un esfuerzo para dominarse.

María Teresa finge no ver su turbación.



—¿No te gustaría verle de cerca?

—Sí; me entusiasmaría—su vista no se separa del teniente Laurez—. ¿Me... acompañas?—pregunta con titubeo.

—Ve tú sola. Son todos muy amables. Yo espero aquí, a tu abuelita—y por lo bajo se frota las manos con satisfacción, diciéndose para sí: «Ya está todo hecho.»

Pili no insiste, no le interesa insistir.

Sale al jardín, atraviesa la verja y camina lentamente por el campo, en dirección a la avioneta. Cuando ya está cerca, Fernando se vuelve al sentir que alguien se aproxima. Duda un momento, pero al instante se hallan unidos en estrecho abrazo, sin que medie entre ellos una sola palabra. No sabe si es víctima de un agradable sueño, del que despertará en breve, volviendo a la triste realidad, y ante este temor acaricia con ternura la morena cabecita que se reclina en su hombro.

Separándola al fin de sí, la mira con ojos acariciadores.

—No sé si eres tú, o un fantasma que mi fantasía acaba de crear.

—No soy ningún fantasma, Fernando. Por fin he podido dar contigo.

—Pero... ¿cómo vives?, ¿qué haces aquí?, ¿quién te ha traído?

—Supongo que no pretenderás que conteste a la vez tantas preguntas—ríe, intentando ocultar así las lágrimas que asoman a sus ojos.

—No pretendo más que conservarte a mi lado para siempre. Tengo tanto miedo de perderte otra vez... —vuelve a acariciar su cabeza—. Pero lo que sí quiero saber es cómo te dieron por muerta.

—Verás, es muy sencillo... Yo entré en el hospital como un alférez. Al hacerme la primera cura y darse cuenta de mi verdadera personalidad, me trasladaron

a una clínica. Al día siguiente, cuando preguntasteis, la enfermera de turno me confundió con otro alférez jovencito, que entró al mismo tiempo que yo y que falleció una hora antes de vuestra llamada.

—¡Qué dolor tan grande me produjo la noticia, pequeña!

—Cuando me puse buena, me fuí a mi tierra, desde donde indagué tu paradero, sin conseguir averiguarlo. Pero Dios, que me había conservado la vida, me envió la providencia divina por mano de María Teresa, en una carta que me hablaba de unos lugares muy hermosos, en los que quizá iba yo a encontrar algo que no esperaba—Fernando arquea las cejas con asombro. Pili sigue—: Y, aprovechando el viaje de mi hermano Federico y de la abuela para pedir la mano de María Teresa, vengo a pasar una larga temporada. ¿Qué te parece?

—¡Maravilloso, de ensueño!—torna a abrazarla.

Pili, por encima de su hombro, fija de nuevo su vista en la *Luciérnaga* y, soltándose de Fernando, le pregunta con acento agradecido:

—¿La conservas aún?

Fernando vuelve la mirada a la avioneta.

—No se ha separado nunca de mi lado—y, de pronto, como si se le ocurriera una idea—: ¿Te gustaría volar en ella otra vez?

—Eso mismo te iba a proponer yo.

Laurez la mira de arriba abajo.

—Tendremos que prestarte un traje de vuelo de Luis; creo que tiene tu misma talla.

—Me he traído el mío. Desde entonces no he vuelto a poner los pies en un avión, y al venir aquí pensé que el papá de mi futura hermana me dejaría cumplir mi capricho. En un momento me lo pongo.

Fernando la toma del brazo y la conduce a la finca.

—¿No entras?—pregunta Pili.

—Te espero aquí fuera.

—Salgo en seguida.

Fernando la ve alejarse. En su mirada brilla hoy una luz casi de incredulidad; es demasiado hermoso lo que le acaba de suceder. Cuando la ve desaparecer, pasea por el andén, pero nota que alguien le está mirando fijamente. Levanta la cabeza, y tropieza con las pupilas de María Teresa, en las cuales brilla un nuevo lenguaje, que se va penetrando en los ojos negros del teniente.

¿Es posible que haya podido juzgar en otro tiempo a esta mujer tan distintamente? Entonces no comprendía el fin que la movía, y, en cambio, ahora se lo explicaba todo. Había sido para él su ángel bueno, que intentó por todos los medios descubrir su dolor, para, más tarde, traerle en su propia mano el único bálsamo capaz de sanar sus heridas. Aquella mirada, que él juzgó de coqueta, era la mirada tierna de la madre que contempla a su hijo atormentado y lucha violentamente para conseguir un poco de alivio a su dolor. María Teresa, recostada en el marco de la ventana, se le parece ahora a su madrecita buena, que él perdió siendo un niño. Y, dejándose llevar de un repentino impulso, se lleva la mano a la boca, lanzándole un beso lleno de profundo agradecimiento.

María Teresa le paga con una dulce sonrisa, y con la cara pegada al cristal, ve llegar a Pili junto a él, ataviada con su traje de vuelo, y, enlazados del brazo, los vió alejarse en dirección a la avioneta. Sus figuras desaparecen dentro de la carlinga, y a los pocos instantes la, hasta entonces, misteriosa *Luciérnaga*, con sus estilizadas alas extendidas al viento, se aleja rápida, cortando el azul del cielo, segura en su marcha. Como un pájaro blanco, mensajero de su amor, conduciendo su preciada carga a otros horizontes de gloria.

Ahora ya puede sentirse completamente dichosa junto a Federico...

Unas manos conocidas se apoyan en sus hombros. Ella no cambia de posición; pero la voz suave de Federico le pregunta, alarmada:

—¿Lloras, María Teresa?

—No.

—Tienes lágrimas en el rostro.

—¿Lágrimas? No; son gotas de rocío en un amanecer radiante de felicidad.

FIN

---

## COLECCION PUEYO DE NOVELAS SELECTAS

---

### Ultimos titulos publicados

- 237.—Trini de Figueroa: *Su Majestad el Destino.*  
238.—Maria del Pilar Carré: *Una boda singular.*  
239.—Angel Climent: *¡Cuidado con los hombres!*  
240.—Concepción Castellá: *Tristeza de amor.*  
241.—M. Meydan: *Magda.*  
242.—Pili G. Rúa: *Una apuesta, un amor y una boda.*  
243.—Ana María de la Encina: *Juguetes del Destino.*  
244.—Matilde Redón: *El loco del valle.*  
245.—M. J. Chiampos: *Entre dos amores.*  
246.—María Toresa Sesé: *Paloma.*  
247.—Amelia Pina de Cuadro: *Se interpuso una sombra.*  
248.—Herminia Naranjo: *Maribel de Cialdina.*  
249.—A. C. Sagois: *Amor y aventura en Sainte-Vernont.*  
250.—Carola Vappa: *Lo que no es posible*  
251.—M. J. Chiampos: *Quebra en luna de miel.*  
252.—Cristina Feijóo: *Amor, celos y perdón.*  
253.—J. Díez Morante: *Cuando vuelvas a mí.*  
254.—Primavera J. Flores: *Esposa por testamento.*  
255.—M. López Rebullida: *Un baile en alta mar.*  
256.—Maricé Salcedo: *Vienes callando, amor.*  
257.—María Teresa Sesé: *Pasajes de una vida.*  
258.—C. R. Quintana: *La escondida senda.*  
259.—Trini de Figueroa: *Cadenas del corazón.*  
260.—Teresa Lescos: *Diagnóstico espiritual.*  
261.—S. Nuñez: *La insolencia y el amor*  
262.—M. J. Chiampos: *José Miguel.*  
263.—F. Ortiz Valenzuela: *Las inquietudes de Nena.*  
264.—Fanny Merlo: *¡Ladrón... o millonario!*  
265.—María Celia López: *El secreto que guardó la nieve.*  
266.—María Teresa Sesé: *Federica.*  
267.—A. Ruggeri Díaz: *Concurso de gitanas.*  
268.—Maruja de Gambio: *Mi casita de Saint-Cloud.*  
269.—María Adela Durango: *El reloj de la bruja.*  
270.—Trini de Figueroa: *El hechizo de una voz.*  
271.—A. López Masota: *Entre el amor y el trono.*  
272.—M. J. Chiampos: *Cuando el amor no es amor.*  
273.—María Teresa Sesé: *Otro rumbo.*

- 274.—Kara Merke: *La llama que se extingue.*  
 275.—Carmen Martel: *La Hostería del Duque.*  
 276.—Mariló G. Dalmáu: *A la conquista del duque.*  
 277.—María de las Nieves Grajales: *Mitzy, esposa.*  
 278.—María Pilar de Molina: *Un marido de ocasión.*  
 279.—M. López Rebullida: *La princesita Flor de Nieve.*  
 280.—Angel Climent: *Doble boda.*  
 281.—Celia de Luengo: *Evas modernas.*  
 282.—Tatiana: *Rosas del Sur.*  
 283.—Paloma Martín Baena: *Mi terrible abuelo.*  
 284.—Matilde Redón: *Luna sobre nieve.*  
 285.—F. Ortiz Valenzuela: *Un enamorado indeciso.*  
 286.—Marina de Nerva: *El chófer del marqués.*  
 287.—Teresa de Olmedilla: *Difícil tutela.*  
 288.—Amaya de Elola: *Zsibai.*  
 289.—C. María Alloza: *Encontré mis blasones.*  
 290.—Trini de Figueroa: *Entre mar y cielo.*  
 291.—M. J. Chiampos: *Cuatro hermanas le quisieron.*  
 292.—Maricé Salcedo: *Salomé.*  
 293.—María Adela Durango: *Los cuatro maridos de lady  
Wanterling.*  
 294.—María Teresa Sesé: *Fantasías.*  
 295.—María Pilar Carré: *La sorpresa de una predicción.*  
 296.—María Teresa Sesé: *Veraneo.*  
 297.—Trini de Figueroa: *Las dos bodas de Regina.*  
 298.—Cristina Luján: *Niebla en el alma.*  
 299.—A. C. Sagols: *Por una apuesta, un amor.*  
 300.—F. Ortiz Valenzuela: *A la caza del más rico.*  
 301.—Sanz Mendizábal: *Alas de gloria.*  
 302.—M. J. Chiampos: *Fronteras en el amor.*  
 303.—Trini de Figueroa: *Mi vida por la suya.*  
 304.—Baronesa Deltta: *El secreto de Sonia.*  
 305.—María de las Nieves Grajales: *La brillante Katherine  
Bond.*  
 306.—L. Acero Nuevo: *Un ángel americano.*  
 307.—Max du Veuzit: *Unas horas en una vida.*  
 308.—Max du Veuzit: *La comedia tras el drama.*  
 309.—Amelia Pina de Cuadro: *Regresare un día.*  
 310.—Diego Aragón: *Lidia Deppino. (La vida azarosa de  
una cantante.)*  
 311.—María Pilar de Molina: *¡Volver a soñar!*  
 312.—M. J. Chiampos: *La amarga risa.*  
 313.—Mavi Hortensia Inestal: *Su mayor recompensa.*

- 314.—E. Aguilar de Rucker: *La hija de la zingara.*  
 315.—María Teresa Sesé: *La casa del Norte.*  
 316.—G. de Aldama: *Mi novio no me hace caso.*  
 317.—Pili G. Rúa: *La Misión de los pantanos.*  
 318.—Primavera J. Flores: *El... era él.*  
 319.—F. Ortiz Valenzuela: *Amor y sacrificio.*  
 320.—María Teresa Largo: *La muchacha del puente.*  
 321.—María del Carmen López: *La historia de una tarea.*  
 322.—Ferysa: *La forastera.*  
 323.—Isabel Salueña Paesa: *Dos idilios.*  
 324.—M.<sup>a</sup> de las Nieves Grajales: *En el silencio de la noche.*  
 325.—Maricé Salcedo: *Caprichos de príncipe.*  
 326.—M. J. Chiampos: *Noviazgo de tres.*  
 327.—María Teresa Sesé: *Un hilo de oro.*  
 328.—F. Ortiz Valenzuela: *Orquídeas imperiales.*  
 329.—Matilde Redón Chirona: *La princesa Sheila.*  
 330.—Concepción Sierra: *La vida en sombras.*  
 331.—Diana Roldán: *La señorita Amanda.*  
 332.—María Pilar de Molina: *Resucitar.*  
 333.—A. Rodríguez y F. Pelaz: *... Y la luz se hizo.*  
 334.—María Teresa Sesé: *El torbellino rosa.*  
 335.—Cristina Montes: *Chófer... o fantasma.*  
 336.—Carmenhu G. González: *«Loquilla» se enamora.*  
 337.—Hermunia Naranjo: *La espera.*  
 338.—Teresa de Olmedilla: *Su feroz enemigo.*  
 339.—María del Pilar Carré: *Caprichos de millonaria.*  
 340.—José M. Díez Gómez: *Matrimonio de una hora.*  
 341.—María Teresa Sesé: *Los rubores de Irene.*  
 342.—L. Acero Nuevo: *Una aventura en China.*  
 343.—F. Ortiz Valenzuela: *El secreto de madame Mar guerite.*  
 344.—M. R. Box: *Venció su primer amor.*  
 345.—Amparo Gimeno Clemente: *Anuncio original.*  
 346.—María Avial: *La sospecha del pasado.*  
 347.—Lala de Garmenette: *Madeleine Bruillard-Modas.*  
 348.—M. J. Chiampos: *Vivir.*  
 349.—María Pilar de Molina: *Kadú, la salvaje.*  
 350.—Isabel Salueña Paesa: *Plasmado en el lienzo.*  
 351.—Cristina Luján: *La verdad sobre Julieta.*  
 352.—Jaime Doval: *El heroico taciturno.*  
 353.—E. Aguilar de Rucker: *Luchando con su destino.*  
 354.—A. Campos de Santomé: *Dama de compañía.*

- 355.—María Teresa Largo: *El poder de tu presencia.*  
 356.—M. J. Chiampos: *Mariflor*  
 357.—F. Ortiz Valenzuela: *Demasiado moderna.*  
 358.—Laura Tour: *Feúcha.*  
 359.—A. Rodríguez y F. Pelaz: *Tempestad en la cumbre.*  
 360.—María Pilar de Molina: *Entre dos abismos.*  
 361.—Julio Mayo: *Mali.*  
 362.—Carmen Martel: *Al rasgar el velo del pasado.*  
 363.—María Fuensanta Höel: *Por amor... o por deber.*  
 364.—L. Acero Nuevo: *Vidas mártires.*  
 365.—Ena Michel: *Era su Destino.*  
 366.—María Teresa Sesé: *Vidas cambiadas.*  
 367.—M. J. Chiampos: *Final apasionado.*  
 368.—Lupé Gómez Campos: *La piadosa mentira.*  
 369.—M. de Medrano: *Soñar y vivir.*  
 370.—Blanca Sáenz Alonso: *Solos durante catorce días.*  
 371.—A. Pina de Cuadro: *La chica de Villa Lunera.*  
 372.—María Teresa Sesé: *Extraño misterio.*  
 373.—María Teresa Largo: *Adorado vagabundo.*  
 374.—Teresa de Olmedilla: *A caza de una esposa*  
 375.—C. Alloza: *Más allá de las nubes.*  
 376.—Cristina Luján: *Sobre la cumbre.*  
 377.—M. J. Chiampos: *Amor nuestro de cada día.*  
 378.—María Fuensanta Huel: *...Y de la noche a la ma-  
 ñana...*

EN EL PRÓXIMO MES DE FEBRERO APARECERÁN:

- 379.—Anita Serrano: *Sobre linaje, corazón.*  
 380.—Carmen Martel: *El amor llegó tras el antifaz.*  
 381.—Angel Santacruz: *El honor de tu mujer.*  
 382.—Xavier Rodrigo: *Boda de cine.*

#### FUERA DE LA COLECCION

*La sombra de otra mujer*, apasionante novela  
 de Paz de Castilla. 17 pesetas.

*Matrimonio de conveniencia*, novela de Max du Veuzit.  
 8 pesetas.





**PUEYO**  
MADRID

**5 PESETAS**  
Printed in Spain